



Comoros

PEDR()
LOTTI

MI
HERMAN
IVES

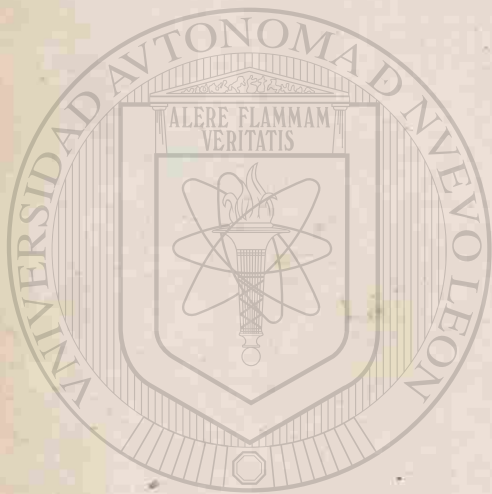
Comoros

PO2472
.M6
S6
1997
C.I

8438
1003m



1080005336



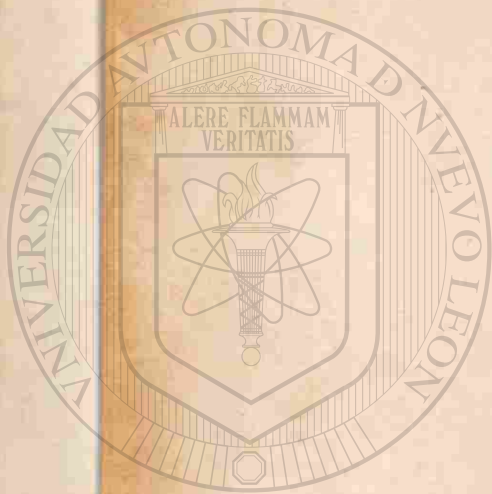
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



843.8
L 883.m } VT
24/xi/78



PEDRO LOTI

MI HERMANO IVES

VERSIÓN CASTELLANA

DE

ANTOLÍN SAN PEDRO

SEGUNDA EDICIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

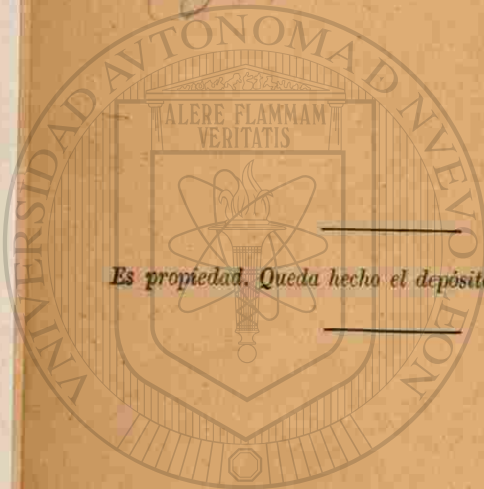
1897

P 02472

M 6

56

1897



Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.



FSRM

5336

PARÍS. — IMPRENTA DE LA V^{PA} DE CH. BOURET.

Clotilde Valentina

MI HERMANO IVES

I

La libreta de marinero de mi hermano Ives es parecida en todo á las libretas de los otros marineros. Cúbrela, como á todas, papel apergaminado de color amarillo, y á consecuencia de sus largos viajes dentro de diferentes cajones del navío, carece completamente de frescura. Sobre su cubierta aparece en caracteres de gran tamaño lo siguiente :

KERMADEC, 2.091, P.

Kermadec es el apellido; 2.091 el número que tiene como individuo de la Armada nacional, y P. la inicial de Paimpol, puerto en el cual se halla matriculado.

En la primera página de la susodicha libreta pueden leerse estas indicaciones : « Kermadec (Ives-María), hijo de Ives-María y de Juana Dan-

veoch. Nació en el día 28 del mes de Agosto del año 1851, en Saint-Pol-de-León (Finisterre). *Estatura*, 1,50 m.; *pelo*, castaño; *ojos*, pardos; *nariz*, regular; *cara*, ovalada.

Señas particulares. Lleva marcadas: en la parte izquierda y superior del pecho, un ancla; y en la muñeca del brazo derecho, un brazalete que figura un pez.

Entre los verdaderos marineros estaban muy en boga todavía, hace dos ó tres lustros, estas *marcas*, que eran ejecutadas, á bordo de *La Flora*, por cualquier amigo desocupado. Ives, para quien esta operación humillante había sido muy poco grata, no cesaba un momento de pensar en que debía desaparecer. La idea de que está *marcado* como un criminal ó como una bestia, de un modo indeleble, y que, merced á esos dibujillos, se le reconocería siempre y en todas partes, es para su espíritu una verdadera tortura.

En las siguientes páginas de la libreta se hallan impresas las Ordenanzas, nada suaves, á que está sometido el marino; aparecen allí expuestas en lenguaje conciso y claro, y á la vista, las faltas que el marino puede cometer y las penas respectivas en que por ello incurre; desde la insubordinación ligera, que es castigada con algún trabajo extraordinario de noche,

basta la verdadera rebelión, que lleva aparejada la pena de muerte.

Por desgracia, la lectura diaria de estas severísimas Ordenanzas nunca ha sido suficiente para inspirar á los marineros en general, ni á mi hermano Ives en particular, el saludable terror que habría convenido.

Continuando el examen de la libreta, se encuentran después algunas páginas manuscritas y que llevan todas nombres de buques, sellos azulados, y cifras y fechas.

Los furrieles, personas de gusto exquisito, han exornado esta parte de la libreta con rúbricas historiadas. En esa parte se hallan consignadas también las campañas del interesado y las soldadas que ha recibido.

¡Los primeros años!... ¡Aquellos en que ganaba cada mes quince francos, de los cuales separaba diez para su madre; años pasados con el pecho al aire, viviendo medio desnudo en lo alto de los mástiles gigantescos, y errando, sin cuidarse para nada del mundo, por la variedad desierta del mar; años tranquilos, en los cuales nacía el amor, tomaba forma en el alma, virgen aún é inculta, y se traducía luego, ya en embriaguez brutal, ya en sueños purísimos, según los lugares donde el viento le lanzaba, según

las mujeres que la casualidad arrojaba en sus brazos; terrible despertar del corazón y de los sentidos, grandes conmociones, sacudidas enérgicas, y después vuelta á la vida regular, casi ascética, de la navegación, al encierro en el navío flotante... Todo esto se encuentra allí y se ve detrás de aquellas fechas y aquellos números, acumulados año por año en la libreta del marino. Peregrino poema de aventuras y de privaciones que palpita entre las hojas amarillentas!

II

El día 28 de Agosto de 1851 hacía, según parece, un tiempo hermosísimo en *Saint-Pol-de-León*, en Finisterre.

El pálido sol de Bretaña sonreía y festejaba al recién nacido que, andando el tiempo, tanto había de amar al sol y á Bretaña.

Ives vino al mundo bajo la forma de un robusto infante, muy rollizo y muy bronceado. Las mujeres que presenciaron su nacimiento pusieronle el apodo de *Bugel-Du*, que significa *niñito negro*. Esto era de familia: los Kermadec eran, desde muy antiguo y de padres á hijos,

gente de mar, y el color bronceado parecía en ellos hereditario.

Un día hermosísimo de verano en *Saint-Pol-de-León*, es decir, una cosa extraordinaria en aquella región de las brumas constantes, una especie de melancólica irradiación de la luz solar esparcida sobre todo; la envejecida ciudad de la Edad Media como saliendo, medio dormida aún, de su profundo sueño, y rejuvenecida; los sillares de granito calentándose al sol; el campanario de Creizker, el gigante de los campanarios bretones bañando en el azul puro del cielo y en plena luz sus grietas, de que brotan líquenes amarillentos.

Y en rededor las landas salvajes, adornadas con el ramaje áspero de los brezos y exhalando el dulce aroma de la flor de retama.

Asistieron al bautizo: una joven, la madrina; un marinero, el padrino; detrás los dos hermanillos, Goulva y Gildas, que daban las manos á sus hermanas Ivona y María, cada una de las cuales llevaba su correspondiente ramo de flores.

Cuando el acompañamiento penetró en la antigua iglesia de los Obispos de León, el monaguillo, que tenía asida la cuerda de la campana, disponíase á comenzar el volteo que parecían exigir las circunstancias; pero sobrevino el

señor cura, y con voz áspera y desabrida le dijo:

— ¡Estáte quieto, Bervrac'h, por el amor de Dios! Estos Kermadec nunca dan un sueldo para el culto, y el padre consume todo lo que gana en la taberna; no han de tocar las campanas por esta gentecilla.

He aquí por qué mi hermano Ives entró como pobre en el mundo.

Juana Danveoch, la pobre recién parida, escuchaba con inquietud desde su lecho, á fin de no perder las vibraciones del bronce, que tardaban demasiado en comenzar. Prestó atento oído bastante tiempo, y nada oyó; comprendió entonces la afrenta pública impuesta por el sacerdote, y derramó lágrimas amargas.

Cuando el acompañamiento regresó á casa, los ojos de la pobre madre estaban todavía húmedos.

Esta humillación, no merecida en verdad, ha permanecido grabada constantemente en la memoria de Ives. Jamás perdonará este mal recibimiento, de que fué víctima inocente, ni las lágrimas derramadas por su madre; guarda siempre al clero romano un rencor inextinguible, y tiene cerrados para la Iglesia católica sus sentimientos y su alma de bretón.

III

Han transcurrido veinticuatro años y nos hallamos en Brest, en una noche de Diciembre.

Cae sin cesar la lluvia fría, penetrante; deslízase á lo largo de las paredes, tornando más oscuras las pizarras que cubren los edificios y las casas de granito. El agua parece como si se complaciese en regar á la muchedumbre alborotadora, que bulle, mojada y todo, hecha una sopa, por las calles estrechísimas y bajo un crepúsculo triste y oscuro...

Componiáse esta muchedumbre dominguera de marineros borrachos que cantaban; de soldados que podían apenas sostenerse, y andaban cayendo y levantándose, produciendo un ruido espantoso con sus sables, que chocaban con el pavimento, y de populacho obrero de miserable aspecto: mujeres que lucían abrigoillos de merino y puntiagudas tocas de muselina, encendidos los ojos, rojas las mejillas, y despidiendo un pronunciadísimo olor de aguardiente; viejos y viejas, de borrachera repugnante y sucia, que habían caído y á quienes se había levantado y andaban, llenos de barro los vestidos.

La lluvia caía, caía y lo mojaba todo; los sombreros, con hebilla plateada, de los bretones; las gorras de los marineros, los galoneados *chascás* de los soldados, las capas blancas y los paraguas.

Había en la atmósfera tal oscuridad, que no podía presumirse que existiese un sol en alguna parte. Encontrábase uno como preso bajo capas de espesas y húmedas nubes que le inundaban; parecía imposible que aquellas nubes llegaran á abrirse y que detrás de ellas se viera el cielo. Se respiraba agua. Habíase perdido la noción del tiempo, y nadie se daba razón de si aquella oscuridad provenía de lo espeso de las nubes, ó si era ya la noche cerrada.

Los marineros llevaban á estas calles, y á pesar de todo, la nota ruidosa de la alegría y de la juventud con sus bulliciosas canciones. Iban y venían de una taberna á otra, empujando á los transeúntes, pronunciando frases que no tenían sentido alguno y que les hacían reír estrepitosamente. Ó bien se detenían delante de los escaparates de las casas en que se vendían objetos de su uso: pañuelos encarnados, en cuyo cabo había pintado algún buque, nombrado *La Bretaña*, *La Triunfante* ó *La Devastación*; cintas para sus gorras, con hermosos letreros de oro, silbatos

de plata para los contraamaestres, cinturones rojos, peines, espejillos, etc., etc.

De vez en cuando, grandes ráfagas de viento arrebatában de pronto las gorras ó hacían vacilar á los transeúntes ebrios, y otras veces la lluvia se hacía más torrencial y azotaba como el granizo.

La muchedumbre de los marineros seguía aumentando; veíaseles surgir en bandadas por la calle de Siam; subían del puerto y de la población baja por las innumerables escaleras de granito, y se desquitaban después cantando por diferentes calles.

Los que llegaban de la rada estaban más mojados que los otros por la lluvia y por el agua del mar.

Desde sus botes habían saltado alegremente á tierra por la escalera que conduce hasta la ciudad, sacudiéndose como gatos á quienes se hubiese remojado, ó como perros después del baño.

El viento silbaba por las calles, cada vez más oscuras; la noche se presentaba detestable.

En la rada, y á bordo de un buque llegado aquella misma mañana de la América del Sur, el contraamaestre había dado orden de *armar el bote*. Esta orden produjo en la tripulación indescriptible alegría. Habíase temido durante algu-

nos minutos que el temporal imposibilitaría la comunicación con Brest, y el silbato del contra-maestre vino á desvanecer esa duda y á conjurar esos temores. Después de una campaña de tres años, por primera vez aquellos marineros iban á pisar tierra de Francia, y su impaciencia era grande.

Cuando los individuos designados estuvieron colocados en el bote simétricamente y en sus bancos respectivos, el mismo contra-maestre llamó á los marineros que habían obtenido permiso.

Hallábanse alborotados el viento y el mar; las lejanías de la rada estaban sumergidas en una niebla cenicienta, formada por la lluvia.

Los marineros francos de servicio alineábanse precipitadamente á medida que oían pronunciar sus nombres y sus números correspondientes, animados sus expresivos semblantes por la alegría de ver nuevamente á Brest. Vestían todos ellos sus hermosos trajes de domingo; terminaban bajo aquella lluvia torrencial, y prestándose auxilio unos á otros, los últimos pormenores de su tocado, con cierto aire de coquetería.

Cuando gritó el contra-maestre: ¡*Doscientos dieciocho: Kermadec!* se vió aparecer á Ives: un guapo mozo de veinticuatro años, de aspecto grave y de marcial continente.

Alto, delgado, de brazos musculosos, de cuello de atleta, ofrecía en su conjunto la apariencia de una energía y una fortaleza un tanto desdeñosas. En sus palabras, de ordinario breves, advertíase muy marcado el acento del país; su voz, casi siempre baja, vibraba de un modo particular, como esos instrumentos de sonidos muy fuertes que se tañen con mucho cuidado á fin de evitar que produzcan demasiado ruido.

Sus ojos pardos, algo próximos uno á otro, y muy internados en sus órbitas, con la expresión de quien mira hacia dentro; la nariz fina y regular; el labio inferior, un poco saliente, daba á su rostro la expresión del desprecio.

Su semblante, inmóvil, parecía de mármol siempre que no se sonreía; entonces todo cambiaba, y se echaba de ver que Ives era muy joven. Era la sonrisa de los que han padecido mucho: su cara adquiría entonces una dulzura infantil y se iluminaban los rasgos endurecidos del marino, bien así como algún rayo de sol alegre, por casualidad, los peñascos de las costas bretonas.

Cuando Ives apareció, los otros marineros, que estaban en fila, le recibieron con sonrisas cariñosas y con muestras inusitadas de respeto.

Era porque llevaba por primera vez en su manga, los galones rojos de contra-maestre, car-

go con que poco antes había sido agraciado. Á bordo tiene alguna importancia un contramaestre de maniobras; sus modestos galones de estambre, que en el ejército obtiene fácilmente cualquiera, en la marina representan muchos años de padecimientos y de luchas; representan la fuerza y la vida del joven, empleadas á todas las horas del día y de la noche allá, en lo alto de la arboladura, ese dominio de los grumetes, sacudido siempre por todos los vientos y por todas las tempestades. El jefe de los gavieros se acercó á Ives y le tendió la mano. Antiguamente él había sido también un grumete duro para el trabajo, y conocía bien á los hombres de fuerza y de valentía.

— ¡Hola, Kermadec! le dijo estrechando afectuosamente su mano; ¿vas á *mojar* esos galones?

— Sí, maestro, respondió Ives en voz muy baja y con aire grave y pensativo.

No se refería, por cierto, al agua de la lluvia aquel lobo de mar; en este concepto, la *mojadura* estaba asegurada. No; en marina, *mojar* los galones significa embriagarse para honrarle en el que se estrenan (1).

(1) Esta locución se ha generalizado, y es usual también entre los que no son marinos para significar algo como fiesta y jolgorio, con que se solemniza algún acontecimiento fausto; fiesta que el favorecido costea. (N. del T.)

Ives permaneció pensativo recordando la necesidad de esa ceremonia, porque poco antes había jurado ser prudente, y deseaba cumplir su juramento.

Además, Ives estaba ya cansado de esas escenas de taberna, repetidas en todos los países del mundo: arrastrar la noche en todos los burdeles, á la cabeza de los más díscolos y de los más ebrios; hacerse recoger á la madrugada en los arroyos; ¡bah! eso á la larga hastía, por muy buen marinero que uno sea. Por otra parte, los días siguientes son muy penosos, y se parecen todos. Ives sabía todo esto, y ya no lo apetecía.

Muy negro y muy triste era aquel tiempo de Diciembre para su regreso. Bien que uno fuese indiferente y joven, este tiempo nublaba el gozo de la vuelta con cierta nube de melancolía. Ives experimentaba esas impresiones mismas que le causaban, á pesar suyo, cierto asombro triste; porque todo esto, al cabo, era su Bretaña; respiraba en la atmósfera los perfumes de su patria, y la reconocía aun en aquella oscuridad de sueño.

Lanzóse el bote, llevándolos á tierra á todos, y se alejó rápidamente del buque, impulsado por el viento Oeste y saltando á merced de las olas, cuyas aguas, como arrojadas por manos furiosas,

venían á chocar violentamente contra los marineros, los cuales, con la cabeza baja y apretados unos contra otros, sobrellevaban aquel diluvio, como suelen sufrir los rebaños de ovejas los efectos de una tempestad.

No hablaban; reconcentrábanse todos en sus esperanzas de placer próximo. Había entre ellos jóvenes que no habían pisado tierra durante un año; el oro llenaba sus bolsillos, y los más desordenados apetitos hacían hervir su sangre.

Algo pensaba Ives en las mujeres que le esperaban en Brest, y entre las cuales podría elegir dentro de muy poco; sin embargo, estaba triste: nunca tantos y tan diversos pensamientos habían turbado simultáneamente su cabeza.

En muchas ocasiones había probado profundas melancolías, durante ese silencio imponente de las noches del mar tranquilo; pero en esos sueños, la idea del regreso á la patria presentábase á su espíritu rodeada de brillantísimos colores, y ahora, cuando ese anhelado regreso llegaba, sentía oprimirse el corazón como nunca se le había oprimido.

No comprendía lo que le pasaba; pues, como los niños, no se cuidó nunca de investigar las causas de sus impresiones.

Vuelta al viento su arrogante cabeza, sin repa-

rar en el agua que se deslizaba por su cuello azul, permanecía de pie, casi sostenido por el grupo de marineros que se apretaban contra él.

Aquellas costas de Brest, cuyos vagos contornos se dibujaban como á través de un velo formado por el agua, enviaban á su mente un recuerdo de sus primeros años. Lo pasado había sido rudo, y por primera vez pensaba Ives en lo que podría ser lo porvenir.

¡¡ Su madre !!... Dos años hacía ya que Ives no había escrito á su madre; pero los marinos hacen siempre lo mismo, y sin embargo quieren á sus madres con toda el alma. Es la costumbre: desaparece uno durante algunos años, y de pronto, y cuando menos se le espera, sin aviso previo, aparece con los galones en la manga y con dinero ganado á fuerza de trabajo, y suficiente para llevar la alegría y la holgura al pobre hogar abandonado.

Ives pensaba en muchas cosas, y sus ojos no veían nada. La imagen de su madre había adquirido poco á poco una dulzura infinita; recordaba que su madre vivía allí, muy cerca, en los pueblecitos de la Bretaña, bajo el mismo crepúsculo que á él le rodeaba: sólo faltaban dos ó tres días para que su amante hijo pudiese sorprenderla y abrazarla.

Las sacudidas violentas del mar, la velocidad de la embarcación y el viento, influían de una manera directa en los pensamientos de Ives, que eran incoherentes y cambiaban á menudo. Entristecíale regresar á su país en día tan sombrío. En sus viajes últimos habíase habituado al calor y al cielo azul de los trópicos, y aquí, en su país, parecía que un inmenso sudario había arrojado sobre el mundo una triste noche.

Pensaba después en su propósito de no beber, no porque eso de la bebida estuviera mal visto, antes por el contrario, era costumbre inveterada entre los marinos bretones, sino porque me lo había prometido, y además porque á los veinticuatro años ya se experimenta algún cansancio de los placeres y se comprende la necesidad de proceder con prudencia en esto.

Pensaba entonces en el asombro que tan inusitada templanza produciría en sus compañeros, sobre todo en su más íntimo amigo Barrada, y en la admiración con que le verían al día siguiente regresar al puerto por su propio pie y andando derecho. Esta idea iluminaba su varonil y grave rostro con una sonrisa de niño.

En esto casi habían llegado al castillo de Brest, y al abrigo de aquellas enormes masas graníticas restablecióse repentinamente la calma. Ya no

danzaba el bote; deslizábase tranquilamente bajo la lluvia, habían sido amainadas las velas, y los remeros le aproximaban á la costa.

Caía la noche; las luces de gas comenzaban á sembrar de puntos brillantes y amarillos aquellos hacinamientos de objetos oscuros; los marineros oían ya el rodar de los carruajes y diversos ruidos de la ciudad que llegaban hasta ellos, pasando sobre el arsenal desierto y mezclados con las canciones de los borrachos.

Ives, por prudencia, había dejado á bordo, confiándolos á su compañero y amigo Barrada, casi todos sus ahorros que destinaba á su madre, y solamente se había reservado 50 francos para su diversión de aquella noche.

IV

— También mi marino, cuando está ebrio, duerme como un cachorro, señora Quéméneur.

— ¡Oh, señora Kervella! ¿También usted viene á dar su vueltecilla por el puerto?

— Espero á mi marido, que ha llegado hoy en el *Catinat*.

— Pues el mío, señora Kerdoncuff, cuando regresó de la China, durmió de un tirón cuarenta

y ocho horas seguidas. Y yo, amiga mía, ¿querrá usted creerlo? también me puse un poquito alegre: ¡si viera usted que vergüenza me dió después!... Pero ¡ca! si hay momentos en que es inevitable... Ya ve usted, hasta mi hija amaneció tendida en la escalera.

Estos y otros diálogos parecidos, en el tono cadencioso que caracteriza á los vecinos de Brest, se cruzan bajo los paraguas en mal uso, que el viento vuelve con frecuencia, entre mujeres vestidas con sendos impermeables y adornadas con sus característicos gorros puntiagudos; mujeres que esperan á la entrada de la monumental escalera de granito.

Sus respectivos maridos han regresado en el mismo buque en que viene Ives, y ellas aguardan allí como amantes esposas, sostenidas ya por un poco de aguardiente, y con los ojos entre alegres y enternecidos.

Detrás de estas señoras hay algunos otros grupos en los cuales la vista reposa y se recrea: aquí, muchachas de continente serio y aspecto digno, verdaderas esposas de marinos; allí, lindas jóvenes que esperan con ansiedad la llegada de sus novios; por acá, madres que han acudido desde pueblecillos próximos, engalanadas con los trajes de los días de fiesta y las faldas de tela

negra, con sedoso bordado. Algo estropea la lluvia estas galas, que no suelen renovarse dos veces en la vida; pero es menester honrar de alguna manera al hijo querido á quien dentro de muy poco se abrazará delante de todo el mundo.

— He ahí á la tripulación de *El Mágico* que entra en el puerto, señora Kerdoncuff.

— Y ahí están los marineros del *Catinat*, señora Quéméneur.

La entrada casi triunfal se realiza por grupos: primero el de los maridos de aquellas señoras. ¡Plaza á los viejos que pasan delante! La brea, el viento, el sol, el aguardiente, han ajado sus rostros. Cogidos cariñosamente del brazo con sus *oyes* respectivas, dispérsanse por aquellas sombrías de elevadas y antiguas casas de piedra. Dentro de un momento penetrarán en una habitación húmeda en la cual se aspira olor de pobreza, y merced al alcohol adquirido en la taberna próxima, encontrarán el olvido de esta separación cruel, recordando por breve tiempo aquellas pasiones de los veinte años.

A este grupo sigue el segundo, el de los jóvenes á quienes esperan impacientes, novias apasionadas ó madres cariñosas. Por último, formados de cuatro en fondo suben los amplios esca-

lones de granito los mozos con quienes Ives va á mojar sus galones.

Las mujeres que los esperan están en la calle de los *Siete Santos*, colocadas en acecho cerca de las puertas de sus casas, distinguiéndose por sus cabellos peinados en rizos sobre la frente, su voz aguardentosa y su gesto horrible.

Dentro de muy poco serán para ellas las caricias de aquellos hombres, sus ardores tanto tiempo contenidos, y sobre todo su dinero. Porque los marineros, en el día de su regreso, suelen pagar bien; y á más de lo que voluntariamente dan, que no es poco, hay lo que puede quitárseles cuando por fortuna se embriagan.

Los compañeros de Ives miraban á su alrededor, indecisos, como trastornados, casi ebrios ya, sólo con encontrarse en tierra. ¿Adónde dirigirse? ¿Por dónde comenzar la diversión? Aquel viento, aquella lluvia copiosa y fría, aquella siniestra y casi lúgubre entrada de la noche, sólo servían para añadir atractivos al placer de los que tenían asegurados caliente hogar y cómodo albergue; pero los marineros, que de todo eso carecían, comprendieron muy pronto la necesidad de buscar abrigo; por el pronto recorrieron algunas calles agarrados del brazo y oblicuando el movimiento ya á la derecha, ya á la izquierda, seme-

jando á fieras domesticadas á quienes se hubiese dejado en libertad; después entraron en *El Desembarco*, ó sea en casa de la señora *Creachcadec*.

El Desembarco era un tenducho de vinos establecido en la calle de Siam.

En él se respiraba alcohol. Ives se sentó cerca del brasero: era la primera vez que en dos ó tres años se había sentado en una silla. ¡Fuego! ¡Cómo y cuánto se deleitaba saboreando aquel bienestar inusitado, de secarse al calor de una buena lumbre!

Á bordo, nunca se goza ese placer; ni aun en los grandes frios del Cabo de Hornos ó de Islandia; ni aun en las humedades continuas, penetrantes, propias de las altas latitudes, puede uno secarse, ni buscar el calor del fuego. Durante los días y durante las noches permanece uno mojado y sólo puede procurarse alguna reacción con el movimiento, mientras se espera la salida del sol... que tarda siempre para los que esperan.

La señora *Creachcadec* era una madre para los marineros; cuantos la conocían podían decirlo. Les proporcionaba comidas y festines á precios económicos.

En el fondo de la taberna cocían los manjares sobre la encendida hornilla que llenaba el am-

biente con olor agradable de sopa apetitosa.

Oyóse en la calle gran estrépito; era que llegaba un grupo de marineros que á voz en grito cantaban, ajustándolas á un aire popular y alegre, las palabras *Kyrie, Christe, Dominum nostrum; Kyrie eleison...*

Entraron derribando las sillas, al mismo tiempo que una ráfaga de viento apagaba las luces de las lámparas.

Kyrie, Christe, Dominum nostrum... No eran muy apasionados los bretones por los cantos de esta índole, nacidos indudablemente en los barrios bajos de alguna ciudad populosa; sin embargo, el contraste entre la música y la letra les parecía divertido y excitaba su risa.

Los recién llegados procedían de *La Gauloise* y conocían á casi todos los que allí se hallaban, de quienes habían sido compañeros cuando todos eran grumetes. Uno de ellos se acercó á Ives y le dió un abrazo estrechísimo: era Kerboul, su camarada á bordo de *El Inflexible*. Él también se había transformado en un mocetón robusto y vigoroso y llevaba también en su manga los galones de estambre rojo.

Faltaba aire respirable en la taberna y sobraba estrépito. La señora Creacheadec sirvió el vino caliente, despidiendo aromoso humo, primer

plato del banquete dispuesto... y las cabezas comenzaron á dar vueltas.

Mucho ruido y gran algazara hubo en Brest durante aquella noche; la policía urbana tuvo bastante que hacer hasta la madrugada.

En la calle de los Siete Santos y en la de San Ivón se oyeron, hasta muy entrado el día, canciones y gritos, y se presenciaron escenas de regocijo dignas de la rudeza del hombre primitivo.

Los marineros cantaban. Las mujeres, que acechaban las monedas de los marineros cuando afectaban escuchar sus canciones, mezclaban sus voces agudas á las profundas de aquellos hombres embriagados.

Fácilmente se reconocía á los últimos desembarcados por su color más bronceado, por el rostro más curtido y por sus ademanes más desenvueltos. Además, casi todos llevaban consigo algún objeto exótico: quién pasaba con un loro completamente mojado dentro de su jaula; cuál otro iba acompañado de un mono.

Éstos y aquéllos y todos cantaban, á grito herido, coplas que harían ruborizar á un guarda-cantón, ó bien aires del Mediodía ó cantos vascos; sobre todo tristes melodías bretonas que parecían aires antiguos de *binión*, legados por los celtas de la leyenda.

Los más sencillos se limitaban á corear á sus compañeros; discurrían cantando y voceando por las calles, abrazábanse unos á otros, y sin conciencia de su fuerza rompían las puertas y atropellaban á los transeuntes sin intención alguna de hacerlo.

Adelantaba la noche; solamente los sitios consagrados al vicio permanecían abiertos; la lluvia seguía cayendo sobre aquella exuberancia de alegrías salvajes.

Son las seis de la mañana del día siguiente. Una masa negra, con apariencias vagas de forma humana, se encuentra en un arroyo. La oscuridad es la misma; igual la lluvia, menuda y fría; idéntico el ruido del viento de invierno, viento que había *velado*, como suelen decir los marinos, y que gimiendo había pasado la noche.

La masa de que se habla encontrábase un poco más arriba del puerto de Brest, al pie de las murallas, en un lugar adonde el hábito suele arrastrar á los marineros que no tienen albergue, que se hallan completamente borrachos, y que han tenido, en un momento lúcido, la intención

vaga de regresar á su barco y han dado con su cuerpo en tierra á la mitad del camino.

Echábase de ver ya ese débil resplandor que precede al crepúsculo matutino; algo pálido deslucido... un día de invierno levantándose sobre masas de granito. El agua resbalaba sobre aquella forma humana que estaba en tierra, y caía después en ruidosa cascada por el sumidero de una alcantarilla.

Empezó á clarear; un rayo de luz se atrevió á deslizarse á lo largo de las graníticas murallas. La masa negra tendida en el arroyo era efectivamente el cuerpo de un hombre; un marinero que estaba tumbado con los brazos en cruz.

Un transeunte produjo con sus zuecos de madera sobre el duro empedrado gran ruido, y pasó como titubeando; después pasó otro, después otros muchos: ninguno se detenía. Seguían todos dirección idéntica hacia una calle baja que terminaba en la verja del puerto de guerra.

Poco tardó en ser extraordinario y atronador aquel ruido de zuecos; ruido continuo, molesto, como la música de una pesadilla.

Cientos y cientos de zuecos que por todas partes llegaban, iban desfilando por la calle baja, á modo de procesión matinal. Eran los obreros que se dirigían al arsenal, no repuestos aún de los

excesos de la víspera, con el paso mal seguro y sin expresión la mirada.

También andaban por allí mujerzuelas feas, astrosas y mojadas, que iban de derecha á izquierda, como si buscasen á alguno; en aquella media claridad solían mirar descaradamente á los hombres, acechaban allí para convencerse de que el marido ó el hijo habían salido de las tabernas y se dirigían al trabajo.

También fué examinado por ellas el hombre tendido en el arroyo. Echábase de ver que los rasgos de aquella fisonomía eran juveniles, pero ya endurecidos; que tenían cierta rigidez cadavérica; que los labios se hallaban contraídos y apretados; pero no le conocían, y además no era trabajador, toda vez que su traje decía muy claramente que era marinero.

Esto no obstante, una mujer, madre de un marinero, intentó, más compasiva que las otras, separarle del arroyo; no pudo lograrlo, porque el peso era excesivo.

— ¡Qué cadáver más grande! exclamó volviendo á dejar caer los brazos del marinero que había levantado del suelo.

Este cuerpo, sobre el cual había caído toda la lluvia de la noche, era el de Ives. Poco después, cuando era ya de día completo, varios ca-

maradas suyos le reconocieron al pasar y se lo llevaron.

Acostáronle, completamente mojado por el agua del arroyo, en el fondo del bote, y dirigieron su rumbo hacia el buque, al cual llegaron al fin, bien que no sin trabajo, pues el mar continuaba alborotado y les era contrario el viento.

VI

Ives se despertó poco á poco hacia la caída de la tarde. Experimentó entonces, y de pronto, sensaciones muy dolorosas, que reaparecían una á una, como si resucitase con lentitud de una especie de muerte. Sentía frío; un frío que penetraba hasta la medula de sus huesos.

Hallábase entumecido: acostado durante muchas horas sobre un lecho muy duro, intentó, casi sin darse cuenta de ello, hacer un movimiento para volverse; pero su pie izquierdo, en el que sintió de pronto un terrible dolor, estaba sujeto por una cosa rígida, contra la cual comprendiase bien que era inútil luchar. Sí; Ives conocía por experiencia esta sensación, y comprendió lo que era aquel objeto: la cadena.

Sabía de memoria aquel despertar inevitable

excesos de la víspera, con el paso mal seguro y sin expresión la mirada.

También andaban por allí mujerzuelas feas, astrosas y mojadas, que iban de derecha á izquierda, como si buscasen á alguno; en aquella media claridad solían mirar descaradamente á los hombres, acechaban allí para convencerse de que el marido ó el hijo habían salido de las tabernas y se dirigían al trabajo.

También fué examinado por ellas el hombre tendido en el arroyo. Echábase de ver que los rasgos de aquella fisonomía eran juveniles, pero ya endurecidos; que tenían cierta rigidez cadavérica; que los labios se hallaban contraídos y apretados; pero no le conocían, y además no era trabajador, toda vez que su traje decía muy claramente que era marinero.

Esto no obstante, una mujer, madre de un marinero, intentó, más compasiva que las otras, separarle del arroyo; no pudo lograrlo, porque el peso era excesivo.

— ¡Qué cadáver más grande! exclamó volviendo á dejar caer los brazos del marinero que había levantado del suelo.

Este cuerpo, sobre el cual había caído toda la lluvia de la noche, era el de Ives. Poco después, cuando era ya de día completo, varios ca-

maradas suyos le reconocieron al pasar y se lo llevaron.

Acostáronle, completamente mojado por el agua del arroyo, en el fondo del bote, y dirigieron su rumbo hacia el buque, al cual llegaron al fin, bien que no sin trabajo, pues el mar continuaba alborotado y les era contrario el viento.

VI

Ives se despertó poco á poco hacia la caída de la tarde. Experimentó entonces, y de pronto, sensaciones muy dolorosas, que reaparecían una á una, como si resucitase con lentitud de una especie de muerte. Sentía frío; un frío que penetraba hasta la medula de sus huesos.

Hallábase entumecido: acostado durante muchas horas sobre un lecho muy duro, intentó, casi sin darse cuenta de ello, hacer un movimiento para volverse; pero su pie izquierdo, en el que sintió de pronto un terrible dolor, estaba sujeto por una cosa rígida, contra la cual comprendiase bien que era inútil luchar. Sí; Ives conocía por experiencia esta sensación, y comprendió lo que era aquel objeto: la cadena.

Sabía de memoria aquel despertar inevitable

de las noches de placer. Estar amarrado como una fiera durante muchos días. El sitio en que yacía lo adivinaba sin necesidad de abrir los ojos: era un recinto estrecho, sombrío, húmedo, con un olor insoportable y con poca luz, pálida y mermada, que entraba de lo alto por los menguados agujeros: la cala de *El Mágico*.

Pero Ives, no completamente despierto aún, confundía aquel *amanecer* con otros parecidos que ocurrieron en lejanos países... allá, en América ó en los puertos de China. ¿Se le había castigado por haber apedreado á los alguaciles de Buenos Aires? ¿Era, por ventura, el combate sangriento de Rosario lo que le había conducido á la prisión? ¿Duraban todavía las consecuencias de la cuestión con los marineros rusos de Hong Kong? En una palabra: ignoraba por completo lo que había ocurrido y no tenía ni la más remota idea del país en que se hallaba.

Los vientos y las olas podrían haber paseado *El Mágico* por todos los países del mundo; podrían haberle sacudido, volteado, destrozado por fuera, pero sin alterar en lo más mínimo la disposición de los objetos existentes en aquella cala; las bobinas de cables, el traje de buzo; ni atenuar el olor de ratas, de humedad y de brea de aquel recinto.

Ives sentía un frío penetrante, que llegaba hasta la medula de sus huesos, y comprendió que su traje, lo mismo que su cuerpo, estaban completamente mojados. Esta lluvia, el viento, el cielo sombrío de la víspera, presentáronse vagamente á su memoria. Recordó entonces que no se hallaba en los países, de azulado cielo, del Ecuador; que estaba en Bretaña; que había llegado aquel regreso, tantas veces apetecido.

Pero ¿qué había hecho él para estar ya encadenado? Buscaba la causa sin hallarla. De pronto surgió de su mente un recuerdo, así como entre sueños; recordó que cuando se trató de *izarle*, como un bulto, hasta el buque, se había despertado á medias, obstinándose en subir por su propio pie; una vez arriba, había encontrado, por desgracia, á un jefe con quien estaba enemistado, habíase trabado de palabras con él, de las palabras se había pasado á las obras, y desde aquel momento su recuerdo cesaba, sus ideas se oscurecían, y nada pudo encontrar que enlazase aquella lucha con su situación poco agradable.

Pero, no podía dudarle, el permiso con que ya contaba para ir á su pueblo de Plouherzel, no le sería concedido. ¡Todas las esperanzas, todos los deseos acariciados durante tres años, se habían desvanecido! Pensó en su madre, y esta memo-

ria le llenó el corazón de amargura. Acarició por un momento la esperanza de que fuese todo una pesadilla, y á fin de convencerse de esto, trató de mover su pie aprisionado y entumecido.

Entonces se oyó en aquella estrecha y hedionda prisión una sonora carcajada : un hombre estaba de pie delante de Ives.

— Vamos, ¿despiertas ya? le preguntó, sin dejar de reir.

Ives reconoció á su buen amigo Juan Barrada, y levantando hacia él sus ojos, le preguntó *si yo lo sabía*.

— ¡Bah! contestó Juan : ¿pues no he de saberlo? Ya he bajado aquí tres ó cuatro veces, una de ellas acompañado del médico; estabas tan rígido y tan... que le has causado miedo. Y estoy aquí de vigilante, con encargo de avisarle si das señales de vida.

— ¿Y para qué has de avisarle? No necesito que vuelva, ni es menester que venga nadie. No avises, Barrada; ¿lo oyes? Te lo suplico.

Así sucedía siempre; había caído una vez más en el mismo vicio. Las pocas veces que saltaba á tierra acababa por embriagarse, y no lograba evitarlo. Era evidente, sin embargo, y cuantos le estimaban se lo habían dicho, que tal hábito era terrible y mortal. Irritado contra sí mismo,

retorcíó sus brazos musculosos, que crujieron, se incorporó á medias, apretó los dientes y después se dejó caer, chocando su cabeza contra la plancha dura de la cala. ¡Oh! su pobre madre... estaba allí... tan cerca de él, y él no podría verla, no podría acariciarla después de tres años de haberlo deseado; ¡y este era su regreso á Francia! ¡Qué miseria y qué angustia!

— Á lo menos, dijo Barrada, debías mudarte. Permanecer tan mojado como tú estás, no es sano, y vas á pillar una enfermedad seria.

— Mejor; déjame en paz, Barrada.

Al decir esto, su tono de voz era raro y seco, su mirada era torva y sombría; su compañero Barrada comprendió que efectivamente convenia dejarle solo.

Ives volvió la cabeza y ocultó su rostro debajo de los brazos, que había levantado; después, como si temiese que Barrada pudiera sospechar que lloraba, cambió con arrogancia de postura y miró hacia adelante. Sus ojos, á pesar de su somnolencia, aún no cerrados del todo, tenían una fijeza espantosa. En su cerebro bullían y se agitaban proyectos descabellados; ideas concebidas en otra ocasión, en horas de rebeldía ó de oscuridad, renacían en su espíritu agitado.

Si; debía desertar como su hermano Goulven,

como sus hermanos; pero esta vez estaba completamente decidido, definitivamente resuelto. La vida de aquellos aventureros que había encontrado en la *ballenera* de Oceanía y en las posesiones de recreo de las ciudades del Plata, aquella vida azarosa del mar, sin ley y sin freno, le atraía; aquello estaba en su sangre además, era de familia.

¡Su madre!... Este recuerdo no le impedía seguir pensando en la desertión, y sólo modificaba su proyecto en cuanto á la forma de resolverlo; una vez fuera del buque, Ives se proponía pasar de noche por Plouherzel á fin de abrazarla. En esto no haría más que seguir el ejemplo de su hermano, que algún tiempo atrás había hecho exactamente lo mismo. Ives se acordaba de haberle visto llegar casi de noche, procurando no ser visto y recatándose para no ser conocido; al día siguiente, día de tristes despedidas, mientras Goulven permaneció en la casa, todo estuvo cerrado. Su pobre madre había llorado mucho, es verdad; pero ¿qué remedio?... Eso es inevitable. Su hermano Goulven tenía, á pesar de todo, aire altanero y decidido.

Exceptuando á su madre, Ives, en aquellos momentos, odiaba á todo el universo. Pensaba en aquellos años empleados en el servicio, en el

secuestro de los buques de guerra bajo el durísimo yugo de la disciplina, y se preguntaba: ¿para qué y para quién? En su corazón se desbordaban otra vez los odios, la desesperación, el deseo de vengarse, y, sobre todo, el anhelo de ser libre. Y como yo había sido causa de que se reenganchase por cinco años al servicio del Estado, también á mí me aborrecía, confundíendome en su inquina y en su ira con todos los demás hombres.

Barrada le había abandonado, obedeciendo sus órdenes, y la noche de Diciembre se venía encima.

Ya no se veía descender por la claraboya de la cala los resplandores cenicientos del día; por allí no bajaba más que una bocanada de humedad que helaba.

Ives comenzó á escuchar los ruidos de la noche, que conocía perfectamente. El viento continuaba, y á medida que los hombres guardaban silencio, oíase mejor y más poderosa la voz de la Naturaleza. Oía incesante el rechinar de la arboladura, y sobre todo el ruido del mar, que todo lo sacudía, como manifestando impaciencia. Á cada sacudida la cabeza de Ives rodaba sobre la madera, á pesar de que, á fin de lastimarse menos, había colocado sus manos por debajo.

Era indudable que á tales horas nadie bajaría á la cala. Ives estaba solo, tendido en el suelo, sujeto á su argolla, y rechinaban sus dientes de frío.

VII

Sin embargo, Juan Barrada bajó; afectó, á fin de no incomodar á su amigo, hacer como que buscaba alguna cosa.

Entonces Ives le llamó en voz muy baja, y le dijo :

— Barrada, ¿quieres darme un poco de aguardiente para beber?

Barrada se apresuró á mezclar en una copa agua un tanto rojiza, por haber sido traída desde las repúblicas del Plata en una caja de hierro, un poco de vino robado á la cantina y un poco de azúcar tomado en el camarote del comandante, y levantando después dulce y cariñosamente la cabeza de Ives, hizole beber.

— ¿Y ahora, le preguntó, quieres mudarte?

— Sí, contestó Ives, con una vocecita casi de niño, que formaba contraste singular con su actitud terrible de pocos minutos antes.

Desnudáronle entre dos de sus compañeros; le enjugaron el pecho, los brazos y la espalda;

le pusieron un traje completamente seco y le acostaron nuevamente, colocando debajo de su cabeza un saco para que durmiera con mayor comodidad.

Cuando Ives dió las gracias á sus camaradas, una sonrisa dulce, la primera, cambió toda su fisonomía. Aquello era el acabamiento del incidente; su corazón estaba ya dulcificado.

Experimentaba un enternecimiento infinito pensando en su madre, y tenía muchas ganas de llorar : algo así como una lágrima vino á humedecer sus mejillas, aunque sus ojos no solían tener esas debilidades... Quizás, pensaba Ives, serán los jefes algo indulgentes conmigo; ¡ah! si no me imponen un castigo grave, no me volverá á suceder, y yo haré que se me perdone todo. Por esta vez su resolución era definitiva. Cuando, después de la forzada templanza del mar, bebía una sola copa de aguardiente, su cabeza se iba á pájaros, y necesitaba otra, y otras, y muchas; pero no bebiendo la primera estaba seguro de obrar como hombre prudente.

Había en este arrepentimiento y en este propósito de la enmienda una sinceridad infantil, y estaba convencido de que si conseguía escapar del *Consejo de guerra*, ésta habria sido su última calaverada.

Ives, sobre todo, tenía esperanza en mí, y además deseaba verme; suplicó, por consiguiente, á su amigo Barrada que subiese á buscarme.

VIII

Cuando acaecieron los hechos referidos, hacía siete años que Ives y yo éramos amigos.

Habíamos ingresado en la armada por puertas diferentes, y él, aunque tenía algunos meses menos que yo, me había precedido en dos años.

El mismo día que llegué á Brest en 1867 para vestir allí el primer uniforme de marino, la casualidad me hizo encontrar á Ives Kermadec en casa de un protector suyo, un comandante viejo ya y que había conocido á su padre. Volvía entonces de su país, donde había disfrutado una licencia de ocho días, y me pareció que estaba muy triste á consecuencia de la despedida, para mucho tiempo, de su madre; yo estaba en caso muy parecido; ambos teníamos entonces dieciséis años, y en esta edad tal semejanza de situaciones engendra necesariamente simpatía.

Tiempo adelante, y cuando era yo jefe, volví á encontrar en el primer buque donde ejercí funciones, á Kermadec, ya convertido en un hom-

bre hecho y derecho: lo escogí como *gaviero de hamaca*.

Existía en aquellos tiempos cierta solidaridad entre los oficiales y los grumetes, máxime durante la campaña en tierra lejana, como era la que á la sazón hacíamos. En tierra ya, en medio de extranjeros y enemigos, y en que nos encontrábamos de noche alguna vez con nuestros grumetes, solíamos llamarlos en nuestro auxilio cuando sobrevenía un peligro, y entonces, reunidos oficiales y marinos, podíamos imponernos. En tales casos, Ives era nuestro aliado más valioso.

Como notas para el servicio, las suyas no eran muy excelentes: «Un modelo á bordo; el hombre más apto y más marino; pero su conducta en tierra es imposible.» Ó bien: «Ha demostrado un valor y una lealtad admirables;» y después, «Indisciplinable, incorregible.» En otra parte: «Celo, honor, fidelidad,» y después: «díscolo, insolente.» Sus noches de cadena y sus días de prisión no podían contarse: ¡tantos eran!

En lo moral como en lo físico, era alto, fuerte y hermoso, con algunas irregularidades en los pormenores.

Á bordo era infatigable marinero; en el trabajo siempre, siempre vigilante; en toda ocasión

pronto y apercebido para la faena, y constantemente aseado.

En tierra, el marinero alborotador, borracho y preso, era siempre él; el marinero recogido al amanecer en medio del arroyo, medio desnudo, despojado de su traje, como un muerto, por los negros unas veces, otras por los indios ó por los chinos, era siempre Ives.

Ives era el marinero escapado que pegaba á los agentes de la autoridad, ó reñía á puñaladas ó á sablazos con los alguaciles. Todos los géneros de imprudencia y de locura le eran familiares.

Las cosas de Kermadec, antes que enojarme, me divertían muchas veces. Cuando con sus camaradas saltaba á tierra, solíamos preguntarnos unos á otros los oficiales: «¿Qué historia no contarán de ese calavera mañana? ¿En qué estado regresará?» Y yo, por mi parte, pensaba que mi pobre hamaca estaría sin arreglar dos ó tres días por lo menos.

Declaro con franqueza que, por lo que respecta á mi hamaca, la cosa no me interesaba mucho; pero el bueno de Kermadec era tan leal, demostraba poseer tan noble corazón, que yo había concluido por aficionarme á él, y no me reía tanto como mis compañeros de aquellas diabluras, que me hubiera holgado de evitar en lo sucesivo.

Terminada aquella campaña, para mí la primera, hubimos de separarnos; pero la casualidad hizo que Kermadec y yo nos reuniésemos nuevamente en otro buque: entonces llegué á cobrarle verdadero cariño, al cual correspondía él con toda su alma.

Sobrevinieron además en este viaje dos sucesos que nos aproximaron más todavía. Ocurrió el primero en Montevideo, una mañana muy temprano. Ives estaba en tierra desde la víspera, y yo había llegado al muelle, acompañado por dieciséis hombres, con el encargo de hacer provisión de agua dulce.

Aún recuerdo aquella semiclaridad fresca de la mañana, aquel cielo, ya casi iluminado por el sol nascente, y estrellado todavía; la ría casi desierta, que atravesábamos remando suavemente; aquella gran ciudad, que tenía cierta semejanza con las poblaciones europeas, bien que conservando aún algo de salvaje en los pormenores.

Al pasar veíamos abrirse á nuestros ojos, y unas en pos de otras, como si se proyectasen en el cielo que blanqueaba, aquellas calles tiradas á cordel, largas, inmensas, que parecían interminables. En aquella hora indefinida en que la noche tocaba á su acabamiento, ni se veía una luz, ni se oía un solo ruido; de vez en cuando solía

resonar el paso vacilante de algún transeunte sin hogar; y á las orillas del río veíamos de trecho en trecho tabernas de aspecto repugnante, ó co-vertizos que despedían penetrantes olores de especias y de alcohol, pero nauseabundos, y negros como tumbas.

Detuvimos nuestra embarcación delante de una taberna que tenía el llamativo nombre de *Taberna de la Independencia*.

Una canción española, medio ahogada, salía del interior; una de las puertas estaba entreabierta; dos hombres reñían á puñaladas próximos al establecimiento, y á lo lejos se oía el vómito repugnante de una mujer borracha.

Vimos entonces salir de la taberna un grupo que atrajo nuestra atención: cuatro hombres conducían en brazos á otro que debía de hallarse completamente ebrio, pues parecía sin conocimiento. Los cuatro apresuraron su paso, dirigiéndose hacia el mar, como si nos temiesen.

Conocíamos de sobra aquel juego, muy usado en los sitios desacreditados de la costa; embriagar á los marineros, hacerles firmar algún compromiso insensato, y embarcarlos después cuando no pueden sostenerse por sí mismos. Se aparejaba en seguida, y cuando el hombre volvía en su conocimiento, el buque se hallaba muy lejos:

entonces ya se encontraba cogido bajo un yugo de hierro, y era conducido como esclavo á la pesca de la ballena, lejos de toda tierra habitada. Una vez allí, no había temor de que intentase la fuga; era desertor de la armada de su país; estaba perdido para siempre.

Por esto, aquel grupo nos pareció sospechoso; apresurábanse ellos como ladrones, y yo dije á mis marinos: « Démosles caza. »

Al observar que eran perseguidos, dejaron caer su carga, que chocó pesadamente sobre la tierra, y se pusieron en precipitada fuga.

El fardo era Ives. El tiempo que empleamos en reconocerle y levantarle fué suficiente para que los otros cuatro hombres se encerrasen en la taberna; y aunque mis marineros deseaban derribar la puerta y tomar la taberna por asalto, les disuadí de aquel intento, cuya realización podría haber originado complicaciones diplomáticas con el Uruguay.

Por otra parte, Ives estaba en salvo: esto era lo principal. Llevámosle á bordo sobre un capote que hice colocar encima de los odres que contenían nuestras provisiones de agua dulce.

El segundo de los acontecimientos á que más arriba he aludido, ocurrió en Pernambuco. Había yo perdido, bajo mi palabra, jugando con

marinos portugueses. Era absolutamente preciso pagar dentro de las veinticuatro horas, y como ni yo tenía dinero, ni mis compañeros tampoco, el problema se presentaba de solución bastante difícil.

Ives había tomado muy en serio, casi por lo trágico, aquella situación mía, y se había apresurado á ofrecirme todo su capital, que estaba depositado, bajo mi custodia, en uno de los cajones de mi mesa.

— ¡Me complacería tanto, mi capitán, el que usted aceptase mis ahorros! Por el pronto, yo no necesito ir á tierra, y además usted sabe que sería más conveniente para mí no poder ir nunca.

— Bueno, amigo Ives, bueno : yo aceptaría, ya que en ello te empeñas, ese dinero por unos cuantos días; pero, así y todo, aún me faltan cien francos; ya comprendes que nada adelantare con eso.

— ¿Cien francos aún? Me parece que tengo esa cantidad en mi saco.

Y al decir esto, desapareció, dejándome admirado; no parecía verosímil que Ives tuviera cien francos en su saco.

Tardó bastante en volver; era evidente que no encontraba aquel dinero; ya lo había yo previsto.

Tornó al fin.

— Aquí están, me dijo alargándome su portamonedas y manifestando en su semblante intenso regocijo.

Sospeché entonces lo que había hecho, y le dije : « Haz el favor de prestarme un momento el reloj; he dejado el mío en prenda. »

Turbóse bastante al oirme, y me contestó que se le había roto. No me había yo equivocado; para facilitarme aquellos cien francos Ives había vendido á un compañero el reloj y la cadena por la mitad de su valor.

Estos servicios mutuos estrecharon más y más nuestra intimidad, y Kermadec sabia perfectamente que podía acudir á mi en cualesquiera circunstancias. Cuando Barrada vino á llamarme de parte de Ives, bajé á verle.

Pero, por desgracia, habíase metido entonces en un mal negocio, acometiendo á un superior suyo. Á pesar de haber intercedido yo por él cuanto me fué posible, el castigo fué severo y duro. Cuatro meses después hubo de emprender un nuevo viaje sin haber conseguido abrazar á su madre.

En el momento de embarcarme con él en la *Sibylle* para dar la vuelta al mundo en trescientos días, le conduje un domingo á *Saint-Pol-de-Leon*, con el propósito de consolarle.

Era cuanto yo podía hacer en su obsequio, porque su pueblo natal, Plouherzel, estaba muy lejos de Brest, en las costas del Norte, en el fondo de un país casi perdido, y aún no existía por aquellas comarcas un ferrocarril que nos permitiese llegar allí en un solo día.

Muchos años hacía que Ives soñaba con ver de nuevo aquel Saint-Pol-de-Leon, el pueblo de su nacimiento.

En los tiempos en que navegamos juntos, frecuentemente, aunque pasando de largo, habíamos visto el antiguo campanario de Creizker, elevándose en lontananza sobre el horizonte triste y monótono que presentaba allá, muy lejos, la tierra de Bretaña, el país de León.

En aquellas noches de cuarto solíamos cantar la melancólica canción bretona:

He nacido en Finisterre;
En San Pablo vi la luz;
Mi campanario es el más hermoso de la tierra;
Mi país es el más hermoso de la comarca.

.....

.....

Devolvedme mis brezos
y mi campanario (1).

Parecía, sin embargo, que una fatalidad nos perseguía; nunca habíamos logrado ir á Saint-Pol. Cuantas veces habíamos pensado ponernos en camino, surgían á última hora inconvenientes que lo impedían; recibíanse órdenes inesperadas, y era necesario partir. Con esto, Ives y yo habíamos acabado por asociar cierta superstición al campanario de Creizker, solamente entrevisto de lejos siempre, como en silueta, en las lejanías del sombrío horizonte.

Esta vez, no obstante, el viaje parecía asegurado: íbamos, por fin, á Saint-Pol-de-Leon. Tomamos asiento los dos en el cupé de una diligencia bastante deteriorada; á nuestro lado viajaba un cura bretón. Los caballos emprendieron su marcha y comenzaron á arrastrar el desvencijado vehículo; la cosa iba de veras.

Era muy de mañana, en uno de los primeros días de Mayo; pero caía una lluvia menuda y fría, como lluvia de invierno.

Al revolver una montaña cesó la lluvia, cesó el viento, y de pronto cambió de aspecto todo.

(1) Hemos creído preferible, á fin del conservar el carácter de la canción, traducirla literalmente, mejor que procurar una traducción en verso, que no habría podido ser fiel. (N. del T.)

Descubrimos á larga distancia un paisaje plano, las landas áridas y desnudas como un desierto; el paisaje de León, en el fondo del cual, muy lejos, elevaba la torre de Creizker su aguja de granito.

Á pesar de su tristeza, aquel país tenía su encanto, y mi compañero Ives sonreía viendo su campanario aproximarse hacia nosotros.

Una neblina de vapores oscuros, de un tinte suave, tinte que podríamos llamar septentrional, cubrió por completo el cielo, y en la monotonía de este país... solamente allí, en el término del vago horizonte, se veían, como puntos salientes, la silueta de Saint-Pol y las de tres campanarios negros.

Muchachas bretonas antecogían sus rebaños de carneros dirigiéndolos al pasto; algunos muchachos, haciendo caracolear á sus caballos, espartaban al ganado; *cabriolés* atravesaban rápidamente el camino; en casi todos iban mujeres con vistosos tocados de días de fiesta, y que se encaminaban á oír misa á la ciudad. Oíase el ruido alegre de las campanas; animábase el camino, regocijábase todo : habíamos llegado.

X

Almorcé con Ives en la posada más *elegante* que hallamos en la población, y al terminar nos sorprendió advertir que á la fría mañana de invierno había seguido un hermosísimo día de Mayo. En las callejuelas solitarias, ramos de lilas, macizos de flores, manojos de rosas que nadie había sembrado, adornaban las paredes; había allí verdadero sol, y por todas partes se aspiraban perfumes de primavera.

Ives lo miraba todo, y producía en él grande y aun dolorosa extrañeza que no surgiese en su espíritu ningún recuerdo de su infancia. Buscando, buscando en los más apartados rincones de su memoria, no conseguía reconocer ni recordar nada en aquello, y poco á poco se apoderó de su espíritu impresionable el desencanto.

En la plaza Mayor de Saint-Pol hallábase reunida la muchedumbre alegre y bulliciosa de los días festivos. La catedral de los antiguos Obispos de León dominaba por completo esta plaza y proyectaba sobre ella una gran sombra; alrededor de la torre se agrupaban casas anti-

Descubrimos á larga distancia un paisaje plano, las landas áridas y desnudas como un desierto; el paisaje de León, en el fondo del cual, muy lejos, elevaba la torre de Creizker su aguja de granito.

Á pesar de su tristeza, aquel país tenía su encanto, y mi compañero Ives sonreía viendo su campanario aproximarse hacia nosotros.

Una neblina de vapores oscuros, de un tinte suave, tinte que podríamos llamar septentrional, cubrió por completo el cielo, y en la monotonía de este país... solamente allí, en el término del vago horizonte, se veían, como puntos salientes, la silueta de Saint-Pol y las de tres campanarios negros.

Muchachas bretonas antecogían sus rebaños de carneros dirigiéndolos al pasto; algunos muchachos, haciendo caracolear á sus caballos, espartaban al ganado; *cabriolés* atravesaban rápidamente el camino; en casi todos iban mujeres con vistosos tocados de días de fiesta, y que se encaminaban á oír misa á la ciudad. Oíase el ruido alegre de las campanas; animábase el camino, regocijábase todo : habíamos llegado.

X

Almorcé con Ives en la posada más *elegante* que hallamos en la población, y al terminar nos sorprendió advertir que á la fría mañana de invierno había seguido un hermosísimo día de Mayo. En las callejuelas solitarias, ramos de lilas, macizos de flores, manojos de rosas que nadie había sembrado, adornaban las paredes; había allí verdadero sol, y por todas partes se aspiraban perfumes de primavera.

Ives lo miraba todo, y producía en él grande y aun dolorosa extrañeza que no surgiese en su espíritu ningún recuerdo de su infancia. Buscando, buscando en los más apartados rincones de su memoria, no conseguía reconocer ni recordar nada en aquello, y poco á poco se apoderó de su espíritu impresionable el desencanto.

En la plaza Mayor de Saint-Pol hallábase reunida la muchedumbre alegre y bulliciosa de los días festivos. La catedral de los antiguos Obispos de León dominaba por completo esta plaza y proyectaba sobre ella una gran sombra; alrededor de la torre se agrupaban casas anti-

guas; multitud de bebedores rodeaban las mesas colocadas delante de las puertas.

Ives penetró en la iglesia, pasó distraído por delante de los sepulcros episcopales, pero se detuvo pensativo á la entrada, delante de la pila bautismal.

— Mire usted, me dijo, aquí me bautizaron. Mi familia debía de habitar muy cerca de este sitio; mi pobre madre me ha contado muchas veces que el día de mi bautizo, cuando le infirieron aquella ruin ofensa de no tocar por mí las campanas, había ella oído desde el lecho el canto de los sacerdotes.

Por desgracia, Ives había olvidado pedir en Plouherzel á su madre las indicaciones necesarias para hallar la casa en que habían habitado.

Mi compañero de viaje contaba para estas averiguaciones con las noticias que le proporcionase su madrina, Ivona Kergaoc, que debía de vivir justamente en una casa de la misma iglesia. Al llegar al pueblo habíamos preguntado por ella, y nos habían dicho:

— Pero ¿de dónde vienen ustedes, señores? Esa mujer murió hace ya doce años.

De Ivona se acordaban todos, pero de los Kermadec nadie guardaba recuerdo alguno. No era

extraño; hacía veinte años que habían abandonado el país.

Subimos al campanario de Creizker y creí que no llegábamos nunca.

Llegamos por fin, no sin haber molestado á las cornejas que habían hecho allí su habitación.

Allá arriba, los dos solos, aislados en el aire vivo y en el cielo azul, contemplábamos los objetos á vista de pájaro. Bajo nuestros pies había, en primer término, multitud de cornejas que revoloteaban y giraban formando nube y dándonos un concierto de tristes gritos; mucho más abajo la ciudad de Saint-Pol, que parecía haberse achatado, y en sus callejas oscuras una muchedumbre lili-putiense; á lo lejos, y hasta donde alcanzaba la vista, hacia el Sur, extendiase el país de Bretaña hasta las montañas Negras, y hacia el Norte el puerto de Roseoff, con sus caprichosas rocas, cuyas puntiagudas cabezas rompían el espejo del mar; aquel espejo del inmenso mar azul pálido que iba á confundirse, allá, lejos, muy lejos, en los límites del horizonte, con el cielo de color muy semejante.

Causábanos cierto regocijo haber logrado al fin subir al campanario de Creizker, que tantas veces nos había visto pasar por en medio de la

inmensidad de las aguas; él, fijo, inmóvil, siempre allí, inaccesible, inmutable, cuando nosotros, pobres gentes de mar, éramos arrastrados á merced de los vientos y de las olas.

Ives, sin embargo, continuaba muy desencantado y muy triste por no haber hallado rastro alguno de la casa en que había nacido, ni recuerdo de su madre.

Sólo nos restaba media hora de permanecer en Saint-Pol hasta tomar la diligencia de la tarde. Al día siguiente, por la mañana, debíamos estar de vuelta en Brest, donde nos esperaba nuestro buque para llevarnos, una vez más, muy lejos de Bretaña.

Sentados á una mesa y bebiendo sidra estábamos en la plaza, y allí preguntamos á la que nos servía, que era una mujer muy anciana, acerca de la familia de los Kermadec.

— ¿Es usted el hijo de Ives Kermadec? ¡Oh! sí; he conocido mucho á los padres de usted: ¡ya lo creo! Éramos vecinos en aquel tiempo; por cierto que cuando usted vino al mundo, vinieron á buscarme. ¡Pero cómo se parece usted á su padre! No es usted tan buena figura como él, no, aunque es usted todo un buen mozo.

Ives, al escuchar este cumplido, me miró con ganas de soltar la carcajada; y después aquella

anciana comenzó á contar multitud de cosas, que Ives escuchó conmovido.

En seguida llamó á otras mujeres, como ella vecinas, y viejas como ella, y cada una contó alguna cosa.

— ¡Jesús, María y José! exclamaban: ¿cómo ha sido posible que no hayamos contestado á ustedes antes? Aquí todo el mundo se acuerda de los padres de usted; pero la gente en este país es muy bestia, y luego, cuando ven forasteros, ya...; en fin, no es extraño que no sepa uno hablar.

El padre de Ives había dejado en el país un recuerdo, así como de personaje de leyenda; recordábanle todos cual una especie de gigante de una belleza nada común, y porque no sabía hacer nada de lo que los demás hombres hacían.

— ¡Qué desgracia, caballeros, que un hombre como aquél se viera tantas veces en apuros y con sinsabores! Porque su padre de usted se arruinó en la taberna, y sin embargo, quería mucho á su mujer y á sus hijos, y era muy cariñoso para con ellos, y en el país todos le querían, menos el señor cura.

— Menos el señor cura, me repitió en voz baja Ives, cuyo rostro se tornó sombrío; ya ve usted

cómo se confirma lo que le he contado acerca de mi bautizo.

— Cierto día en que hubo un alboroto aquí mismo, en la plaza, en 1848, por la revolución, su padre de usted, solo, se las había tenido tiesas con la gente del mercado y había salvado la vida al alcalde.

— Tenía, dijo la anciana que primero nos había hablado, un caballo muy grande y de tan perversa intención, que nadie se acercaba á él sin miedo.

— ¡Ah! dijo Ives, como si aquellas palabras hubiesen evocado de pronto sus dormidos recuerdos; me parece que estoy viendo el caballo. Me acuerdo de que, después de atarle al pesebre, me cogía mi padre y me montaba en el caballo. Era negro ¿verdad?... con las patas blancas.

— Justo, justo; negro y con las patas blancas. Era una fiera. Vea usted qué cosa más original: ¡un marino tener caballo!

La taberna estaba llena de bebedores de sidra, que producían alegre ruido de copas y de conversaciones. Alrededor nuestro se había formado un corro.

La tabernera tenía cuatro nietas muy lindas; también ellas estaban alrededor nuestro mirando y oyendo.

Llegó el momento de que se nos preguntase á

nosotros, y entonces Ives respondió: — Mi madre reside, con mis dos hermanas, en Plouherzel; mis hermanos se dedican á la pesca de la ballena en América, y yo navego desde hace diez años al servicio del Estado.

No teníamos tiempo para nada, pues deseábamos visitar, antes de salir del pueblo, la casa en que habían habitado los Kermadec. La casa estaba cerca, tocando casi con la iglesia. Se nos indicó la puerta, encargándonos que viésemos el primer piso de la izquierda: aquel en donde Ives había nacido.

Inmediato á esta casa existía un parque extenso y abandonado; había pertenecido al Obispo de León, y, según parece, sirvió á Ives, cuando niño, para revolcarse con su hermano Goulven sobre la hierba.

Llamamos á la puerta indicada por las vecinas, y los moradores de la casa extrañaron algo nuestra pretensión. Parece, no obstante, que nuestro aspecto les inspiró confianza y nos facilitaron la entrada, bien que recomendándonos que al penetrar en el primer piso hiciésemos el menor ruido posible, por encontrarse allí durmiendo su pobre abuela, casi moribunda; dicho esto, nos dejaron solos, dando muestra de discreción natural y sencilla.

Penetramos de puntillas en aquella mansión, pobre y dismantelada. Ives miraba por todas partes, y á pesar de sus grandes esfuerzos, nada recordaba. Bajamos la escalera, y de repente algo parecido á una reminiscencia vaga cruzó por la mente de Ives. ¡Ah! dijo; ahora creo que reconozco esta escalera. Abajo debe de haber una puerta á este lado, que da al patio; á la izquierda hay un pozo y un árbol muy grande; en el fondo estará la cuadra donde tenía mi padre su caballo de patas blancas.

Efectivamente, en el patio hallamos todo lo que Ives había dicho; á la izquierda el pozo y el árbol corpulento; en el fondo la cuadra. Ives, muy conmovido y descubriendo su cabeza, como si estuviera ante una tumba, me dijo:

— Ahora veo perfectamente el rostro y el aspecto de mi padre.

Era ya tiempo de abandonar aquella aldea; la diligencia nos esperaba.

Nos despedimos de aquella comarca y dirigimos al campanario un adiós cariñoso, porque al día siguiente habíamos de partir para playas muy lejanas, en las que él no había de vernos pasar.

— Mañana, dijo Ives, será necesario que me permita usted entrar muy temprano en su cámara para escribir en su mesa. Quiero contar todo

esto á mi madre antes de partir de Francia. ¡Oh! Segurísimo estoy de que cuando lea mi carta van á llenarse de lágrimas sus ojos.

XI

Junio, 1875.

Estábamos en los 20° de latitud, en la región de los alisios; eran las seis de la mañana: sobre el puente de un navío, que se encontraba solo, aislado en medio de la inmensidad del mar, un grupo de hombres jóvenes y robustos, desnudos de medio cuerpo arriba, se mantenían de pie, volviendo la espalda al sol naciente. Era la banda de Ives; los gavieros de bauprés y los de mesana.

Cada uno había lavado su pañuelo, y sujetándolo á la espalda, lo tenían al sol para secarle.

Todas las mañanas á la misma hora, en igual traje y con idéntico sol, el grupo mismo permanecía así sobre aquellas planchas que paseaban á los que le componían por la extensa superficie de los mares.

En la mañana de que se trata, el tema de la discusión era la luna; el semblante humano de

aquel astro les perseguía con su recuerdo. Durante su guardia, cada cual la había visto allá, en lo alto, suspendida, sola, redonda, en medio del vacío inmenso y azulado, habíanse visto obligados, uno después de otro, á cubrir su frente durante el sueño, dejando el vientre al aire, á fin de evitar las dolencias y los maleficios que lanza el astro de la noche sobre los marineros cuando se duermen bajo su mirada.

Era en realidad peregrino el contraste que ofrecía el aspecto varonil y rudo de aquellos hombres, con las infantiles y candorosas ocurrencias que sus supersticiones les inspiraban.

Entre ellos se hallaba nuestro conocido Juan Barrada, el escéptico de aquella reunión, que lanzaba de cuando en cuando, en medio de la controversia, el ruido inesperado de su carcajada. Estaba también Cleto Kerzulec, un bretón de la isla de Ouessant, á quien preocupaban sobre todo los rasgos humanos estampados en aquel disco pálido; estaba además el gran Barazère, que se las echaba de serio y de erudito explicando á sus compañeros que la luna era un mundo bastante mayor que el nuestro, y en el cual habitaban pueblos muy extraños.

Los marineros movían la cabeza con aire de incredulidad, y decía Ives muy pensativo :

— Todo eso... son cosas... son cosas... de las que yo creo que tú tampoco estás muy enterado.

Y después, añadía en un tono que ponía término á la polémica, que iba á preguntarme á mí lo que era la luna, y que al día siguiente les diría él lo que yo le contestase.

Nadie puso en duda que yo estaba muy al corriente de las cosas de la luna, y de todo lo demás.

Todos me veían ocupado con frecuencia en mirar su marcha á través de un instrumento de cobre, y acompañado de un timonel que contaba á su vez los minutos y los segundos de la noche tranquila.

Entretanto los pañuelos iban secándose sobre las espaldas desnudas de los marineros y el sol continuaba subiendo en el cielo azulado.

Entre los pañuelos había alguno completamente blanco; tenían otros dibujos de varios colores, y no faltaba alguno que llevase hermosos buques estampados en medio de cuadros rojos.

Yo estaba de guardia, y grité: *¡á largar rizos!* El jefe de la marinería hizo sonar su silbato de plata. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, como el vulgo dice, aquellos hombres, cual una bandada de gatos contra los cuales se hubiese

soltado un perro, se dispersaron, corriendo por la arboladura.

Ives habitaba en su gavia. Elevando la vista á las nubes había seguridad de ver su silueta proyectándose sobre el cielo; abajo se le encontraba muy pocas veces.

Yo subía de vez en cuando á visitarle, y disfrutaba en aquellos dominios de Ives, donde se sentía uno refrescado por aire más puro.

En esta gavia tenía Ives su mobiliario correspondiente y sus afecciones; una baraja, metida en un cajón; agujas é hilo, para coser; bananas robadas; ensalada cogida la noche anterior en las despensas del comandante; todo lo fresco y todo lo verde que podía recoger en sus correrías nocturnas (los marineros son generalmente aficionados á esas cosas frescas, que curan sus encías, que la sal irrita). Tenía además su *cotorra*, sujeta por una pata; pobre animal que se pasaba el día entornando los ojos para no ver el sol.

Esta *cotorra* de Ives no era otra cosa que un buho que había caído á bordo en cierta ocasión, á consecuencia de un violentísimo huracán.

Hay extrañas predestinaciones en el mundo: sí, por ejemplo, ¿qué suerte más inesperada la de este buho, viajando por todos los mares conocidos en lo alto de un mástil!

El buho conocía á su amo y le saludaba agitando las alas con regocijo. Ives se divertía mucho con aquel camarada, con quien solía repartir su ración de carne, y á quien alguna vez hacía rabiar, diciéndole después, como si pudiera entenderle: ¡qué aire tan estúpido tienes, pobre *cotorra*!

Desde aquellas alturas se dominaba completamente el puente de *La Sibylle*, una *Sibylle* achatada, muy grotesca vista desde la morada de Ives, muy parecida á un pez de madera muy largo, cuyo color interrumpe el azul oscuro del mar; y detrás, una cosilla gris, de forma semejante á la del buque, y que le sigue siempre entre dos aguas: el tiburón. Siempre hay un tiburón que sigue al buque; muy rara vez hay dos; pero cuando se pesca á uno, viene en seguida otro. El tiburón sigue al barco días y noches, sigue sin cansarse para devorar cuanto cae, restos de todas clases; hombres muertos y hombres vivos: es indiferente.

De vez en cuando aparecía una bandada de golondrinas que llegaban, divirtiéndose para acompañarnos, picoteando las migajas de bizcocho ó galleta que arrojaban en aquel inmenso desierto de agua, y después desaparecían á lo lejos, describiendo siempre caprichosas curvas.

Animalillos de especies raras, de color rojo y de blanca cola, que viven no se sabe cómo, perdidos en medio de las grandes extensiones de agua, siempre en lo más ancho de los mares.

Ives, que deseaba poseer alguno, tendiales lazos; pero ellos no se dejaban coger.

Nos aproximábamos al Ecuador, y el soplo regular del alisio comenzaba á morir. Reinaban unas veces brisas variables y después momentos de calma en que todo quedaba inmóvil, en una especie de resplandor azul; y entonces se veía las vergas, las gavias, y las grandes velas blancas reflejar en el agua principios de imágenes invertidas que ondulaban.

La Sibylle no caminaba; tenía los movimientos perezosos de las personas medio dormidas. Era el calor húmedo que ni de noche disminuía; el sueño se apoderaba de las cosas y de las personas. Poco á poco se producía en la atmósfera tranquilidad extraña, y sin embargo, arrastrábanse sobre el mar nubarrones pesados y oscuros, que remedaban gigantescos cortinones negros. El Ecuador estaba muy cerca.

De vez en cuando, bandadas espesas de animales parecidos á golondrinas, bien que de mayor tamaño, surgían repentinamente del mar, emprendían con sus alas puntiagudas, de azul

brillante, un vuelo inquieto y desconcertado, y caían de nuevo en el fondo del Océano, para no reaparecer á nuestra vista: eran bancos de peces voladores á quienes nuestro buque había despertado.

Las velas, las jarcias, pendían inertes; la embarcación flotaba sin vida, como resto de un naufragio.

Arriba, en los elevados dominios de Ives, notábanse, no obstante, algunos movimientos suaves, que no era posible advertir abajo. En aquella atmósfera inmóvil y saturada de electricidad, la gavia continuaba balanceándose, acompañada y tranquilamente, con ese movimiento que produce sueño.

Hacía calor, mucho calor, y había en la luz solar sorprendentes resplandores; el mar triste, de un azulado lechoso, tenía el color de turquesa líquida.

Pero cuando las nubes espesísimas, que corrían muy bajas, hasta confundirse casi con la superficie del mar, pasaban sobre nosotros, nos llevaban la noche y nos inundaban con una lluvia torrencial.

Estábamos entonces en el Ecuador, y no existía, al parecer, ni un soplo de aire que nos hiciera separarnos de allí.

Aquel estado duraba horas enteras; en ocasiones, aquellas tinieblas horribles y aquella lluvia pesada no terminaban en todo el día. Ives y sus camaradas se desnudaban entonces, y de esta guisa, que llamaban ellos *traje de salvaje*, se sentaban indiferentes y recibían sin cuidado la templada lluvia.

Tales situaciones terminaban siempre repentinamente: veíamos alejarse con lentitud aquella especie de telón oscuro que nos rodeaba y que seguía su marcha rastrera sobre las ondas; la espléndida luz del astro rey reaparecía más brillante que nunca después de las tinieblas, y el sol del Ecuador absorbía muy pronto el agua que sobre nosotros había caído; bajo aquel sol, las velas, el maderamen, las cámaras, recobraban su blancura; todo el buque adquiría su matiz blanco de objeto seco, en medio del monótono é inmenso azul que en rededor nuestro se extendía.

Mirando hacia abajo, desde la gavia donde Ives habitaba, se echaba de ver que aquel mundo azulado no tenía límites; era una extensión límpida y llana que no se acababa nunca; comprendíase entonces cuán lejano se hallaba aquel horizonte sensible y aquella última línea de las aguas. Verdad es que, de lejos ó de cerca, más

remoto ó más próximo, aquello era siempre lo mismo, idéntico: siempre la misma limpidez de las aguas, siempre su color mismo, siempre la misma forma de espejo. Entonces se adquiría convicción exacta de la redondez del globo, causa única que impedía descubrir más horizonte.

A las puestas del sol aparecían en la atmósfera caprichosas bóvedas formadas por nubecillas de oro que huían disminuyendo hasta perderse en las lejanías del espacio infinito: el seguirlas con la vista producía vértigos: semejaban naves de templos apocalípticos que no tenían fin. Y se presentaba todo tan puro, que solamente al tropezar los ojos con el horizonte del mar, dejaban de seguir aquellas profundidades del cielo. Las últimas nubecillas doradas, como planos tangentes á la curvatura de las aguas, parecían en lontananza tan diminutas como asteriscos.

Las noches, las mismas noches, eran luminosas. Cuando todo se había dormido y quedado en reposo, en medio de aquel silencio que remedaba el silencio de la muerte, aparecían, más resplandecientes que en ninguna otra región del mundo, estrellas numerosas.

Debajo, el mar mismo resplandecía también.

Notábase una especie de fulgor difundido en las aguas. Los movimientos más imperceptibles; el buque con su caminar lento; el tiburón agitándose detrás, hacían surgir de aquellos remolinos de agua templada, claridades verdosas.

Fuera de esto, sobre el inmenso y fosforescente espejo del mar brillaban siempre millares de fuegos fatuos; parecíanos lamparillas misteriosas que se encendían espontáneamente, lucían algunos segundos y morían al cabo. Aquellas noches estaban saturadas de calor, llenas de fósforo, y toda aquella inmensidad de reposo incubaba la luz, y todas aquellas aguas encerraban latente la vida universal en el estado rudimentario en que lo encerraron, mucho tiempo ha, las oscuras aguas del mundo primitivo.

XII

Hacia ya algunos días que habíamos abandonado las tranquilidades del Ecuador y descendíamos dulcemente hacia el Sur, empujados por los vientos del trópico. Una mañana penetró en mi cámara Ives y se puso á disponer con mucho afán sus lazos para cazar pájaros.

« Se han visto, me dijo, los primeros *tableros de damas*. »

Estos *tableros de damas* son aves muy peregrinas, quizás las más bonitas de toda aquella región del mar. Su color es el de la nieve; tienen el plumaje suave, sedoso, y en las alas llevan delicadamente dibujada por la Naturaleza una especie de cuadrícula de color negro, que semeja, aunque remotamente, un tablero de damas; de aquí el nombre vulgar con que los marinos les señalaban.

¡Los primeros *tableros de damas*! Su presencia sola denuncia un gran alejamiento de nuestras costas; significa que hemos dejado muy atrás nuestro hemisferio boreal y que llegamos á las frías regiones situadas en la otra vertiente del mundo; allá abajo, hacia el Polo Sur.

Habíanse adelantado, sin embargo, aquellas aves; caminábamos aún en la zona azulada del trópico. Advertíase aún, de día y de noche, el mismo soplo regular, suave y tibio, grato al respirar, la transparencia misma en el mar, y las mismas nubecillas pasando, amontonadas como rebaños, por el alto cielo. Veíamos todavía las bandadas de peces voladores que se elevaban como atolondrados con sus largas y humedecidas

alas, y brillaban al sol como si fueran pájaros de azulado acero.

Numerosos eran los peeces voladores; y cuando alguno, en su aturdimiento, caía á bordo, los gavieros le cortaban las alas y se proporcionaban con él sabroso alimento.

El momento que Ives prefería para descender de su gavia y visitarme en mi camarote, era el anochecer; sobre todo cuando los llamamientos de ordenanza y las voces de *bajar hamacas!* habían terminado. Llegaba entonces muy silenciosamente, sin producir con sus pies desnudos más ruido que el que pudiera producir un gato. Bebía un trago de agua dulce en un jarro que yo tenía colgado en la tronera de mi cámara, á fin de que se refrescase, y después yo comenzaba á poner en orden los objetos que me pertenecían, y él se entretenía en leer alguna novela. Había una de Jorge Sand, *El Marqués de Villemer*, que, más que ninguna otra, le encantaba. En la primera lectura le sorprendí muchas veces muy dispuesto á derramar lágrimas.

Ives, como todos los marineros, sabía coser perfectamente. Algo tenía de extraño verle entregado á ese afeminado trabajo, dados su varonil aspecto y su vigoroso porte. En sus visitas á mi cuarto ocurríale á veces pasar revista á las pren-

das de mi uniforme, y hacía en ellas composturas de cuya conveniente ejecución consideraba incapaz á mi criado.

XIII

Caminábamos siempre á toda vela hacia el Sur.

Ya viajaban detrás de nosotros verdaderas nubes de *tableros de damas* y otras aves marinas. Seguíannos como asombradas, pero sin desconfianza, desde la mañana hasta la noche, gritando, moviéndose alborotadas, volando caprichosamente, como si quisieran dar la bienvenida al buque: un pájaro grande con alas de lona que penetraba en aquellos lejanos y extensos dominios, el Océano Austral.

Aquellas bandadas crecían constantemente á medida que bajábamos. Con los *tableros de damas* iba el *Petrel*, gris perla, de pico y patas ligeramente teñidos de azul y rosa; y el grande y pesado *Albatros*, de tinte sucio, aire estúpido de carnero, hendiendo el aire con sus alas rígidas é inmensas. Veíase, además, una que los marineros se mostraban entre sí, *El Almirante*, ave de una especie rara y de tamaño enorme, y que

tiene en las plumas de la cola y de las alas, pintadas en negro, tres estrellas.

El tiempo, cambiado, habíase convertido en tranquilo, nublado y triste. El viento y los huéspedes tropicales habían desaparecido. Una frescura húmeda azotaba nuestro rostro.

Estábamos en Agosto; comenzaba el frío del otro hemisferio. Cuando mirábamos en rededor nuestro el horizonte vacío, parecía que al Norte, hacia el lado del sol y en los países vivos, permanecía aún azulado y claro, mientras que al Sur, hacia el lado del Polo y de los desiertos de agua, era todo oscuridad y tristeza.

Merced á mi influencia, Ives había conseguido para su *cotorra* un compartimiento reservado en una jaula de gallinas perteneciente al jefe del buque. Ives iba todas las noches á abrirla con un trozo viejo de vela, á fin de que el frío nocturno fuese menos incómodo para ella.

Diariamente cogían los marineros con sus lazos toda clase de aves. Veíase las pendientes de los obenques de mesana, esperando su turno para ser comidas. Al cabo de dos ó tres días, cuando habían dado todo el aceite de sus cuerpos, se cocían.

Los obenques de mesana eran la despensa de los gavieros. Tal cual vez, mezcladas con aque-

llas aves, había también algunas ratas despojadas de su piel y colgadas por la cola.

Una noche oyóse repentinamente un terrible grito, y se vió á todo el mundo correr y agitarse.

Al mismo tiempo *La Sibylle* se inclinaba, gimiendo como ahogada por un poder tenebroso.

Entonces los mismos que no estaban de servicio, los que despertaron sobresaltados, comprendieron que comenzaban los grandes vientos y las terribles tormentas. Acabábamos de penetrar en las regiones peligrosas del Sur, en medio de las cuales iba á ser necesario combatir y adelantar á toda costa.

Cuanto más adelantábamos en este Océano sombrío, tanto más helado era el viento y más terrible el oleaje.

La caída de las tardes era verdaderamente siniestra. Estábamos en las proximidades del Cabo de Hornos; desolación en las solitarias tierras algo próximas, desolación sobre el mar, soledad en todas partes. En esas horas tristes de los crepúsculos de invierno, en las cuales se siente con más violencia la necesidad de un lecho, de un hogar, de un abrigo para dormir, nada de eso teníamos. Velábamos, alerta siempre, perdidos en medio de aquellas aguas agitadas, que nos hacían danzar en las tinieblas.

No cabía, ni por un instante, forjarse ilusiones de reposar en los camarotes, en que oscilaban violentamente las lámparas suspendidas. Nada había allí fijo y estable; nos encontrábamos en vivienda pequeña, frágil, abandonada á sí misma, lejos del mundo, en medio del inmenso desierto de las aguas australes. Y fuera se oían siempre los ruidos de las olas y el lúgubre mugir del viento que encogía el corazón.

El pobre Ives sólo poseía su hamaca, siempre balanceada, y cada dos noches se le permitía dormir ligeramente abrigado.

XIV

Una mañana murió la *cotorra* de Ives; habíase levantado gran viento, y mandaron recoger el segundo rizo á las velas del mastelero mayor. El animalejo se dejó aplastar, por descuido, entre el mástil y la verga.

Ives, que oyó su grito, voló á socorrerle; era ya demasiado tarde. Tornó á bajar, llevando en la mano á su pobre *cotorra* muerta, aplastada, sin forma alguna de ave; una mezcla de sangre y de plumas grises, debajo de la cual se agitaba convulsa una pata crispada por el dolor.

Ives experimentaba verdadera pena; yo lo conocía en sus ojos. Limitóse, no obstante, á enseñarme aquellos restos informes, sin decirme nada y mordiéndose el labio con afectada indiferencia. Después la arrojó al mar, y el tiburón que nos seguía la devoró inmediatamente.

XV

Era el invierno de 1876: *La Sibylle* había regresado á Brest hacía dos días, después de haber concluido su expedición, y yo me encontraba con Ives, cierta tarde de Febrero, en una diligencia que nos conducía á Plouherzel.

Era un rincón, bastante extraviado por cierto, el pueblo de la madre de Ives. El carruaje debía llevarnos en cuatro horas desde Guingamp á Paimpol, donde nos proponíamos pasar la noche; y desde allí nos sería preciso caminar bastante tiempo á pie para llegar á la aldea.

Fuimos, pues, recorriendo un pobre camino vecinal, y sumergiéndonos cada vez más en el silencio de un campo triste. La noche de invierno caía sobre nosotros con melancólica lentitud; una lluvia fina y espesa envolvía los objetos en

No cabía, ni por un instante, forjarse ilusiones de reposar en los camarotes, en que oscilaban violentamente las lámparas suspendidas. Nada había allí fijo y estable; nos encontrábamos en vivienda pequeña, frágil, abandonada á sí misma, lejos del mundo, en medio del inmenso desierto de las aguas australes. Y fuera se oían siempre los ruidos de las olas y el lúgubre mugir del viento que encogía el corazón.

El pobre Ives sólo poseía su hamaca, siempre balanceada, y cada dos noches se le permitía dormir ligeramente abrigado.

XIV

Una mañana murió la *cotorra* de Ives; habíase levantado gran viento, y mandaron recoger el segundo rizo á las velas del mastelero mayor. El animalejo se dejó aplastar, por descuido, entre el mástil y la verga.

Ives, que oyó su grito, voló á socorrerle; era ya demasiado tarde. Tornó á bajar, llevando en la mano á su pobre *cotorra* muerta, aplastada, sin forma alguna de ave; una mezcla de sangre y de plumas grises, debajo de la cual se agitaba convulsa una pata crispada por el dolor.

Ives experimentaba verdadera pena; yo lo conocía en sus ojos. Limitóse, no obstante, á enseñarme aquellos restos informes, sin decirme nada y mordiéndose el labio con afectada indiferencia. Después la arrojó al mar, y el tiburón que nos seguía la devoró inmediatamente.

XV

Era el invierno de 1876: *La Sibylle* había regresado á Brest hacía dos días, después de haber concluido su expedición, y yo me encontraba con Ives, cierta tarde de Febrero, en una diligencia que nos conducía á Plouherzel.

Era un rincón, bastante extraviado por cierto, el pueblo de la madre de Ives. El carruaje debía llevarnos en cuatro horas desde Guingamp á Paimpol, donde nos proponíamos pasar la noche; y desde allí nos sería preciso caminar bastante tiempo á pie para llegar á la aldea.

Fuimos, pues, recorriendo un pobre camino vecinal, y sumergiéndonos cada vez más en el silencio de un campo triste. La noche de invierno caía sobre nosotros con melancólica lentitud; una lluvia fina y espesa envolvía los objetos en

cieno gris. Los árboles pasaban, mostrando uno en pos de otro su silueta muerta. De tarde en tarde aparecían y pasaban también las aldeas; aldeas de la Bretaña, cabañas negras con techos de paja, ermitas ruinosas con su esbelta aguja de granito, guaridas aisladas, melancólicas, que se perdían pronto detrás de nosotros, entre las sombras de la noche.

— Vea usted, decía Ives: he seguido este camino mismo, y también de noche, hace ya once años. Catorce años tenía entonces, y recuerdo que lloré muchísimo en aquel viaje. Era la primera vez que me separaba de mi madre para matricularme yo solo, en la marina de Brest.

En este viaje á Plouherzel acompañaba yo á Ives casi por entretenimiento, y algo también por carencia de ocupaciones propias. La licencia que se me había concedido era de muy poco tiempo, y por esta vez me era imposible ver á mi madre; por eso me contenté con ver á la de Ives y conocer su aldea, de la que tantas veces y con tanto cariño me hablaba.

En aquel momento casi me arrepentía de haberme puesto en camino. Ives, absorto en la alegría de su regreso, solía hablarme por deferencia, pero estaba con su espíritu muy lejos de mí. Comprendía yo perfectamente que, como era na-

tural, iba á ser un extraño en aquel rincón del mundo al que nos dirigíamos, y toda aquella Bretaña, aún no amada por mí en aquella época, me oprimía con su tristeza.

Llegamos á Paimpol. La diligencia rodó sobre piedras entre dos hileras de casas negras, y se detuvo. Allí esperaban algunas personas con linternas. Palabras bretonas se cruzaban con vocablos franceses.

— ¿Hay viajeros para la fonda Pendreff? preguntó una voz de muchacho. ¡La fonda de Pendreff! Este nombre despertó mis recuerdos; nueve años antes, durante mi aprendizaje de marino, había descansado allí una hora. Lo recordé perfectamente; la fonda era una antigua mansión señorial, con torrecilla y gran fachada, y dos señoras de Pendreff, viejas las dos, muy semejantes una á otra, vestidas á la antigua y serviciales y atentas como antiguamente; fuimos, pues, á la fonda de Pendreff.

Nada había cambiado en la casa. De las dos señoras ancianas, sólo quedaba una; la otra había muerto. La que sobrevivía era ya tan vieja nueve años antes, que no había podido envejecer más. Su aspecto, su tocado y la plácida honradez de su persona, todo era antiguo.

Sienta perfectamente cenar delante de un buen

fuego que chisporrotea : la alegría volvió á nuestro espíritu.

Inmediatamente la señora de Pendreff, pro- vista de un candelero de cobre, nos precedió por una escalera de granito y nos hizo entrar en una habitación inmensa, en la cual estaban prepara- das dos camas de forma muy antigua, que, á pesar de todo, bajo sus blancas colgaduras invi- taban al descanso.

Ives, no obstante, comenzó á desnudarse con lentitud, como de mala gana.

— ¡Bah! gritó de pronto, volviendo á ponerse las prendas que se había quitado: me voy. Desde luego, usted lo comprende de fijo, yo no podría dormir. ¡Tanto peor! Llegaré muy tarde; los despertare después de media noche, esto acaso les asuste un poco, como el año en que torné de la guerra... Pero, vamos, tengo demasiada gana de verlos... y nada; que me voy.

Yo, en su caso, habría hecho lo mismo.

Paimpol dormía profundamente cuando sali- mos: le acompañé un trozo del camino para que la noche se me hiciera más corta.

Ives caminaba muy de prisa, muy agitado y repasando con la imaginación las memorias de otro regreso.

— « Sí, decía dirigiéndose á mí; después de la

guerra llegué, como ahora, á despertarles á las dos de la madrugada. Había yo caminado á pie desde Saint-Brieuc; volví muy fatigado del sitio de París. No crea usted, yo era entonces muy joven; había ascendido á marinero. Pues mire usted : aquella noche tuve mucho miedo : cabe la cruz de Kergrist, que vamos á ver á la vuelta de ese camino, había yo encontrado un viejecillo muy feo, que tenía los brazos extendidos y que me miraba sin decir una palabra. Estoy seguro de que era un difunto, porque desapareció de pronto, moviendo su dedo índice como para llamarme. »

Justamente llegamos entonces á la cruz de Kergrist. Vimosla surgir ante nosotros, como una persona que se levanta en la oscuridad. Pero nadie había cerca de ella.

Allí me despedí de Ives y comencé á desandar lo andado. Cuando cada uno de nosotros cesó de oír los pasos del otro en el silencio de aquella noche de invierno, el recuerdo del viejecillo muerto vino á nuestra memoria, y, á pesar nuestro, miramos hacia los oscuros bosques re- cién cortados.

XVI

A la mañana siguiente abrí los ojos en la habitación inmensa de la señora de Pendreff. El sol de Bretaña se filtraba discretamente por las ventanas. El día debía de ser hermoso.

Pasados algunos minutos, que empleo siempre en recordar en qué rincón de la tierra me he despertado, recordé á Ives y oí fuera pisadas de zuecos. Aquel día había gran feria en Paimpol. Me vestí muy sencillamente, para no intimidar á los amigos nuevos, á quienes debía ser yo presentado como un marinero del Mediodía: así lo habíamos convenido con Ives al disponer este viaje.

Bajé á las gradas de la fonda, donde daba el sol. La plaza estaba llena de gente marinera, aldeanos y pescadores. Ives estaba también allí; había venido muy de madrugada con toda su parentela de Plouherzel, y me esperaba para presentarme á su madre.

La madre de Ives era muy vieja; se mantenía, sin embargo, derecha y un poco orgullosa con su traje de aldeana. Algo se parecía á Ives, en los ojos principalmente; pero su mirada era dura. Me sorprendió encontrarla tan vieja; parecía más

que septuagenaria. Verdad es que en el campo se envejece de prisa, máxime cuando á los trabajos se agregan los sinsabores.

La pobre mujer no comprendía una palabra del francés, y apenas me miraba.

Pero había allí muchedumbre de primos y de amigos de aire alegre y de humor regocijado. Todos habían venido desde muy lejos de sus chozas llenas de musgo, esparcidas por aquel campo medio salvaje, con el propósito de asistir á la gran fiesta de la ciudad. Con éstos era necesario beber: sidra, vino; el cuento de nunca acabar.

Crecía el bullicio; los mercaderes de canciones cantaban en bretón, con voz ronca y desapacible, bajo sus paraguas encarnados, cosas que espanaban.

Llegó en esto un sujeto del cual Ives me había hablado muy á menudo: su amigo de la infancia Juan; un vecino de choza que Ives había vuelto á encontrar en el servicio del Estado; marinero como él. Era un mozo de nuestra edad, tenía rostro inteligente y franco. Abrazó tiernamente á Ives, y nos presentó á Juana, con quien se había casado quince días antes.

Ives colmaba á su madre de atenciones y de caricias. Contábanse el uno al otro infinidad de cosas, y hablaban á un tiempo. Ives procuraba

disculpase algunas veces; pero la verdad es que daba gusto verlos y oírlos. En la mirada de la madre de Ives desaparecía la dureza cuando hablaba á su hijo.

Los campesinos tienen siempre negocios interminables con los notarios: los dejé á todos dirigiéndose á casa del de Paimpol para tratar de unas particiones dificultosas.

Por otra parte, había yo resuelto no instalarme en su casa hasta el día siguiente, á fin de no serles molesto en el primer día, y fui á pasearme solo por sitios apartados.

XVII

Caminaba yo hacia una hora. Inconscientemente había seguido el camino mismo por donde la noche antes había acompañado á Ives, y pasé nuevamente delante de la cruz de Kergrist.

Á la sazón, Paimpol, el mar, las islas, todo el paisaje, había desaparecido detrás de un repliegue del terreno: un campo mucho más triste se extendía ante mi vista.

Aquel día de Febrero era tranquilo, algo melancólico; el aire casi suave, el cielo casi azul, aunque un poco velado, como lo está siempre,

aun en los mejores días, el cielo de Bretaña.

Caminaba yo por senderos húmedos, flanqueados, según costumbre antigua, por altos repechos de tierra que limitaban tristemente la perspectiva. Las hierbas raídas, el musgo húmedo, las desnudas ramas, recordaban el invierno.

Dispersas por acá y por allá veíanse las chozas de pajiza techumbre, enverdecidas por el musgo y casi sumergidas en la tierra. Nadie había por allí: todo estaba silencioso y solitario.

Encontré de pronto una capilla de granito oscuro, con un cercado de hayas y de tumbas. La reconocí, aunque nunca la había visto; era la capilla de Plouherzel. ¡Ives me había hablado tantas veces de ella en aquellas largas noches de calma en que todo recuerda la familia y la patria! « Cuando se llega á la capilla, decía, no hay más que tomar el camino de la izquierda, y á doscientos pasos está nuestra casa. »

Seguí por la izquierda, y en el término del sendero hallé la cabaña.

Estaba aislada, casi enterrada bajo añosas y carcomidas hayas.

Descubriáse desde allí un paisaje triste y sombrío: paisaje formado por llanuras monótonas, con fantasmas de árboles: un lago de agua del mar en la marea baja; lago vacío, cavado en

asientos de granito, honda pradera de ovas y de algas, con un islote en el centro.

Aquel islote, de forma extraña y de granito casi todo, semejaba desde lejos un animal de grandes dimensiones, sentado. Involuntariamente buscaban los ojos del observador el mar, que debía venir para llenar aquellos receptáculos abandonados; pero por ninguna parte lo descubrirían. Una bruma triste, fría, subía al horizonte, y el sol de invierno comenzaba á extinguirse.

¡Pobre Ives! Una cabaña aislada, al lado de un camino, era toda su fortuna; chocita bretona en la vuelta de un sendero casi perdido, muy baja de techo, bajo un cielo oscuro, medio sumergida en la tierra, abrigada por enanas paredes de granito en cuyas grietas brotaban los musgos y las parietarias.

Allí estaban sus recuerdos de niño; allí estaba su cuna; aquel era su nido. Hogar amado que su madre habitaba; hogar al que, en alas de la imaginación, volaba su espíritu desde los países más lejanos, desde las grandes y populosas ciudades de América y de Asia. Allí, en aquellos emporios de la cultura, pensaba el marino con eariño inefable en este rincón del mundo durante las hermosas noches del mar y durante las horas,

brutalmente regocijadas, de su vida de aventuras.

¡Una miserable choza, aislada en la revuelta de un camino! Aquello sólo era lo que Ives veía en sus sueños de marinero; bajo un cielo lluvioso, en medio de la melancólica campiña del país bretón, aquellos muros enanos, viejos y húmedos, cubiertos por las parietarias; y las chozas vecinas, donde ancianas cariñosas le mimaban en la infancia, y después, en los rincones de aquellos caminos, los calvarios de piedra devorados por los siglos.

¡Oh! ¡Qué sombrío me parecía aquel país y de qué manera su vista me oprimía el corazón!

Llamé á aquella puerta, y apareció en el umbral una muchacha que se parecía á Ives.

Pregunté si era aquélla la casa de Kermadec.

— Sí, respondió, entre admirada y temerosa.

— ¿Es usted, me dijo, el caballero amigo de mi hermano que llegó anoche de Brest en su compañía?

El verme solo producía en ella alguna inquietud.

Penetré. Ví las arcas, las camas bretonas, la vajilla colocada en el vasar; todo estaba aseado y limpio; la cabaña era, sin embargo, humilde y pequeña.

« Todos nuestros parientes son ricos, me había dicho á menudo Ives; nosotros somos los únicos pobres. »

Me mostró una de esas camas en forma de armario, con dos sitios, que estaba preparando para Ives y para mí. Debía yo ocupar el entrepaño superior, que estaba bien provisto de sábanas ordinarias, pero blancas, limpias y muy bien planchadas.

— Quédese usted, me dijo; muy pronto regresarán de la ciudad todos.

No quise aceptar; di las gracias y salí de la choza. A la mitad del camino de Paimpol, cayendo ya la noche, distinguí desde lejos un gran cuello azul, en un carricoche que regresaba al trote largo hacia Plouherzel; era el carruajillo de Juan, que conducía á Ives y á su madre. Sólo tuve el tiempo preciso para ocultarme detrás de unos brezos; si me hubiesen reconocido, de seguro no me habrían dejado abandonarles.

Era completamente de noche cuando llegué á Paimpol, y los farolillos de las calles estaban ya encendidos. Intenté confundirme y mezclarme con la multitud que se agitaba en la plaza: componíase, en su mayor parte, de marineros, de los que allí denominan *Islandeses*, que se destierran cada año, durante seis meses, para consagrarse

á la peligrosa pesca de la ballena en los mares helados.

Ninguno de esos pescadores estaba solo. Cantando circulaban por plazas y calles con muchachas cogidas del brazo: hermanas, novias ó queridas. Estos cuadros de alegría hacían más penoso mi profundo aislamiento. Yo paseaba solo, triste, desconocido y extraño para todos, bajo mi prestado disfraz, semejante á sus trajes.

Sentí frío en el corazón y desconsuelo en el alma, y bruscamente volví á tomar el camino de Plouherzel. Al fin y al cabo, acaso no molestaría yo mucho á mis buenos y sencillos amigos de allá abajo yendo á reanimarme un poco entre ellos.

Me había olvidado de comer, y comencé á andar rápidamente, temeroso de llegar demasiado tarde y encontrar la cabaña cerrada y á sus inquietos acostados.

XVIII

Media hora después estaba yo completamente extraviado en medio del campo. En mi rededor todo era oscuridad, silencio todo: el silencio y la oscuridad de las noches de invierno. Erraba por

senderos completamente mojados, sin hallar nadie que pudiera dirigir mis pasos, ni un pueblecillo, ni una choza, ni una luz. Siempre siluetas negras de árboles desnudos. De trecho en trecho algún calvario de piedra, entre los cuales había mucho que yo no había visto en mi paseo de por la mañana.

Retrocedía yo corriendo por el mismo camino y adelantaba de nuevo, y así anduve mucho tiempo en todas direcciones. Comenzaba á caer una lluvia glacial, cuyas gotas, impulsadas por el viento, azotaban mi rostro. Importábame muy poco estar extraviado; pero deseaba encontrar algo querido, y me apresuraba á buscar á Ives.

Debía de ser bastante tarde cuando reconocí ante mis ojos la capilla de Plouherzel y el lago de agua salada, donde caía el resplandor pálido de la luna, y la masa negra de la isla de granito, y la espalda del animal de grandes dimensiones.

Cerca de la capilla oí voces humanas. En la oscuridad, dos hombres, uno de los cuales parecía un atleta, estaban cogidos de las manos y se hablaban con esa ternura *sui generis* que caracteriza el primer período de la borrachera: el período de la expansión y del enternecimiento. Eran Ives

y su amigo Juan; los conocí y corrí hacia ellos.

Admiráronse mucho y se alegraron más al verme. Después Juan cogió á cada uno de nosotros por un brazo y así nos condujo á su casa.

La choza de Juan estaba muy próxima á la de Ives, aislada también como la de éste, pero mayor y más sólidamente labrada.

Veíase desde luego, al penetrar en ella, que se entraba en casa de gentes bien acomodadas; los baúles y las camas de armario tenían cerraduras de acero labrado, que relucían como armaduras.

En el fondo se elevaba una chimenea monumental, donde ardía el tronco de una encina.

Dos mujeres, la mujer y la madre de Juan, estaban sentadas junto al fuego, hilando en sus ruecas.

La madre de Juan era una anciana digna del pincel de un maestro. También ella había contribuido en algo á educar á Ives, á quien llamaba, en su lengua bretona, *su otro hijo*, y en cuyas mejillas estampaba muy á menudo sonoros y apretados besos.

Esposa y madre esperaban desde hacía una hora con bastante inquietud y velaban por aguardar á Juan y á su amigo. Recibiéronlos con in-

dulgencia, aunque estaban un poco ebrios (es lo usual entre compañeros de armas que se encuentran de nuevo), les rinieron un poco, y después se creyeron obligadas á disponer para nosotros *tostadas* y sopa.

Un viento huracanado que se había levantado en el mar rugía por fuera, en las negruras de la campiña desierta. De cuando en cuando bajaba por la chimenea, impulsando la llama hacia delante; entonces, copos muy pequeños de ceniza empezaban á dar vueltas delante del hogar, levantándose muy poco del suelo, como los espíritus malignos de esos enanos que revolotean alrededor de las *Grandes Piedras*.

Estábamos deliciosamente cerca de aquel fuego que secaba nuestros vestidos calados por la lluvia, y esperando con impaciencia la excelente sopa que iban á servirnos.

XIX

Las *tostadas* que nos preparaban parecían, por lo anchas, á la luna; nos las daban, casi abrazando, en el extremo de una paleta bastante larga y de fresno labrado en forma de remo.

Ives dejó caer una encima de una gallina que

no habíamos visto, y que huyó á un rincón de la estancia, sacudiendo con aire de enojo aquella capa demasiado caliente. Á punto estuve de soltar la carcajada y advertí que tampoco faltó mucho á Juana para reirse; pero ni ella ni yo nos atrevimos á tomar á risa lo que ambos sabíamos que era de mal agüero.

— ¡Siempre la negra! exclamó la anciana dejando la rueca y mirando consternada á Ives. Juana, hija mía, acuérdate de enviarla mañana al mercado para venderla; siempre es esa misma la que anda por ahí dando vueltas mientras las demás duermen; acabará por hacernos mal de ojo.

Cortamos nuestras *tostadas* en pedacitos, para ponerlas fácilmente en nuestras cazuelas de sopa, y después de bien empapadas, las cogíamos, para comerlas, con cucharas de madera. Juana nos daba de beber, á los tres, de un gran frasco de exquisita sidra.

Cuando hubimos comido y bebido admirablemente, principió Juan á cantar, con voz muy agradable, una canción de á bordo que conocen muy bien los marineros bretones. Ives y yo cantábamos el acompañamiento, y la anciana marcaba el compás con el movimiento de cabeza y con el pedal de la rueca. Ya no escuchábamos

las notas tristes que entonaba el viento por fuera.

La canción principiaba así :

Somos tres marineros de Groix,
somos tres marineros de Groix,
embarcados en el *Saint-François*.

¡El viento!

¡Siempre es el de la mar nuestro tormento!

Un desdichado cayó al mar,
un desdichado cayó al mar,
sus compañeros quieren llorar.

¡El viento!

¡Siempre es el de la mar nuestro tormento (1)!

XX

Quando llegó la hora de salir, nos encontramos con que Ives estaba más borracho de lo que nosotros ereíamos. Una vez fuera, se sumergía hasta las rodillas en todos los baches del camino y andaba tambaleándose. Á fin de llevarle, rodeé su cintura con mi brazo derecho, coloqué su brazo izquierdo por encima de mis hombros, y de

(1) La canción, que es característica del país, se reduce á contar que la madre del desdichado marinero suplica á Santa Ana que le devuelva á su hijo, y que la Santa le promete devolverlo en el cielo, con lo cual muere la madre. (N. del T.)

esta suerte llevábale casi á cuestras. Nada veíamos, sino la profunda oscuridad de la noche; un viento muy fuerte nos golpeaba en el pecho, y el bueno de Ives continuaba sin darse cuenta de nada.

En su cabaña estaban ya inquietos y velaban esperándole. Su madre le riñó con dureza y empleando el mismo tono que suele emplearse para reñir á los muchachos; Ives, muy pesaroso, fué á sentarse en un rincón de la cabaña.

Esto no obstante, se me obligó á cenar por segunda vez: es la costumbre. Una tortilla, una tarta de bizecho con manteca. Después se procedió al acto de acostarse la familia (primera-mente los hombres, después se apaga la luz, y una vez hecho esto, se desnudan y se acuestan las mujeres). Había debajo de los colchones un jergón lleno de hojarasca y de paja; pero ésta se hundía produciendo un ruido de hojas secas, y nos sentíamos bajar, sumergir en un agujero que nos preservaba del frío.

¡Hou! ¡hououou! ¡hou hououou! parecía decir por fuera el viento como si se indignase, y pareciendo después que se lamentaba y moría.

Quando la lumbre se apagó y la cabaña quedó completamente á oscuras, oyóse una voz dulce de niña que comenzaba, en idioma bretón, una ple-

garia (era, la que rezaba, una pequeñuela de cuatro años que había sido recogida allí, una hija que Gildas había tenido en una moza de Plouherzel cuando pasó la última vez por su país).

La plegaria fué larga, é interrumpida de vez en cuando por contestaciones reposadas y graves de la anciana; todos los santos de Bretaña, santos *Corentin* y *Allain*, santos *Thénénan* y *Thégounee*, santos *Tuginal* y *Tugdual*, santos *Cleto* y *Gildas*, fueron invocados: después reinó silencio.

Muy cerca de mí escuché la respiración, perceptible apenas, de Ives, sumido ya en un profundo sueño. Al pie de nuestra cama, las gallinas acostadas, soñaban, subidas en su percha. Un grillo lanzaba de vez en cuando, en el hogar caldeado todavía, sus notas cristalinas. Y fuera, alrededor de la aislada cabaña, siempre el mismo viento: un inmenso gemido que recorría toda la comarca bretona; un impulso incesante que viene del mar é imprime estremecimientos monótonos en las misteriosas horas en que los aparecidos surgen y los muertos se pasean.

XXI

— ¡Buenos días, Ives!

— ¡Buenos días, Pedro!

Y al decir esto, abrimos, á la luz indecisa de la mañana, las puertas de nuestro armario.

Este ¡buenos días, Pedro! precedido de una sonrisa de inteligencia, me lo dijo Ives con voz algo tímida y con visible vacilación: ¡buenos días, capitán! era lo que Ives tenía la costumbre de decirme, y no acababa de resolverse á saludarme con mi nombre de pila. Para hacer verosímil mi disfraz á los ojos de los vecinos de Plouherzel, habíamos convenido en esa intimidad.

Ya no parecían el rayo del sol del día precedente, ni el viento de la noche anterior. Aquella mañana el tiempo era el propio del país bretón: toda la comarca se hallaba rodeada de espesa niebla. El día se asemejaba á un erepúsculo; parecía como si aquella débil luz no tuviera fuerza para penetrar por las troneras de las chozas; por toda la atmósfera estaba repartida una lluvia menuda que semejava polvo de agua.

Teníamos que dar la vuelta ofrecida para visitar á los tíos, á los primos y á los amigos de la

ñez : las chozas de éstos se hallaban muy diseminadas, pues en realidad Plouherzel, más que un pueblo, era una región alrededor de una capilla.

Las distancias eran largas, por senderos húmedos, entre repechos cubiertos de musgo, bajo la bóveda formada por troncos de añosos árboles muertos y con un cielo completamente nublado.

Y todas aquellas chozas eran entre sí muy semejantes : bajas, enterradas, sombrías; de paja el techo, de granito sin labrar las tapias; y por dentro, negras, salvajes, con sus lechos en forma de armario, custodiadas por imágenes de santos ó efigies de la Virgen.

En todas partes fuimos bien recibidos con cordialidad y franqueza; en todas fué indispensable comer y beber. Suscitábase allí conversaciones en dialecto bretón, en el que, en obsequio mío, solían intercalar, bien ó mal, algunos vocablos en francés. Lo que gustaba más á aquellas buenas gentes era hablar de la infancia de Ives. Ancianos y ancianas referían, riéndose, las travesuras que el futuro marino hacía por entonces; travesuras que, según oí, habían sido numerosas.

Terminadas nuestras visitas, Ives, que deseaba evocar á solas aquellas memorias de que tanto había hablado durante el día, quiso que meren-

dásemos los dos en un sitio agreste y solitario, donde él acostumbraba á hacerlo cuando niño : hicimoslo así efectivamente, y aunque comimos con apetito excelente la frugal y tosca merienda, Ives me dijo al concluir :

— Esto no me parece tan bueno como entonces, y además creo que estoy triste. Cuando era yo pequeño también me sucedía esto alguna vez, lo recuerdo perfectamente; pero la tristeza era menor que ahora. ¿Quiere usted que nos vayamos?

Yo, admirado de oírle, no pude menos de decir :

— No parece sino que has adivinado mi pensamiento.

Ives me miró entonces con melancolía : aquella mirada de Ives expresaba muchas cosas que yo no acertaría á explicar. Esa tarde comprendí que en Ives existían, en mayor abundancia que yo imaginaba, ideas y sensaciones semejantes á las mías.

— ¿Sabe usted, exclamó, una cosa que me inquieta muchas veces cuando estamos lejos, muy lejos, en el mar ó en los países de *allá abajo*? Yo no sé si me atreva á decirlo... La idea de que puedo morir y que no me traeran á descansar en mi cementerio.

Y al decir esto, señalaba con la mano la aguja

de la capilla de Plouherzel, que veíamos á lo lejos como un punto negruzco.

— No es por la religión, ya lo comprende usted; porque yo, como usted sabe, soy muy poco amigo de los curas. No : es una idea que tengo, no sé por qué. Y cuando me da por fijarme en él, este pensamiento me impide ser valiente.

Aquella noche, después de la cena, la madre de Ives me recomendó solemnemente á su hijo : la influencia de aquella recomendación duró toda mi vida.

La pobre anciana, con el instinto casi infalible de las madres, comprendió que yo no era lo que fingía ser, y que podría tener, sobre la vida de su hijo menor, influjo decisivo :

« Dice, me tradujo la hermana de Ives, dice que usted trata de engañarnos, caballero, y que mi hermano nos ha engañado también por complacer á usted; que usted no es un cualquiera como nosotros. Y pregunta, ya que ustedes navegan juntos, si quiere usted velar por Ives. »

Entonces la pobre anciana principió á con-

tarme la historia de su marido, historia que por boca de Ives conocía yo hacía ya mucho tiempo. Escuchábala, no obstante, gustoso, referida delante de la inmensa chimenea bretona por aquella linda muchacha, á quien la llama retrataba caprichosamente sobre un tronco de haya.

« Dice que nuestro padre era un marinero muy hermoso, tan hermoso, que en nuestro país no se había visto ningún hombre que lo fuese tanto como él. Murió dejándonos á trece hijos huérfanos. Murió como mueren muchos marineros en este país, señor. Un domingo en que había bebido con exceso salió al mar en su barca por la tarde, á pesar de un gran viento que soplabá del Noroeste, y no volvió más. Como sus hijos, tenía muy buen corazón, pero muy mala cabeza. »

Y al decir esto, la pobre anciana miraba á su hijo Ives con fijeza.

« Dice, prosiguió la muchacha, que mis padres habitaban en Saint-Pol-de-Leon, en el Finisterre; que Ives tenía un año, y que yo, cuando desapareció nuestro padre, aún no había nacido; entonces mi madre abandonó la ciudad para tornar á Plouherzel, su pueblo natal. Mi padre dejó nuestros asuntos completamente embrollados; casi todo el dinero que habíamos poseído en otro tiempo había ido á parar á la taberna, y mi madre

de la capilla de Plouherzel, que veíamos á lo lejos como un punto negruzco.

— No es por la religión, ya lo comprende usted; porque yo, como usted sabe, soy muy poco amigo de los curas. No : es una idea que tengo, no sé por qué. Y cuando me da por fijarme en él, este pensamiento me impide ser valiente.

Aquella noche, después de la cena, la madre de Ives me recomendó solemnemente á su hijo : la influencia de aquella recomendación duró toda mi vida.

La pobre anciana, con el instinto casi infalible de las madres, comprendió que yo no era lo que fingía ser, y que podría tener, sobre la vida de su hijo menor, influjo decisivo :

« Dice, me tradujo la hermana de Ives, dice que usted trata de engañarnos, caballero, y que mi hermano nos ha engañado también por complacer á usted; que usted no es un cualquiera como nosotros. Y pregunta, ya que ustedes navegan juntos, si quiere usted velar por Ives. »

Entonces la pobre anciana principió á con-

tarme la historia de su marido, historia que por boca de Ives conocía yo hacía ya mucho tiempo. Escuchábala, no obstante, gustoso, referida delante de la inmensa chimenea bretona por aquella linda muchacha, á quien la llama retrataba caprichosamente sobre un tronco de haya.

« Dice que nuestro padre era un marinero muy hermoso, tan hermoso, que en nuestro país no se había visto ningún hombre que lo fuese tanto como él. Murió dejándonos á trece hijos huérfanos. Murió como mueren muchos marineros en este país, señor. Un domingo en que había bebido con exceso salió al mar en su barca por la tarde, á pesar de un gran viento que soplabá del Noroeste, y no volvió más. Como sus hijos, tenía muy buen corazón, pero muy mala cabeza. »

Y al decir esto, la pobre anciana miraba á su hijo Ives con fijeza.

« Dice, prosiguió la muchacha, que mis padres habitaban en Saint-Pol-de-Leon, en el Finisterre; que Ives tenía un año, y que yo, cuando desapareció nuestro padre, aún no había nacido; entonces mi madre abandonó la ciudad para tornar á Plouherzel, su pueblo natal. Mi padre dejó nuestros asuntos completamente embrollados; casi todo el dinero que habíamos poseído en otro tiempo había ido á parar á la taberna, y mi madre

no tenía pan que darnos. Entonces fué cuando Gildas y Goulven, nuestros dos hermanos mayores, se matricularon en la marina de guerra y abandonaron el país.

» Pocas veces los hemos visto después de su partida, y sin embargo, no puede decirse que no nos querían. Por espacio de muchos años se han privado de su paga de marinos para que mi madre pudiera criar y educar á sus hermanos menores, Ives, mi hermano, que está aquí, y yo.

» Pero Goulven ha desertado, señor, hace más de quince años, por una calaverada. »

« Ellos también, dijo la anciana, son hermosos y valientes marineros; su corazón es franco y puro lo mismo que el oro; pero tienen la cabeza como su padre, y ya han principiado á entregarse á la bebida. »

— Mi hermano Gildas, continuó la joven, ha navegado siete años á bordo de un buque americano para dedicarse en el gran Océano á la pesca de la ballena. Esta campaña le habrá hecho muy rico; pero parece que es oficio muy duro ése: ¿no es verdad, caballero?

— Sí; muy duro es, efectivamente. He visto en el trabajo en el gran Océano á esos marineros, medio pescadores, medio piratas, que pasan años y años en los desiertos inmensos de los mares

australes, sin entrar en tierra alguna habitada.

— Tan rico era mi hermano Gildas cuando regresó de aquella pesca, que poseía un saco muy grande lleno de monedas de oro.

— « Él las echó todas aquí, sobre mi rodilla, dijo la anciana levantando un poco su falda, como para retenerlas todavía. Monedas de oro de otros países, señaladas con figuras de reyes y de pájaros (1). Las había muy nuevas, que representaban el retrato de una señora con una corona de plumas (2), y que valían cada una de ellas solas más de cien francos. Nunca habíamos visto tanto oro. Gildas dió mil francos á cada una de sus hermanas; á mí, su madre, me dió otros mil francos, y además me compró esta casita, en que desde entonces vivimos. Lo restante lo gastó en divertirse en Paimpol y en hacer cosas que ciertamente no estaban bien hechas. Pero así son todos; usted lo sabe mejor que yo. Durante dos meses no se hablaba más que de Gildas en la ciudad.

Después tornó á partir, y no hemos vuelto á verle. Es un valiente marinero mi Gildas, sí, señor; pero se ha perdido como su padre; por-

(1) Los cóndores de Chile.

(N. del A.)

(2) Veinte piastras de California. (Los balleneros realizan sus economías por lo general en esa clase de moneda.)

(N. del A.)

que, como él, se ha entregado á la bebida.»

Y la anciana inclinó melancólicamente la cabeza recordando este funesto azote que devora las familias de los marineros bretones.

Hubo un momento de silencio; después la anciana, mirándose con gran fijeza, habló á su hija en tono grave y solemne.

— Me pregunta, caballero, si quiere usted prometerla lo que antes dijo respecto á Ives.

Aquella mirada anhelante, profunda, fija sobre mí, causó en mi espíritu una impresión extraña. Es muy cierto que todas las madres, sean cuales fueren las distancias que las separen, tienen en determinados momentos grandes semejanzas. En aquel instante me pareció que la madre de Ives tenía en su semblante algo de la mía.

— Digale usted que juro velar sobre Ives *toda mi vida, como si fuese hermano mío.*

La joven tradujo lentamente en dialecto bretón: «Jura velar sobre Ives toda su vida, como si fuera hermano suyo.»

Á esto la madre de Ives se había levantado, siempre erguida, ruda y brusca; había cogido de la pared un crucifijo, y con él en la mano, se había adelantado hacia mí, hablándome como para cogerme la palabra, con una sencillez y con una indiscreción casi salvajes.

— Suplica á usted que jure sobre ese crucifijo, me indicó su hija.

— No, madre, no, decía Ives como contrariado y procurando detenerla.

Yo entonces extendí el brazo hacia la imagen de Cristo, un poco sorprendido, y acaso algo conmovido también, dije:

— Juro hacer lo que he dicho.

Mi brazo, sin embargo, temblaba un poco, porque presentía yo que aquel compromiso sería grave en lo porvenir.

Después estreché la mano á Ives, que bajó su cabeza como pensativo, y le dije:

— ¿Y tú, me obedecerás, me seguirás, *hermano mío?*

Ives, vacilando, volviendo los ojos, me contestó muy bajo y con su sonrisa de niño:

— ¡Oh! sí; seguramente.

Poco tiempo tuvimos para dormir aquella noche, *mi hermano* y yo, en nuestras camas de armario.

En cuanto el antiguo reloj de cuco de la baña dió con su cascada campanilla las cuatro

de la madrugada, nos fué preciso levantarnos. Debíamos estar en Paimpol antes de rayar el día, á fin de tomar allí á las seis la diligencia de Guingamp.

Á las cuatro y media de aquella triste mañana de invierno abrióse la pobre puertecilla de la choza para dejarnos libre salida. Cerróse después de haber recibido Ives un último beso de su madre, que derramaba lágrimas amargas, y de haber recibido yo un expresivo apretón de manos de aquella anciana. Ambos nos alejábamos por cinco años.

En las familias de la marina siempre sucede esto.

En la mitad del camino estábamos cuando oímos tocar al *Angelus* detrás de nosotros, en la capilla de Plouherzel. Creímos que nos habíamos retrasado y comenzamos á correr con desesperación. Cuando llegamos á Paimpol nuestras frentes estaban sudorosas y podíamos respirar apenas.

Nos habíamos equivocado, por fortuna; habían adelantado la hora del *Angelus*.

Hallamos hospitalidad en una taberna abierta al amanecer, y allí nos desayunamos en compañía de varios marineros.

En la noche de aquel mismo día, á eso de

las once, llegamos á Brest para embarcarnos nuevamente.

XXIV

Seguro, muy seguro estaba yo de haber aceptado, al adoptar aquel hermano desobediente, muy pesada carga; tanto más pesada cuanto más en serio tomé desde un principio mi juramento.

Pero la suerte nos separó al siguiente día y puso entre nosotros la mitad del mundo. Ives navegó en el Atlántico; yo parti hacia Levante, para Constantinopla.

Sólo quince meses después, en el de Mayo de 1877, volvimos á encontrarnos á bordo de *La Medea*, que navegaba con rumbo á China.

XXV

Á bordo de *La Medea*, Abril, 1876. (R)

— Esto me sienta como á un Santo Cristo un par de pistolas(1), decía Ives contemplando sus

(1) Como polainas á un conejo, es la traducción literal; pero nos ha parecido más propio sustituir el dicho francés por su correspondiente castellano. (N. del T.)

amplias mangas y su túnica de seda azul de Birmania.

Ocurría esto en Yé, ciudad de Siam, á orillas del golfo de Bengala. Ives se hallaba sentado en el fondo de una taberna de marineros, sobre un escabel de forma chinesca.

Estaba completamente ebrio, y cuando sonreía al verse vestido como un ricachón de Asia, tornáronse sombríos sus ojos y se contrajeron sus labios con una mueca desdeñosa.

En esos momentos era capaz de todo, como en sus antiguos tiempos.

Estaba á su lado el gigantesco Kerboul, gaviero también de mesana, que acababa de hacerse servir quince copas de aguardiente — muy caro en Singapoore — y después de bebidas una tras otra, haberlas roto á puñetazos con esa terrible seriedad de la borrachera del bretón. Los cascós de las quince copas cubrían completamente la mesa sobre la cual el marinero acababa de plantar sus pies.

Estaba allí Barrada, siempre arrogante, y con su sonrisa de astucia estereotipada en los labios: los gavieros, haciendo una excepción en favor de Barrada, habíanle invitado á la fiesta. También parecían entre ellos Hello, Barazère, otros seis más del palo mayor y cuatro del bauprés.

Envolvíanse todos, dándose gran tono, en los trajes asiáticos.

Estaba asimismo La Hir, el idiota; un isleño de Sein, que los marineros habían llevado consigo para reirse y que bebía restos repugnantes del festín, disueltos en un bol de ron. Últimamente figuraban, entre los congregados, un par de bribones, dos *blackboules*, desertores de todos los pabellones, conocidos antiguos de Ives, que aquella misma tarde los había recogido cariñosamente en la playa.

Habíanse reunido para celebrar la función de la santa patrona de los gavieros, y según costumbre tradicional, yo, como oficial de manobras, estaba obligado á presentarme entre ellos.

Un año hacia ya que no pisaban tierra firme. Por esta causa, y además por hallarse satisfecho de la tripulación, el comandante había permitido á los mejores entre los marineros que celebrasen, como en Francia, el aniversario de la santa patrona. Precisamente había elegido para conceder este permiso la ciudad de Yé, porque siendo sus habitantes inofensivos y dóciles, parecióle la menos peligrosa para nuestras gentes.

En aquella sala, extensa y baja de techo, toscamente empapelada, hallábanse también, aunque algo separados de nosotros, unos cuantos

individuos de la marina mercante de América que bebían alegremente, acompañados por varias muchachas cobrizas y de dientes largos, escapadas de los lupanares de la India inglesa.

Aquellos intrusos molestaban á nuestros marineros que deseaban estar solos allí y que no perdían ocasión de dar á conocer su disgusto.

Las once de la noche. — Acababan de ser renovadas las bujías en las arandelas de varios colores, mientras la ciudad asiática se entregaba al descanso nocturno. En la sala se respiraba aire de pelea: adivinábase que había en la atmósfera golpes y porrazos, y que los brazos necesitan extenderse y pegar.

— ¿Qué es esto? preguntó uno de los americanos que tenía el acento de los naturales de Marsella: ¿quiénes son esos señores franceses que vienen aquí á imponer la ley? ¿Y quién es que está con ellos — y me señalaba con el ademán — el más joven de todos, y que se da aires de mandarlos?

— Éste, respondió Ives, sin volver siquiera la cabeza para demostrarse desdeñoso... *buenos bigotes había de tener* quien se atreviera á tocarle.

— ¿Quién es éste? dijo Barrada; esperad un poco: vamos á decíroslo sin que él tenga necesi-

dad de molestarse; y ya veréis, hijos míos ya veréis si os lo decimos claro.

Á todo esto Ives había ya arrojado contra ellos el taburete en que se sentaba, que pasó rozando las cabezas de los americanos y fué á romperse con estrépito contra la pared. Barrada, del primer puñetazo, echó por tierra á dos de sus adversarios. Los demás fueron derribados encima de los primeros; Kerboul sacudía la mesa sobre aquel montón de hombres, machacando en las espaldas de sus enemigos los restos de sus quince copas.

Oyóse entonces ruido exterior de campanillas, crujir de seda, y carcajadas de mujeres, y penetraron en la estancia las bailarinas que los gavieros habían mandado llamar.

Detuviéronse los marineros al verlas entrar; la verdad es que las recién venidas tenían aspecto muy extraño. Pintadas como imágenes chinas, cubiertas de oro y de pedrería reluciente, entornados los ojos, adelantaban hacia nosotros sonriendo tristemente, elevando los brazos y separando los dedos, cuyas largas uñas aparecían encerradas en estuches de oro.

Al mismo tiempo aromas penetrantes se esparcían por la habitación, que se llenó de una especie de niebla azulada.

Los panderos sonaban con más fuerza, y aquellas fantasmas danzaban sin mover sus pies; era aquella danza particular una especie de movimiento rítmico de las caderas, acompañado de contracciones de manos. Siempre la misma sonrisa estereotipada en el rostro, siempre la mirada fija y los ojos cadavéricos: aquellos talles encorvados, que se agitaban con estremecimientos de lascivia, y aquellos brazos rígidos y aquellas manos abiertas que se torcían convulsivamente.

Hello, que dormía tranquilamente en el suelo, se despertó al ruido y tuvo miedo.

— ¡Calla, hombre! le dijo Barrada riendo: son las bailarinas.

— ¡Ah! sí; las bailarinas.

Se levantó medio aturdido, y á puntapiés procuró rechazar aquellos brazos extendidos y aquellas uñas doradas, diciendo, con la pronunciación torpe y dificultosa de los borrachos:

— No enseñéis esas manos... eso es muy feo; he creído que érais el demonio.

Y cayó otra vez dormido.

El mismo Barrada, que se había excedido aquella noche más de lo acostumbrado, increpaba duramente á las bailarinas y las echaba en cara que tuviesen la piel amarilla, lo cual le dió pretexto para hablar de la suya, que era blanca.

¡Blanca, blanca! repetía Barrada; y queriendo lucir esa blancura, que en honor de la verdad exageraba bastante, se desnudaba los brazos, después el pecho, gritando: ¡Mirad; mirad, ahí lo tenéis, ya véis que no miento!

Entretanto aquellas muñecas amarillas continuaban impasibles sus pausados y lúgubres estremecimientos de bestias, y Barrada, ya completamente desnudo, bailaba delante de ellas, semejando una estatua griega, á la que se hubiera comunicado vida de pronto para una bacanal antigua.

Pero las birmanes, parecidas á autómatas, bailaron mucho tiempo, mucho, mucho, más que Barrada; y cuando al terminar la noche cesó el ruido y terminó el baile, la idea de que aquellas mujeres, pagadas para divertirlos, estaban ya esperándoles, puso miedo en los espíritus de los marineros, que sin atreverse á dirigirse á ellas salieron unos en pos de otros, dirigiéndose hacia la playa.

Barrada, amigo íntimo de Ives, había eludido otros compromisos para navegar por tercera vez

en el mismo buque en que navegábamos nosotros.

Hijo natural, había sido educado á la ventura en las calles de Burdeos. Lleno de vicios, pero de buen corazón, carecía por completo de ciertas nociones rudimentarias de respeto humano. Para él toda la honra consistía en ser más hermoso, más hábil y más fuerte que los otros. Mediante un estipendio convencional enseñaba Barrada á sus camaradas todos los ejercicios de habilidad ó de fuerza usuales entre marineros: *box*, *palo*, pelota, con gimnástica por añadidura, y canto y baile. Era ágil como un *clown*; trababa amistad con todos los Hércules de feria; era estimado como excelente modelo por los escultores, y luchaba por dinero entre *saltimbanquis*.

Siempre aparecía en primer término en las fiestas de los marineros; pero siempre como convidado; bebía siempre, pero nunca pagaba. Bebía mucho, pero nunca excesivamente, y pasaba en medio de las orgías más ruidosas fresco siempre, y sereno, y franco.

Era, por lo demás agradecido, servicial y fiel en sus amistades; no tenía más que una palabra, y respondía siempre con esa franqueza abrumadora de la infancia.

De todo sacaba partido para ganar dinero;

hasta de su hermosura cuando se presentaba una ocasión. Pero lo hacía espontáneamente, con una sencillez casi salvaje, y los que le conocían se lo perdonaban considerándole como un niño, más niño que ellos. Ives se limitaba á decirle de vez en cuando: « ¡Oh! eso no está bien, Barrada; eso no está bien, te lo aseguro... » Pero no le quería mal por eso.

Todo esto iba reuniéndose y se convertía en monedas de oro, cosidas á sus riñones en una bolsa de cuero. Todo con el propósito de casarse, luego que hubiese terminado los cinco años de su reenganche, con una española que trabajaba de modista en Burdeos; modistilla alegre y elegante, cuyo retrato llevaba siempre consigo Barrada. « ¡Qué queréis! Es una *amistad* de la infancia », solía decir á sus compañeros, como si hubiera necesitado disculparse.

XXVII

En alta mar, Mayo de 1877.

Dos días llevábamos de escuchar en rededor nuestro el gemido de la siniestra voz del mar alborotado. El cielo aparecía negro; parecido al del cuadro en que Poussin quiso pintar el Dilu-

vio; solamente se movían las nubes, impulsadas por un viento que llevaba espanto á los ánimos más esforzados.

Y aquella voz aumentaba de intensidad, se hacía profunda y no cesaba; era como un furor exasperándose cada vez más. Nuestro buque chocaba en su camino con masas enormes de agua que se enroscaban formando gigantescas hélices de blancas y espumosas crestas, y que parecían perseguirse unas á otras; masas de aguas que corrían sobre nosotros con toda su irresistible fuerza; sentíamos entonces en el buque sacudidas terribles y grandes ruidos que nos aterraban.

En ocasiones *La Medea* se encabritaba, se sobreponía á las olas, como si se dejase arrebatado por el furor mismo que á ellas las impulsaba. Después tornaba siempre á caer, con la cabeza hacia delante, en aquellos abismos traidores que tenía detrás, llegaba al fondo de aquella especie de valles rápidamente abierto entre dos altísimas montañas de agua; era necesario volver á salir á toda prisa, y salir de entre aquellas dos paredes inmensas, relucientes, verduscas, próximas á cerrarse.

Una lluvia helada cortaba el aire con largas flechas de color gris y azotaba y hería el rostro como un latigazo. Nos habíamos aproximado al

Norte, elevándonos á lo largo de las costas de China, y aquel frío inesperado nos sorprendía.

Arriba, en la arboladura, se procuraba amainar velas; difícil era sostenerse á la *capa*, y sin embargo era necesario, á cualquier costa, navegar contra el viento.

Ya hacía dos horas que los gavieros estaban en ese trabajo cegados, azotados, abrasados por todo lo que caía encima, surtidores de espuma lanzada por el mar, lluvia y granizo arrojados desde las nubes; intentaban, con las manos crispadas de frío y brotando sangre, sujetar aquella lona rígida, mojada, que se hinchaba á impulsos del viento.

Allí no se veía ni se oía.

Sólo el mantenerse firmes para no ser arrebatados era ya un trabajo ímprobo; era preciso adherirse á todos aquellos objetos inseguros, mojados, resbaladizos por el agua; y sin embargo se necesitaba aún trabajar en el aire, sobre aquellas vergas que se agitaban violentamente, que tenían sacudimientos bruscos, desordenados como los últimos movimientos que un pájaro herido imprimiese, al morir, á sus alas.

Desde arriba llegaban hasta nosotros gritos de angustia. Gritos de hombres, gritos roncós más siniestros que los de la mujer, porque estamos

menos habituados á oírlos; gritos de dolor horroroso; una mano cogida en alguna parte; dedos aplastados que se despojan de su carne, ó que son arrancados del todo; quizá un desdichado, menos fuerte que los demás, crispado y frío, conocía que iba á dejar de tenerse, que el vértigo se apoderaba de él, que caía sin remedio, y los otros por compasión le ataban, intentando dejarle resbalar hasta abajo.

Dos horas hacía que esto duraba; estaban rendidos, agotadas sus fuerzas, no podían más. Entonces se les hizo bajar, y los de babor, que estaban más descansados y tenían menos frío, fueron enviados á relevarlos.

Bajaron hechos una lástima: el agua helada corría por sus pechos y por sus espaldas, ensangrentadas las manos, destrozadas las uñas y crujendo los dientes. Dos días hacía ya que vivíamos en el agua; apenas habíamos comido, casi no habíamos dormido, y nuestras fuerzas disminuían.

Estas largas fatigas en un frío húmedo y persistente, constituyen el verdadero horror de la vida del mar. Con mucha frecuencia, un pobre moribundo, antes de lanzar su último grito, antes de dar el último suspiro de su horrible agonía, permanece días y noches cubierto con una capa cenagosa de sal y de sudor frío.

... El estrépito seguía aumentando. Momentos había en los cuales silbaba el viento estridente y agudo como en el paroxismo de una exasperación funesta; convertíase otras veces en cavernoso, grave, potente como los ruidos precursores de los grandes cataclismos. Saltábamos constantemente de acá para allá, y fuera del mar, que conservaba siempre su color blanco de espuma, todo lo que nos rodeaba era negro, cada vez más negro. Un crepúsculo glacial caía sobre nosotros; detrás de aquellos cortinajes sombríos, detrás de aquellas masas de agua que estaban en la atmósfera, acababa de desaparecer el sol, porque era la hora; su luz nos abandonaba, iba á ser preciso continuar aquella misma lucha de noche.

Ives había subido con los gavieros de babor á continuar los trabajos en la arboladura, y entonces yo, cegado también por el agua, miraba constantemente hacia arriba, sin distinguir nada.

De pronto, en una violenta sacudida, dos cuerpos se destacaron de la masa humana que manobraba en el aire, y cayeron, abiertos los brazos, en las rugientes aguas, mientras que un tercero quedaba aplastado sobre el puente sin exhalar un grito, como hubiera podido caer un hombre ya muerto.

— ¡ Otro mástil roto! gritó con rabia el contra-maestre, dando una patada en el suelo; en ese sucio puerto de Brest nos han dado material podrido. Kerboul fué al mar: y el otro, ¿quién es?

Otros marineros, agarrándose con las manos á las cuerdas y balanceándose un instante en el vacío, volvían á subir á fuerza de puños, rápidamente, como si fueran monos.

Reconocí entre ellos á Ives; entonces respiré con más facilidad que antes.

Para llamar la atención de los que habían caído al mar, dimos algunos gritos; pero ¿para qué? Casi era preferible no verlos reaparecer; no habría sido posible detener el buque para recogerlos, y hubiera sido necesario un valor horrible para abandonarlos.

Se pasó lista á los que quedaban, á fin de averiguar quién era el segundo que habíamos perdido: resultó ser un muchacho excelente, muy niño aún, á quien su madre, una viuda bastante anciana, había recomendado mucho al contra-maestre antes de salir del puerto.

Por lo que respecta al otro, al que se había aplastado en el puente, se le bajó como se pudo, entre cuatro, que varias veces le dejaron caer en el camino, y se le llevó á la enfermería. Ésta se había convertido en una cloaca inmundada, donde

hervían dos pies de agua cenagosa y negra, con frascos rotos, y con olores de todas las recetas. No era posible hallar un sitio donde dejarle morir en paz; la mar no tenía compasión del pobre moribundo á quien hacía saltar como á todos nosotros. Acaso hubiera sido posible socorrerle, prolongar su agonía con un poco de tranquilidad. Allí el pobre murió muy pronto en manos de enfermeros á quienes el terror había vuelto estúpidos, y que se obstinaban en hacerle comer.

Á las ocho de la noche. — Pesada era por cierto la carga del cuarto del servicio á esta hora, y era yo quien debía tomarla.

Cada uno se mantenía firme como podía. No se veía gota. Era tal el ruido de los elementos alborotados, que la voz del hombre no podía ser oída. Los silbatos de plata, tocados con toda la fuerza de los pulmones, herían débilmente los oídos.

Oíanse golpes terribles, dados contra los costados del buque: *La Medea* entera vibraba como un tambor monstruoso. Subía rápidamente, bajaba con mayor rapidez, saltaba como juguete del viento y de las olas, y entonces costaba trabajo indecible agarrarse con fuerza á la obra muerta, cerrando la boca y los ojos, porque se

adivinaba instintivamente, sin verlo, que en aquellos momentos una poderosa masa de agua iba á barrer la atmósfera, y acaso á barrer también á todos nosotros.

Y no bien acababa, comenzaba de nuevo: con las mismas caídas hacia adelante y los mismos saltos y el mismo espantoso ruido de tambores.

Después de cada uno de estos choques se escuchaba el ruido del agua que caía por todas partes, mil objetos que se hacían pedazos, muchos cajones que rodaban en la oscuridad, todo lo cual prolongaban el terror producido por el estrépito primero.

Y los gavieros, y mi pobre Ives, ¿qué hacían entretanto allá arriba? Los mástiles, las vergas, apenas podían distinguirse. De vez en cuando se veía, en el agua, destacarse sus siluetas cuando se podía mirar sobreponiéndose al dolor que causaba el granizo y el hielo; veíaseles entonces en forma de cruces grandes, de dos pisos, como las cruces rusas, agitándose en la sombra con movimientos torpes y locos ademanes.

— Hágales usted bajar ya, me dijo el comandante, que prefería el peligro de no terminar del todo la maniobra, al temor de perder más hombres.

Con verdadera alegría di inmediatamente esta orden. Pero Ives, desde lo alto, me respondió, ayudado de su silbato, que la faena estaba casi concluída. Sólo faltaba *la liga del puente*, que se había quebrado y había de ser reemplazada por un *cabo* cualquiera, y que en seguida bajarían todos.

Poco después, cuando todos estuvieron abajo, respiré mejor. No más hombres en el aire, no más faenas arriba; todo quedaba reducido á esperar. ¡Oh! Me pareció entonces que casi hacía buen tiempo. ¡Tanto pesaban en mi alma aquellas inquietudes!

XXVIII

Las doce de la noche. — El fin del cuarto. — La hora de procurarse un abrigo.

Abajo, en la batería cerrada, reinaba también la tormenta con sus interioridades de miseria y con sus desconcladoras realidades. De un extremo á otro veíase una especie de corredor largo y sombrío, medio alumbrado por linternas que oscilaban violentamente. Las piezas de artillería

adivinaba instintivamente, sin verlo, que en aquellos momentos una poderosa masa de agua iba á barrer la atmósfera, y acaso á barrer también á todos nosotros.

Y no bien acababa, comenzaba de nuevo: con las mismas caídas hacia adelante y los mismos saltos y el mismo espantoso ruido de tambores.

Después de cada uno de estos choques se escuchaba el ruido del agua que caía por todas partes, mil objetos que se hacían pedazos, muchos cajones que rodaban en la oscuridad, todo lo cual prolongaban el terror producido por el estrépito primero.

Y los gavieros, y mi pobre Ives, ¿qué hacían entretanto allá arriba? Los mástiles, las vergas, apenas podían distinguirse. De vez en cuando se veía, en el agua, destacarse sus siluetas cuando se podía mirar sobreponiéndose al dolor que causaba el granizo y el hielo; veíaseles entonces en forma de cruces grandes, de dos pisos, como las cruces rusas, agitándose en la sombra con movimientos torpes y locos ademanes.

— Hágales usted bajar ya, me dijo el comandante, que prefería el peligro de no terminar del todo la maniobra, al temor de perder más hombres.

Con verdadera alegría di inmediatamente esta orden. Pero Ives, desde lo alto, me respondió, ayudado de su silbato, que la faena estaba casi concluída. Sólo faltaba *la liga del puente*, que se había quebrado y había de ser reemplazada por un *cabo* cualquiera, y que en seguida bajarían todos.

Poco después, cuando todos estuvieron abajo, respiré mejor. No más hombres en el aire, no más faenas arriba; todo quedaba reducido á esperar. ¡Oh! Me pareció entonces que casi hacía buen tiempo. ¡Tanto pesaban en mi alma aquellas inquietudes!

XXVIII

Las doce de la noche. — El fin del cuarto. — La hora de procurarse un abrigo.

Abajo, en la batería cerrada, reinaba también la tormenta con sus interioridades de miseria y con sus desconcladoras realidades. De un extremo á otro veíase una especie de corredor largo y sombrío, medio alumbrado por linternas que oscilaban violentamente. Las piezas de artillería

gruesa, apoyadas en sus enormes cureñas, manteníanse difícilmente sujetas por grandes cadenas de hierro. Todo se movía en aquel sitio. Sembraba aquel movimiento al que se diera á varios objetos en un gigantesco cedazo que alguien agitase constantemente, sin cesar, con furia ciega; todo crujía allí; todo tenía estremecimientos como de ser viviente que sufre, oprimido, extenuado, próximo á romperse y morir.

La lluvia de fuera, que intentaba penetrar, filtrábase por todas partes, formando siniestros surtidores.

Sentíase uno levantado con tal rapidez, que se doblaban las piernas, y luego los objetos se hundían, las cosas se sumergían bajo los pies, y bajaba uno con todo aquello, irguiéndose, á pesar suyo, para oponer una resistencia instintiva.

Sonaban ruidos agudos, falsos, singulares, que partían de todos lados; todo aquel almacén en forma de pájaro que se llamaba *La Medea*, se deshacía poco á poco, gimiendo con el terrible esfuerzo. Y fuera, detrás de aquellas débiles murallas de madera, siempre el mismo ruido sordo, siempre la misma voz espantosa.

Esto no obstante, todo estaba bien: la larga batería se hallaba intacta. Véasela siempre, de uno á otro extremo, ya inclinada toda y medio

caída, ya irguiéndose en sacudida brusca; el corredor parecía más extenso aún en aquella oscuridad donde las linternas se perdían, pareciendo transformarse y medrar, en medio de aquel ruido atronador, como el cuadro fingido en una horrible pesadilla.

En el techo, extremadamente bajo, había pendientes interminables filas de sacos de lona, todos hinchados por un contenido toscos, y que tenían cierto parecido con inmensas telas de araña. Cada uno de esos sacos oscuros contenía un ser humano; eran hamacas de los marineros.

Acá y acullá veíase colgar un brazo ó una pierna desnuda. Unos dormían bien, aniquilados por la fatiga; otros se agitaban y decían palabras ininteligibles soñando. Y todas estas hamacas se balanceaban en perpetuo movimiento, y á veces chocaban violentamente unas con otras, causando heridas dolorosas en las cabezas de los marineros.

En el pavimento, debajo de aquellos infelices que dormían, había un lago de agua negruzca que corría á derecha y á izquierda, arrastrando en su corriente, vestidos, pedazos de pan ó de galleta, toda clase de objetos y deyecciones inmundas. De vez en cuando aparecían hombres

macilentos, destrozados y medio desnudos, tiritando, con su camisa empapada de agua pegada el cuerpo, que erraban entre esas filas de hamacas oscuras buscando su pobre cama colgante, el único sitio un poco caliente y medio seco donde podían hallar algo parecido al reposo. Andaban vacilando, agarrándose para no caer y chocando con la cabeza en los que dormían: en casos tales cada cual cuida de sí mismo y no piensa en los otros. Sus pies resbalaban entre el agua y las inmundicias; importaba muy poco la falta de limpieza.

Una atmósfera pesada é irrespirable llenaba aquella batería; toda aquella suciedad que rodaba por el suelo, causaba la misma impresión que habría causado un establo de animales enfermos; aspirábase ese hedor acre, peculiar á los fondos de los buques en los días tempestuosos del mar.

Á las doce de la noche bajó Ives á la batería con los demás gavieros de babor; habían estado de servicio todo su *cuarto* y una hora más de suplemento, necesaria para terminar la faena.

Habían pasado, por consiguiente, cinco horas en aquel trabajo rudísimo, balanceándose en el vacío, aventados por el soplo furioso de la tormenta, completamente mojados por aquella llu-

via cortante que les quemaba el rostro. Al penetrar allí, en aquel sitio cerrado y que olía á muerto, hicieron un gesto de disgusto.

— ¡Juraría, exclamaba Ives en tono despreciativo, que estos *Parisienses* (1) nos han traído una epidemia!

Ellos no estaban enfermos; ellos eran verdaderos marineros; aún tenían el pecho dilatado por aquel viento de la gavia, y la fatiga sana que acababan de sobrellevar iba á darles un buen sueño.

Cuando, después de mil dificultades y mil tropezos, llegaron cerca de sus hamacas, se desnudaron, colgaron sus gorras, colgaron también sus cuchillos de cadena de cuero, colgaron sus vestidos empapados de agua, lo colgaron todo, y ellos mismos se colgaron también; ya completamente desnudos enjugaron el agua que aún corría por sus endurecidos pechos.

Hechos estos preparativos, se encaramaron con ligereza de acróbatas á sus estrechas hamacas, y allí se extendieron como en el más mullido lecho.

Arriba, por encima de ellos, después de cada

(1) *Parisiense* es una injuria que emplean los marineros. Viene á significar algo así como mal marino; poco vigoroso, enfermo, débil.

(N. del A.)

sacudida violenta, se oía como el ruido de una catarata; eran grandes masas de agua que barrían el puente; pero la tela de sus hamacas adquirió, á pesar de todo, el mismo balanceo de las otras, oscilando alrededor de las argollas de hierro, y los marineros, en medio de aquel espantoso ruido, se durmieron profundamente.

Muy pronto las mujeres birmanas vinieron á bailar alrededor de la hamaca de Ives. En medio de una nube de incienso que el sueño hacía más tenebrosa, llegaban unas en pos de otras, con su sonrisa muerta y sus extrañas vestiduras de seda, cubiertas de piedras resplandecientes.

Movían dulce y suavemente sus caderas al son del pandero, con las manos extendidas siempre y los dedos separados como los fantasmas.

El pandero no era otra cosa que la tempestad que seguía azotando los costados del buque.

También yo, á las doce, cuando terminó mi cuarto y después de ver que bajaba Ives, entré en mi cámara y procuré descansar. En definitiva, á uno y otro nos importaba muy poco la suerte del buque; nosotros habíamos prestado ya nuestra

vigilia y nuestro trabajo. Podíamos, por consiguiente, acostarnos con ese descanso y esa indiferencia con que se mira todo en el mar cuando las horas de servicio concluyen.

En mi cámara, que estaba sobre el puente, no faltaba aire, muy al contrario. Por los cristales rotos entraban todas las ráfagas de viento y toda la lluvia; las cortinillas, retorciéndose en espirales, se elevaban al techo, produciendo ruido de alas.

Como Ives, colgué mis vestidos mojados; por mi pecho corría también el agua.

No se estaba muy cómodamente en mi petate; me dormí, sin embargo, muy pronto, porque la fatiga me había quebrantado. Movidó, sacudido, á punto de invertir mi posición á fuerza de bruscos sacudimientos, sentíame yo ir de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, y mi cabeza chocaba contra los maderos, produciéndome agudos dolores.

Yo tenía conciencia de todo esto en mi sueño; pero dormía... dormía, y soñaba con Ives. ®

El haber creído que lo veía caer durante el día, habíame dejado en el ánimo una especie de inquietud y como una noción vaga de haber pasado muy próximo algo de siniestro.

Soñé que me hallaba acostado en una hamaca,

como en los primeros años de mi carrera. La hamaca de Ives estaba cerca de la mía. Éramos sacudidos violentamente por la tormenta, cuando la hamaca de Ives se desprendió. Debajo de nosotros había un abismo negro, que debían de ser las profundidades del mar; allí iba á caer Ives. Entonces procuraba yo sostenerle con mis manos; pero, como sucede en los sueños, mis manos se negaban á obedecerme, no tenían fuerza. Quise rodearle con mis brazos, cruzar las manos delante de su pecho, recordando que su madre me lo había confiado; pero comprendí con angustia que no podía conseguirlo, que se me escapaba, que caía en aquel abismo negro que alborotaba debajo de nosotros. Y lo que me producía mayor espanto era que Ives no despertaba, que estaba frío, con una frialdad que me invadía á mí también y llegaba hasta la medula de los huesos; hasta la lona de su hamaca parecía rígida como la envoltura de una momia.

Sentía yo en mi cerebro verdaderas sacudidas, dolor real, y mezclaba esta realidad con lo fantástico del sueño, como suele suceder en los estados de grandes fatigas, y entonces aquella siniestra visión tomaba mayor intensidad y más vida.

Después dejé de tener conciencia de todo; has-

ta del ruido y del movimiento : entonces fué cuando comencé á descansar.

Cuando desperté era ya de día. La alborada era de ese color amarillento que caracteriza la salida del sol en los días de tormenta. Oíase el mismo ruido de los días anteriores.

Ives acababa de abrir la puerta de mi camarote y estaba mirándome. Permanecía detenido á la entrada, sosteniéndose con una mano y oscilando hacia atrás ó hacia adelante, según las necesidades del momento para conservar el equilibrio. Había vuelto á ponerse su pobre traje, todo mojado, y estaba cubierto de sal del mar, que había dejado en su barba y en sus cabellos una especie de polvo blanquizo.

Sonreía Ives tranquila y dulcemente.

— Tenía muchas ganas de ver á usted, dijo; he soñado con usted esta noche. Todo el rato que he estado viendo aquellas mujeres de Birmania, con sus uñas de oro... ¿sabe usted? Aquellas mujeres rodeaban á usted haciendo mil gestos, y yo no lograba echarlas. Después quisieron comérselo á usted. Afortunadamente sonó el silbato y desperté : estaba sudando á mares del susto que me había hecho pasar aquel sueño.

— Pues te juro que yo también celebro verte, amigo Ives; porque también yo he soñado con-

tigo; y mucho... ¿Hace hoy tan mal tiempo como ayer?

— Puede ser que sea algo más llevadero. Además, ya es de día. Mientras que hay luz ¿sabe usted? siempre es mucho mejor para trabajar en la arboladura. Pero cuando todo está oscuro como la boca del infierno, vamos, como estaba la noche pasada, ¡el diablo que lo aguante!

Ives recorrió con mirada satisfecha mi cámara, dispuesta por él mismo en previsión de furiosas tempestades. Nada se había movido de su sitio, gracias á su acierto. En el suelo había un lago de agua salada, en el cual flotaban multitud de cosas; pero los objetos que yo tenía en estima continuaban colgados ó fijos, como los muebles, con clavos y escarpas de hierro. Todo estaba cuidadosamente sujeto por medio de cuerdas bien embreadas. Había allí armas, bronce desnudos y vestidos. Máscaras japonesas con cabelleras humanas nos miraban á través de los hilos embreados; recordaban algo la misma sonrisa helada, la misma inclinación de ojos de las bailarinas birmanas de uñas de oro, que habían querido comerme en el sueño de Ives.

El sonido del clarín, animado y alegre, de la *llamada del lavado* me sacó del ensimismamiento en que me hallaba.

Lavar el puente cuando las olas corren por encima, parece una operación insensata, ó inútil cuando menos, á la gente de tierra. Nosotros nada encontramos en esto de extraordinario: este lavado se verifica diariamente, suceda lo que suceda. Es una de las operaciones primordiales de la vida del mar. Ives, pues, se separó de mí, diciendo como la cosa más natural:

— ¡Ah! Voy á mi puesto de limpieza.

El clarín, sin embargo, había pecado por exceso de celo; había tocado, sin orden expresa, á su hora habitual. Aquel día no se lavó el puente.

Conociase ya que el tiempo, como Ives había dicho, era más llevadero; los movimientos eran más prolongados, más regulares, más parecidos al balanceo de las gavias.

El mar era menos duro, y ya no se escuchaban tan frecuentemente esos choques y esos ruidos espantosos y profundos.

Además, llegaba el día, un día muy feo, á decir verdad, con una luz amarillenta, livida; pero al cabo era día, menos horrible siempre que la noche.

No había llegado nuestra hora, por lo visto, porque al día siguiente hallamos la calma en un puerto de China, en Hong-Kong.

XXX

Septiembre, 1877.

La Medea ha retrocedido hace mucho tiempo. Todos los vientos, todas las corrientes le han favorecido. Ha navegado, ha navegado tan de prisa, que hemos perdido casi la noción de los sitios y de las distancias. Habíamos visto vagamente el Estrecho de Malacca, pasado á la carrera; el mar Rojo, remontado á vapor; el Cabo de Sicilia, por último, el Estrecho de Gibraltar; la primera tierra que debía aparecer á nuestra vista era tierra bretona.

Yo me había embarcado en *La Medea* para concluir mi campaña, y en esta ocasión mi paseo con Ives no habría durado cinco meses.

En medio de aquella vasta extensión oscura veíamos algunos rastros blancos; después una torre y varias islitas diseminadas; todo esto muy lejano aun, perceptible apenas, en razón á la escasa luz que nos rodeaba.

Parecíanos estar todavía allá abajo, en los límites de Asia, que habíamos dejado el día ante-

rior; los objetos de á bordo no habían cambiado de sitio; las fisonomías tampoco.

Estábamos rodeados, como antes, de objetos chinoscos; continuábamos comiendo frutos recogidos allá, y verdes todavía; hasta olores y aromas de China llevábamos.

Pero era ilusión, por fortuna; nuestra casa flotante había cambiado rápidamente de emplazamiento; aquella torre y aquellas islitas eran las *Piedras Negras*; Brest se hallaba allí, muy cerca; antes de llegar la noche habríamos entrado en su puerto.

Siempre la emoción de los recuerdos cuando reaparece aquella inmensa rada de Brest, imponente y severa, con aquellos gigantescos buques de vela que hemos perdido la costumbre de ver en otros países. Todas mis primeras impresiones de marino, todas mis antiguas memorias de Bretona, y después... después aquello es Francia, aquello es la patria.

El *Borda* parece allá, á lo lejos; le miro y surge en mi memoria la mesa en que tantas veces he apoyado mis codos, dedicando al estudio largas horas de laboriosa vigilia; veo la negra pizarra en la que trazaba yo, agitado y nervioso, antes del examen, las fórmulas complicadas de Mecánica y de Astronomía.

Ives era, por aquel entonces, un muchacho formalito y bueno, un novato bretón, de fisonomía dulce, que habitaba el buque inmediato, *La Breña*, vecino y compañero del *Borda*. Ambos éramos niños entonces... hoy somos hombres... mañana la vejez... al otro día la muerte.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XXXI

Domingo, día de gran jolgorio en Brest.

Las diez de la noche. — Noche serena. La luna refleja su prestada luz sobre el mar tranquilo; á bordo de *La Medea*, los marineros han concluido de entonar sus interminables canciones y reina profundo silencio.

Desde la caída de la tarde mis ojos miran con inquietud hacia las luces de la ciudad. Espero el bote que manda Ives: ha ido á tierra y no vuelve.

Por fin veo su roja luz, que adelanta hacia el buque: ¡se ha retrasado dos horas!

El mar es sonoro de noche; ya se oyen gritos mezclados con el ruido de los remos; algo extraordinario debe de ocurrir en el bote.

Apenas nos aborda, tres contra maestres, completamente borrachos y furiosos, se precipitan pidiéndome la cabeza de Ives.

— Que se le encadene para principiar, y que después sea juzgado y fusilado, porque ha levantado la mano á sus superiores en actos del servicio.

Allí está Ives, de pie, agitado y nervioso todavía por la lucha que ha sostenido. Los contra maestres le han golpeado; por lo menos han pretendido golpearle.

— Creían hacerme daño, dice con desprecio, y jura que no ha devuelto los golpes de aquellos tres viejos; en realidad, él habría vuelto del revés á los tres juntos de un solo manotón. No: Ives les ha dejado agarrarse á él y destrozarle; los tres le han arañado el rostro y despedazado el vestido porque no les ha permitido guiar el bote, á causa de que estaban borrachos.

Todos los tripulantes del bote están ebrios también por culpa de Ives, que les ha dejado beber. Los tres contra maestres perseveran en gritar, en vomitar injurias, en amenazar á Ives. Son tres vejetes, borrachos, grotescos en sus extremos de furor y que parecerían completamente ridículos si la disciplina, implacable, no estuviese detrás de ellos para dar á esta escena un carácter demasiado serio y horriblemente grave.

Ives, de pie, con los puños apretados, el ca-

bello sobre la frente, destrozada la camisa, desnudo el pecho y no pudiendo sufrir las injurias, estaba muy próximo á perder la paciencia y á golpear, cuando apeló á mí con sus miradas.

¡ Oh! La disciplina es muy pesada en estas ocasiones. Yo soy el oficial de *cuarto* y sólo puedo intervenir en aquella cuestión con palabras tranquilas para ponerles á todos á disposición del capitán de armas.

Contra todas las reglas, faltando á la Ordenanza, me arrojé de un salto sobre Ives. ¡ Ya era tiempo! Sujeté con los míos su brazo en el terrible momento en que se disponía á pegar.

Miré á los otros, que entonces, en vista de mi actitud, comenzaron á batirse en retirada, como los perros ante la mirada del amo.

Por fortuna era de noche; el hecho no tuvo testigos. Solamente lo presenciaron los tripulantes del bote, y todos estaban ebrios. Además tenía yo en ellos completa confianza; eran buenos muchachos todos, marinos valientes y leales, y si era necesario presentarse ante el Consejo de guerra, no me denunciarían.

Entonces cogí á Ives por un brazo, y pasando por delante de sus tres adversarios, que ya se habían alineado para dejarme sitio, le conduje á mi cámara, y allí le encerré bajo llave, á la que

di dos vueltas. Por el pronto, allí estaba seguro.

El comandante, á quien aquel ruido había despertado, me hizo acudir á su cámara. Era necesario, por desgracia, explicarle lo sucedido.

Se lo expliqué, bien que atenuando cuanto me fué dable, la falta del pobre Ives. Después, durante algunos minutos que me parecieron eternos, supliqué. Creo que no había suplicado en mi vida; parecíame que no era yo mismo el que hablaba. Y todo lo que yo podía decir ó hacer venía á estrellarse contra el razonamiento glacial de aquel hombre que tenía entonces en sus manos la existencia de Ives, que me había sido confiada.

Había yo conseguido evitar lo más grave, la cuestión de agresión á los superiores; pero de todas maneras existían los ultrajes y la negativa á obedecerlos. Ives había cometido esos delitos: en el fondo esto era inicuo; pero en la forma era exacto.

El comandante dió orden de que fuese encadenado inmediatamente, y conducido por la guardia como promovedor del escándalo.

¡ Pobre Ives! La fatalidad se encarnizaba en contra suya, porque en esta ocasión no había cometido realmente grave falta. Y esto sucedía cuando él procuraba ser prudente; cuando rea-

lizaba grandes esfuerzos para no beber y conducirse con cordura.

XXXII

Cuando torné á mi cámara para decirle que se le iba á encadenar, encontré á Ives sentado en mi cama, cerrados los puños y apretados los dientes de rabia. Su mala cabeza de bretón se sobreponía á todo.

Dió una patada en el suelo, y declaró terminantemente que no se dejaba conducir. Era demasiado injusto aquello. Sería necesario que lo llevasen por fuerza, y aun así prometía moler á golpes á los primeros que se acercaran á cogerle.

Entonces le consideré perdido, y la angustia atormentaba mi corazón. Yo no sabía qué partido tomar. Los hombres de guardia estaban allí, detrás de la puerta de mi cámara, para conducirlo á la prisión, y yo no me atrevía á franquearles la entrada. El tiempo volaba, y lo que estaba yo haciendo no tenía nombre.

Me ocurrió de pronto una idea: le supliqué con dulzura; le hablé en nombre de su madre,

recordándole mi juramento, y por segunda vez en mi vida le llamé *hermano mío*.

Ives comenzó á llorar; todo había concluido; ya estaba vencido y dócil.

Rocié su frente con agua; arreglé un poco su camisa, y abrí la puerta de la cámara.

Los hombres de guardia se presentaron. Ives se levantó, y los siguió, obediente como un niño. Volvió á mirarme sonriendo, fué á responder tranquilamente al interrogatorio del comandante, y después se dejó encadenar en la cala.

Hacia la media noche, cuando terminó aquel penoso cuarto, me acosté; antes hice que llevarán á Ives mi cobertor y mi capa. En aquella noche hacía ya demasiado frío. Aquello era todo lo que yo podía hacer en obsequio suyo.

XXXIII

Al día siguiente, lunes, el comandante me llamó muy temprano. Entré en su cámara, lo confieso, con pensamientos rencorosos en el corazón, con palabras duras en los labios, que hubiera yo arrojado desde luego, para desquitarme de los ruegos inútiles de la noche ante-

rior, si no me hubiese contenido el peligro de agravar la situación de Ives.

Comprendí, no obstante, que me había equivocado; el comandante había atendido y comprendido mis ruegos de la víspera.

— Vaya usted, me dijo, á ver á su protegido. Regáñele usted un poco; pero dígame que le perdono. El asunto no saldrá de aquí, y quedará reducido á una pena disciplinaria. Ocho días de cadena, y todo ha terminado. Impongo á los otros tres, por indicación de usted, un castigo equivalente: ocho días de trabajos forzados. Hago esto por usted, que trata á Ives como á hermano, y también por él, que al fin y al cabo, y á pesar de sus defectos, es el mejor marinero que tenemos á bordo.

Salí de la cámara en disposición de ánimo muy distinta de la que llevaba al entrar. Sentía hacia el comandante afecto y reconocimiento.

XXXIV

Un farol ilumina el rincón de *La Medea*, prestando contornos caprichosos á mil objetos heterogéneos, más ó menos roídos por las ratas.

Como una docena de marineros, Barrada,

Guiaberg, Barazère, La Hello, todo el grupo de los amigos, rodean á un hombre tendido en tierra. Es Ives, que sigue encadenado, recostado sobre las húmedas planchas, con la cabeza apoyada sobre el codo, y el pie amarrado al férreo eslabón de la *barra de la justicia*.

El más encarnizado de sus tres enemigos, el contramaestre Lagatut, le amenaza con su voz cascada de viejo borracho. Le amenaza con un desquite de este asunto del bote, en el cual he intervenido yo mucho á favor de Ives.

Lagatut ha dejado su trabajo para injuriar á Ives. Yo, que estoy de servicio y terminando una ronda, llego por detrás y le encuentro en su tarea. Como Lagatut es buena presa, los marineros que me han visto llegar sonrien silenciosamente en sus barbas, esperando lo que va á suceder; Ives no contesta palabra, se limita á echarse del otro lado, volviendo insolentemente la espalda á su interlocutor: también él me ha visto llegar.

— Hemos comenzado una partida de *écarté*, dice Lagatut, tú, Ives, y yo, jefe tuyo, condecorado con la Legión de honor. Gracias á oficiales que te protegen, has ganado la dos primeras bazas; veremos quién se lleva las tres restantes.

— Señor Lagatut, dije al llegar, jugaremos

la partida los tres, si á usted le parece; esto será más divertido. Y tú, Ives, toma otra baza por el pronto.

Una gallina que tropieza con un cuchillo; un ladrón atrapado por agente de policía; un ratón que, por descuido, pone sus patas sobre un gato, no presentan aspecto más triste que el ofrecido por el bueno de Lagatut al oír mis palabras.

Acaso no era muy correcto lo que yo acababa de hacer; pero los espectadores, que nos eran favorables, gozaron mucho con aquel triunfo de Ives.

XXXV

Ocho días después, nuestra fragata había terminado su carrera; desarmada en el fondo del arsenal, dispersa su tripulación: tanto vale decir, buque muerto.

Yo partía, y el buen Ives me acompañaba hasta el ferrocarril. La estación estaba llena de marineros: todos los de *La Medea*, que partían al mismo tiempo que yo.

Había allí muchos antiguos camaradas nuestros, protegidos y amigos de Ives. Todos ellos

algo ebrios, se quitaban las gorras y nos saludaban con efusión. Son estas escenas usuales en casos análogos; un buque que termina es una cosa aparte, es la explosión de todos los agradecimientos y de todos los rencores, de todos los odios y de todas las simpatías.

Al penetrar en la sala de espera, estrechando las manos de Ives, le dije:

— ¿Me escribirás, verdad?

Á lo cual respondió sonriendo dulcemente y con cierta vacilación, que parecía timidez:

— Quiero explicar á usted... quiero... vamos, que yo no sé cómo debo empezar las cartas.

Efectivamente, las denominaciones de *capitán*, *querido capitán*, y otras parecidas, no parecían adecuadas á nuestras relaciones.

— Pues bien, le respondí, es muy sencillo... (y procuré hallar esa cosa tan sencilla sin dar con ella en mucho tiempo.) Es muy sencillo... escribes... *hermano mío*: esto desde luego es verdad, y en estilo de cartas es lo más conveniente.

XXXVI

Seis semanas, poco más ó menos, hacía que *La Medea* había sido desarmada y que yo me había separado de Ives, cuando un día, hallándome, si mal no recuerdo, en Altenas, recibí, y lei con sorpresa, la siguiente carta :

« Brest, 15 de Septiembre 1877.

» Mi buen hermano :

» Escribo á usted, muy de prisa, estas pocas líneas, para decirle que me casé ayer. La verdad es que yo podría haber pedido consejo; pero... ya comprende usted... yo no tenía mucho tiempo que perder estando ya alistado para emprender la campaña de *La Cornelia*, y quedándome solamente ocho días para vivir con mi mujer.

» Creo que usted pensará como yo, hermano mío, que esto es mejor que andar siempre de acá para allá, como usted sabe. Mi mujer se llama María Keremenen; puedo asegurar á usted que me gusta bastante, y creo que no

lo pasaríamos mal si pudiese yo quedarme aquí, á su lado.

» Ya escribiré á usted más despacio antes de mi marcha, querido hermano, y le aseguro que me contrista mucho embarcarme sin usted.

» Concluyo enviando á usted un abrazo con todo mi corazón.

» Su hermano que le quiere,

IVES KERMADEC.

» *P. D.* Acabo de saber que han cambiado mi destino. Me embarcaré en *La Ariadne*, que no sale hasta mediados de Noviembre. Esto me permite pasar cerca de dos meses al lado de mi mujer; así tendremos tiempo bastante para conocernos; ya comprenderá usted que esto me alegra mucho. »

Al regresar de sus campañas, los marineros suelen hacer mil cosas extravagantes con el dinero que no emplean á bordo : es lo corriente.®

Las ciudades marítimas conocen muy bien estas excentricidades un poco salvajes.

En ocasiones se casan por entretenimiento con una mujer cualquiera, la primera que hallan á mano, sólo por el gusto de estrenar un traje.

Ives, que había agotado en varias ocasiones todos los géneros de tontería, para cambiar un poco, había concluido casándose.

¡Ives casado!... ¿Y con quién? Acaso con cualquier mujerzuela desvergonzada de la ciudad, tomada á la ventura, por las calles, en un momento de borrachera.

Tenia yo motivos sobrados para inquietarme recordando cierta muchacha, de sombrero con plumas, con quien faltó muy poco para que Ives se casara, por distracción, á los veinte años.

XXXVII

Dos meses después, cuando *La Ariadne* se disponía á partir, quiso la suerte que se me destinase á última hora para formar parte de su Estado Mayor.

XXXVIII

En el momento de embarcarnos vi á María Keremenen; era una muchacha de unos veinte años, vestida al uso de la aldea de Toulven, en la Bretaña Baja.

Sus ojos, negros y hermosos, miraban claros y francos.

Sin ser precisamente bonita, seducía con su justillo de lienzo bordado, su gorro blanco de anchas alas y su gorguera, que recordaba los cuellos á los Médicis.

Había en su persona algo de cándido y de honrado que agradaba. Me pareció que así la habría yo deseado para mi hermano, si hubiese tomado el encargo de buscarle mujer.

XXXIX

La casualidad los había aproximado un día en que María vino á Brest para visitar á su madrina.

Ives se prendó de ella en seguida; ella encantada por la arrogancia del marino y por su sonrisa dulce y bondadosa, había consentido, no sin alguna inquietud, en aquel matrimonio precipitado, que debía principiar por dejarla viuda durante siete ú ocho meses.

Ella tenía *algo*, como suele decirse en los pueblos, y había de regresar, cuando nosotros partiésemos, á casa de sus padres, en el pueblo de Toulven.

Ives me confió que se preveía la llegada de un chiquitín.

— Ya verá usted, me dijo : apostaría á que llega justamente cuando volvamos nosotros.

Y después de abrazar á su mujer, que lloraba, partimos. Una vez más íbamos á pasearnos juntos allá abajo, en el azulado dominio de las doradas y de los peces voladores.



XL

15 Noviembre, 1877.

La víspera de aquella partida, Ives había obtenido, por especial favor, ir á tierra durante el día, para ver, en el hospital marítimo, á su hermano mayor Gildas, el pescador de ballenas, que acababa de llegar medio perdido, y á quien Ives no había visto hacia ya diez años.

Gildas Kermadec era un hombre de cuarenta años, de elevada estatura y de rostro más regular que el de Ives. Todavía se echaba de ver en sus ojazos negros algo parecido á una llama que se extingue : Gildas debía de haber sido verdaderamente hermoso.

Estaba parálitico y moribundo, arruinado por el aguardiente y los excesos de todo género.

Adelantó con lentitud hacia su hermano; parecía erguido aún, y derecho, pero arrastraba la pierna y tenía algo extraviada la mirada.

¡Oh! Ives, dijo tres veces : ¡oh! Ives ; ¡oh! Ives.

Apenas podía articular las palabras : la parálisis había invadido también los órganos vocales.

Abrió los brazos á Ives para abrazarle, y algunas lágrimas humedecieron sus tostadas mejillas.

Ives lloró también : después fué preciso partir. La licencia dada no era más que de una hora.

Gildas no dijo otra palabra más ; había hecho que Ives se sentara cerca de él en un banco del hospital, había cogido su mano y le miraba con sus ojos de loco moribundo. Desde luego había pretendido decirle muchas cosas que, al parecer, se aglomeraban en su cabeza ; pero de sus labios salían solamente sonidos inarticulados, roncós, profundos, que lastimaban. No ; no le fué posible hablar, y cuando se convenció de esto, se limitó á tener cogida su mano y á mirar á Ives fijamente y con una tristeza infinita.

Ives llevó impresión profunda de aquella última entrevista con su hermano. No se habían visto más que dos veces desde que Gildas comenzó la vida del mar. Pero eran hermanos ; hermanos de la misma choza y de la sangre misma, y hay

en esto algo misterioso, un lazo que resiste á todo.

Un mes después, en nuestro primer descanso, supimos que Gildas había muerto. Ives puso entonces un crespón en su manga de lana.

XLII

Á bordo de *La Ariadne*, Mayo de 1878.

La isla de Tenerife se dibujaba delante de nosotros como una especie de edificio grande, piramidal, emplazado sobre un espejo inmenso: el Océano. Las aristas gigantescas de las montañas se aproximaban, reproducidas por la limpidez extrema, inverosímil, del aire. Un grupo de nubes de color gris nacarado cortaba Tenerife horizontalmente, y por encima aparecía el pico elevando su inmenso cono, bañado por el sol.

Las golondrinas producían un alboroto extraordinario alrededor nuestro. Era una bandada numerosa que gritaba y agitaba las alas en uno de esos accesos de frenesí que les acomete algunas veces, sin que se conozca el motivo.

Las doce del día. — La comida de la tripulación ha terminado; oíase el silbato llamando á los de estribor á recoger los platos. Ives, que á

bordo de *La Ariadne* era de estribor, venía hacia mí, probando por lo bajo el silbato, para asegurarse de que estaba bien.

— ¡Oh! pero ¿qué tienen hoy esos pájaros? ¡Piar! ¡piar! No han hecho otra cosa durante la comida. ¿No los ha oído usted?

Realmente yo no estaba enterado de lo que aquellas aves querían. Sin embargo, como era preciso, aunque sólo fuese por cortesía, contestar algo á Ives, le dije:

— Esos pájaros han solicitado hablar al oficial de cuarto, que era yo justamente. Era para pedir noticias de su primillo Pedro Kermadec: en vista de lo cual les he contestado: « Señores, Periquillo Kermadec, mi ahijado, no ha nacido aún; es demasiado pronto: vuelvan ustedes dentro de algunos días, cuando estemos en Brest. » En vista de eso, se han ido; míralos cómo se van por allí abajo.

— Usted les ha contestado como convenía, dijo Ives, que reía muy pocas veces. Pero aseguro á usted, por mi parte, que he soñado mucho con eso, y de vez en cuando me entra el temor de que sea una niña.

— Efectivamente, sería una contrariedad que el niño esperado resultase niña, porque entonces no habría modo de nombrarla Pedro.

XLII

Brest 14 de Junio de 1878.

Habitamos por hoy en un alojamiento provisional, calle de Siam, en Brest, donde *La Ariadne* ha entrado esta mañana.

En contestación al aviso de su llegada, Ives ha recibido un telegrama de Toulven, concebido en los siguientes términos: « Un niño ha nacido esta noche; el niño y la madre están muy bien. — *Corentin Keremenen.* »

Llegada la noche, y acostados nosotros, fué imposible conciliar el sueño. Yo oía á Ives que se volvía y se revolvía en su cama. Al pensar que al día siguiente iría á Toulven á ver al recién nacido, su hermoso y valiente corazón se desbordaba en toda clase de sentimientos, para él desconocidos hasta entonces.

Dos días después que él tenía yo que estar en Toulven para asistir al bautizo.

Ives fraguaba mil proyectos para esta ceremonia.

— No me atrevo á decirlo; pero ¿no querría usted comer con nosotros en Toulven? ¡Diablo!

Ya sabe usted, en casa de mi suegro se come mejor que en la ciudad... seguramente.

XLIII

Brest 15 de Junio de 1878.

Salgo muy temprano para Toulven, donde Ives me espera desde ayer.

Tiempo magnífico, espléndido sol. La vieja Bretaña aparece verde y florida.

Ives espera la llegada de la diligencia, que he tomado en Bannalec. Cerca de él está una jovencilla de dieciocho años, muy linda, que se ruboriza bajo su cofia.

— Esta es Ana, me dice Ives presentándomela: mi cuñada; la madrina.

Hay todavía alguna distancia desde la ciudad á la casita que la familia habita en Tremoulé, cerca de Toulven.

Los mozos del pueblo echan al hombro mis maletas, y heme aquí en marcha para visitar al recién nacido; para trabar conocimiento con aquella familia de bretones, en la cual mi pobre Ives ha entrado de pronto, sin saber por qué con certeza.

¿Cómo serán estos nuevos padres de mi hermano y este país que ha de ser ya el suyo?

XLIV

Caminamos los tres por senderos huecos y profundos que huyen delante de nosotros, bajo una cubierta de hayas llenas de helechos.

Está muy entrada la tarde; el cielo está cubierto y en aquel camino es casi de noche. Acá y acullá vemos alineadas, al borde del camino, cabañas grises, muy alegres y tapizadas de musgo.

Una hay entre ellas de la cual parten las notas de una antigua canción bretona, empleada desde tiempo inmemorial para adormecer á los niños.

— Esta es nuestra casa, dice Ives; están *me-ciéndole*.

Casi sumergida en tierra, y toda musgosa, es la cabaña de los Keremenen. Las hayas y las encinas extienden sobre ella su bóveda verde: la vivienda parece tan antigua como la tierra de los caminos.

Dentro está sombrío; vense las camas en forma de armario, alineadas con los baúles á lo largo de las paredes de granito sin labrar.

Vemos allí una abuela, con ancha gorguera blanca, que está cantando, cerca del recién nacido, una canción de cuando ella era niña.

En una cuna, á la moda bretona de otros tiempos, en que antes que él se habrían mecido sus antepasados, está acostado el hijo de Ives: un rollizo rorro de tres días, muy redondo, muy moreno, atezado como un marino y que duerme con los puños cerrados debajo de la barba. Tiene unos pelillos que escapan de su gorrita y caen sobre su frente como pelillos de ratón. Yo le beso con toda el alma, porque es el hijo de Ives.

Nos dicen que la madre está descansando en una de aquellas camas, cuya puertecilla de madera calada han cerrado, á fin de dejarla que duerma. Bajamos la voz para no despertarla y salimos Ives y yo con el propósito de ir al pueblo y preparar todo lo que se necesitará en la solemnidad de mañana.

XLV

Muy extraño nos pareció realizar actos civiles, de ciudadanos, como todo el mundo. Ante el alcalde, ante el cura, nos encontrábamos fuera de

nuestro centro, y ocasiones hubo en que nos entraron ganas de reír.

El recién nacido es definitivamente inscrito en el Registro civil de Toulven con los nombres de *Ives-Pedro* (el de su padre y el mío), según costumbre del país. El señor cura, por su parte, convino en esperarnos al día siguiente, á las nueve de la mañana, en la iglesia, donde se cantaría el *Tedéum*.

— Volvamos ya, dijo Ives; el suegro debe de haber regresado, y vamos á retrasar su cena.

XLVI

La noche de Junio caía dulcemente, con silencio y calma, sobre la comarca.

En aquel camino hondo apenas se veía.

El anciano Corentin Keremenen había regresado, en efecto, de su trabajo del campo y nos esperaba á la puerta. Hasta había tenido tiempo de acicalarse: se había puesto su gran sombrero con cinta de plata y su vestido azul de los días festivos, adornado con lentejuelas de metal y con un bordado en la espalda representando el Santísimo Sacramento.

Adviértese en la cabaña cierta agitación ale-

gre; un aire de solemnidad. Los candeleros de cobre brillan sobre la mesa, cubierta con un blanco mantel. Los baúles, los taburetes, todos los antiguos muebles de encina brillan como espejos: se advierte que la mano de Ives ha pasado por allí.

Los candeleros, sin embargo, no alumbran á mucha distancia; hay en la cabaña algunos rincones oscuros; se ven moverse objetos grandes y muy blancos; son las cofias de anchas alas y las gorgueras rizadas de las mujeres; en otras partes los fondos son oscuros; la luz llega á morir, oscilando sobre el granito de las paredes ó sobre las vigas irregulares y ennegrecidas por el tiempo que sirven de sostén al techo de paja de la cabaña. Siempre aquella paja, siempre aquel granito sin pulir que prestan á las aldeas bretonas ese carácter de épocas primitivas.

Se lleva á la mesa la excelente y humeante sopa, y todos nos sentamos alrededor. Ives á mi izquierda; á mi derecha, Ana, mi comadre.

Es una cena opípara: muchas gallinas en salsas diferentes; tortillas con manteca y azúcar; multitud de platos del país, vino y sidra dorada que hace espuma en las copas.

Ives me dice por lo bajo:

— Mi suegro es muy buen hombre, y mi sue-

gra Mariana no puede usted figurarse lo buena que es. Yo los quiero mucho.

Durante la noche, una joven trae del pueblo algo que abulta mucho, y que la madrina se apresura á recoger y ocultar en un baúl, mientras que Ives, guiñando el ojo con cierta sonrisa maliciosa, me dice :

— Ya ve usted; todos esos preparativos son en honor de usted.

Ya había yo adivinado lo que aquello era : la cofia de gala y la inmensa gorguera bordada y rizada que deberán adornarla en la fiesta de mañana.

Por mi parte tengo algunas cosillas, que procuro, ayudado por Ives, sacar de mi maleta sin que lo noten : dulces, bombones, una cruz de oro para la madrina. Pero Ana lo ha visto todo con el rabillo del ojo, y se echa á reír. ¿Qué hemos de hacerle? No es posible tener secretos en un alojamiento en que no hay más que una puerta, y una habitación sola para todos.

Periquillo, entretanto, siempre redondo como un ángel de bronce, sigue durmiendo en la misma postura, con los puños cerrados debajo de la barba. Nunea he visto un recién nacido tan guapo, ni tan prudente.

XLVII

Al día siguiente, jueves 16 del mes de Junio de 1878, con un tiempo hermoso, se organiza el acompañamiento del bautizo en la cabaña de los Keremenen.

Ana, en un rincón y volviéndonos la espalda, ajusta su magnífica cofia delante de un espejo, algo violenta por verse obligada á tales preparativos delante de mí; pero las chozas de Bretaña no son grandes, y en su interior no existen más separaciones que los armarios en que se duerme.

Ana está vestida con un traje de percal negro, cuyo corpiño, abierto, aparece bordado con sedas de muchos colores y sembrado de lentejuelas de plata; lleva un delantal de *moaré* azul y una gorguera que sobresale de sus hombros; es una gola blanca con mil pliegues, que se sostiene rígida como las golas del siglo décimosexto. Yo me he puesto un uniforme casi nuevo, con los galones dorados completamente frescos. Estoy seguro de que cuando, dentro de un rato, salgamos por aquellos verdes senderos de la montaña, dándonos el brazo, vamos á producir gran efecto.

Cerca del recién nacido veo esta mañana un

personaje nuevo : es una vieja fea y extravagante que manda y que es obedecida : á lo que parece, es la matrona.

— Tiene traza de bruja, me dice Ana, que adivina mi pensamiento; pero es muy buena mujer.

— ¡Oh! sí, muy buena mujer, dice apoyando lo dicho por su hija el anciano Corentin; tiene esa traza, es cierto, no puede remediarlo; pero es muy religiosa y ha conseguido bendiciones y muchas indulgencias, el año pasado, en la romería de Santa Ana.

Partida en dos, como Carabosse, con su nariz encorvada como pico de mochuelo, sus ojillos grises ribeteados de rojo, que parpadean rápidamente como los de la gallina, va, aquella vieja, de acá para allá, muy afanada, con su gran gorguera de gala, muy tiesa; cuando habla, su voz sorprende como un ruido nocturno; creeríase oír el lúgubre canto del buho en los cementerios.

Ni á Ives ni á mí nos agradaba ver á la vieja cerca del recién nacido; pero pensamos después que la pobre mujer llevaba ya cincuenta años ocupada en la tarea de presidir los nacimientos y los bautizos de todos los niños de la comarca, sin que jamás les hubiera hecho *mal de ojo*; muy al contrario. Por otra parte, la matrona observa

cuidadosamente los antiguos ritos, los ritos tradicionales, como, por ejemplo, hacer que el niño beba, antes de cristianarse, cierto vino, en el cual se ha mojado previamente el anillo de esponsales de la madre, y otros muchos que no deberían ser desdeñados nunca.

En la cabaña, muy hundida y muy á la sombra, sólo se ve lo absolutamente necesario. Un poco de luz entra por la puerta; en el fondo existe una especie de ventanillo ó claraboya practicada en el espesor del muro granítico, pero los helechos la han invadido : se los ve por refracción, como delicadas recortaduras de una cortina verde.

El tocado de *Periquillo* ha terminado sin que el protagonista de la función piense en llorar ni en dar gritos. Me hubiera agradado que le vistiesen de bretón; pero no, le han vestido todo de blanco, envolviéndole en una especie de capa bordada y llena de lazos, como á un señorito de la ciudad. Metido en aquel traje de muñeco parece más vigoroso y más cetrino; los recién nacidos de las ciudades populosas, cuando van á recibir las aguas del bautismo, no tienen, por lo general, sangre tan viva y tan fuerte.

Confieso, para ser veraz, que mi ahijado no es todavía bonito; es muy probable que lo sea

andando el tiempo; pero, por el pronto, tiene un aspecto abotagado, como de un gato de pocos días.

Fuera, en el sendero lleno de helechos, bajo la bóveda verde formada por las copas de los árboles, agitábanse ya en movimiento incesante grandes cofias blancas de las muchachas de la aldea y corpiños de percal bordados como el de Ana. Han salido de las cabañas próximas y están esperando para vernos pasar.

Cogidos del brazo Ana y yo, nos pusimos en camino. Periquillo, el héroe de la función, tomó la delantera en los brazos de la vieja de nariz de mochuelo, que emprendió un trotecillo menudo y rápido, deslizándose por el camino de una manera extraña, parecida al movimiento de las hadas. Ives iba detrás de nosotros, con su traje de boda; muy grave, un poco asombrado por hallarse en tal fiesta, acaso un poco cortado de ir solo; pero eso es la costumbre.

Alegres como aquella mañana de Junio, seguimos el sendero; sobre nuestras cabezas la cubierta de hayas y encinas, tamizada por brillantes círculos de luz que caen en millones á través del follaje como una lluvia blanca. Penden las clemátides confundidas con las madreselvas, y los pájaros cantan como para saludar y dar la

bienvenida á su compañero, que sale por primera vez á la luz del sol.

Ya estamos en Toulven, que es casi una ciudad, aunque pequeña. Aquellas buenas gentes están en la puerta: nosotros desfilamos por la calle Mayor, dirigiéndonos á la iglesia.

La iglesia de Toulven es un edificio antiquísimo; su masa gris elevase en el azul del cielo, con sus altas agujas de granito con caprichosos calados, que en varios sitios los líquenes doran. Domina por un lado un estanque extenso é inmóvil, lleno de nenúfares; por el otro, una serie de colinas, uniformemente cubiertas de árboles, que forman un horizonte sin límites.

No muy lejos un cercado antiguo: es el Camposanto. Numerosas cruces adornan el recinto sagrado, y parecen salir de su alfombra de flores, claveles, alielies y blancas margaritas. Y en los rincones más abandonados, allí donde el tiempo ha nivelado la desigualdad del césped, también hay flores para los muertos: las que espontáneamente produce aquella roja tierra de Bretaña. Las tumbas se aglomeran allí, á la puerta de la iglesia secular, como el misterioso umbral de lo eterno; aquella masa gris que se eleva, aquella aguja que pretende volar, parece efectivamente que protegen contra el aniquila-

miento. Dirigiéndose hacia el cielo, todo aquello llora y ruega; es como una oración eterna, esculpida en el granito. Y las humildes tumbas, sumergidas entre la hierba, esperan allí, más confiadas, en los umbrales del templo, el sonido de la trompeta y de las voces del *Apocalipsis*.

Allí, sin duda, cuando yo haya muerto ó me encuentre cascado por los años y la fatiga, descansará mi hermano Ives; volverá á la tierra bretona su cabeza incrédula y su cuerpo que de la tierra ha tomado. Después, también *Periquillo* vendrá á dormir aquí — si el mar no nos le arrebatara — y sobre aquellas tumbas, las flores rojas de los campos bretones crecerán como hoy y brillarán á la luz del sol hermoso del mes de Junio.

En el atrio del templo estaban todos los niños de la aldea, afectando gran recogimiento. También estaba allí esperándonos el señor cura con su traje de gala.

Era un atrio de una arquitectura muy primitiva, cuyas piedras habían desgastado muchas generaciones bretonas. Parecían por allí Santos disformes, tallados en el granito y alineados como gnomos.

La ceremonia en el pórtico fué larga. La vieja de cabeza de mochuelo había colocado á *Peri-*

quillo en nuestros brazos; la madrina y yo le sosteníamos, según la costumbre, ella por los pies y yo por la cabeza. Ives, recostado en los graníticos pilares, nos miraba como soñando, y Ana estaba muy linda, en aquel pórtico, con su hermoso traje completamente iluminado por un rayo de sol.

Periquillo hizo un gesto de desagrado y pasó la puntita de su lengua por los labios cuando le hicieron probar la sal, emblema de las amarguras de la vida.

El párroco recitó muchos *Oremus* en latín, y después dijo en la misma lengua: *Ingrederet, Petre, in domum Domini*. Entonces penetramos en el templo.

Los Santos que allí había, en sus hornacinas, trajes del siglo XVI, contemplaban la entrada de Periquillo con el mismo aire místico y apacible con que habían visto nacer y morir diez generaciones humanas.

En la pila bautismal también fué larga la ceremonia; después fué necesario que nos detuviésemos allí, delante de la verja del coro, Ana y yo de rodillas, como dos desposados.

Por último, hube de tomar yo solo al hijo de Ives entre mis manos, poco habituadas á estos menesteres, y temblando de miedo de quebrarle

subí las gradas del altar, con el precioso fardo, para besar el blanco lienzo sobre el cual se coloca el Santo Sacramento. No pensaba yo que fuese cosa tan difícil sostener á un recién nacido; y menos mal que estaba dormido; si hubiera empezado á moverse, me habría sido imposible tenerlo.

Todos los muchachos del pueblo nos acechaban á la salida; brétoncillos pícaros, de rostros espantados, de mejillas redondas y de largos cabellos.

Las campanas volteaban alegremente, allá arriba, en el oscuro campanario, y comenzaba detrás de nosotros el *Tedéum* entonado á toda voz por niños de coro, vestidos con sotanas rojas y blancas sobrepellices.

Dejáronnos pasar con tranquilidad y recogimiento por la florida calle que flanqueaban las tumbas; pero después... después... cuando estuvimos fuera (!!)...

Periquillo, causa inocente de aquella batahola, había partido delante, llevado cada vez más de prisa por la vieja de nariz encorvada, y sumergido siempre en su sueño tranquilo. Ana y yo fuimos asaltados: muchachos y muchachas nos rodeaban dando gritos y saltos; había entre ellos pequeñas, que apenas tenían cinco años, y que

llevaban grandes cofias y gorgueras inmensas, lo mismo que sus madres; las chiquillas saltaban también alrededor nuestro como muñecas, produciendo un efecto verdaderamente cómico.

Era singular la alegría de aquellas bretoncillas rojas, con largos cabellos, de amarillo seda, entradas apenas en la vida y con trajes y modas de la antigüedad; exuberantes de inconsciente alegría, como en otro tiempo lo estaban sus predecesoras... que han muerto ya. ¡Alegría de la vida nueva! ¡Alegría como la que experimentan los gatitos, los cabritillos, y... pasados diez años, mueren! ¡Los perrillos, los corderos, disfrutaban de esos goces, saltan como los niños, aquello pasa, y se les da muerte!...

Arrojámosles puñados de confites, y todo el camino quedó sembrado de grajeas y de golosinas. Mucho tiempo durará en Toulven el recuerdo del bateo de Periquillo.

Por último, volvimos á encontrar la calma del sendero bretón, la extensa y verde calle de árboles, y en su límite la aldea semisalvaje. (R)

Era muy cerea del mediodía; bandadas de moscas y de mariposas volaban á lo largo del camino. Hacía demasiado calor para aquel país.

En pleno día era un verdadero jardín el techo pajizo de los Keremenen; innumerables flore-

cillas blancas, amarillas, rojas, se habían instalado allí, en compañía de una gran variedad de helechos, y el sol se desparramaba sobre ellas, tamizada siempre por entre el espeso follaje de las añosas encinas.

Dentro de la choza aún hacía fresco, en aquella semioscuridad un poco verde, bajo la bóveda de las antiguas vigas.

El almuerzo estaba en la mesa, y la mujer de Ives, que se levantaba por primera vez después del alumbramiento, nos esperaba sentada en su sitio y con su hermoso vestido de día de fiesta. En pocos días su juventud había desaparecido: estaba pálida y flaca. Ives la miró como sorprendido, sorpresa que ella pudo notar; después, comprendiendo que había hecho mal en dejar que vieran su disgusto, fué á besarla con mucho cariño, con ciertos aires de gran señor. Yo vaticiné cosas muy tristes de ese desencanto.

Sin embargo, aquella comida de bautizo fué alegre. Estuvo compuesta, en su mayor parte, de platos bretones, y duró mucho.

Á los postres oímos que canturreaban muy de prisa, á dos voces, en idioma de la Bretaña baja, unas especies de letanías. Eran dos viejas, dos mendigas, que iban cogidas del brazo y se apoyaban en sendos palos, como suelen hacer

las hadas cuando adoptan formas caducas para no ser reconocidas.

Solicitaron entrar, á fin de decir la *buenaventura* á Periquillo. Sobre su cuna, en que se le mecía dulcemente, hicieron los vaticinios más lisonjeros; después se retiraron bendiciéndonos á todos. Entonces les dieron buenas limosnas, y Ana les hizo tortas con manteca.

XLVIII

Después del mediodía ocurrió una escena poco agradable: el pobre Ives estaba algo aturdido y se obstinaba en ir á Bannalec y tomar el ferrocarril para volver á bordo.

Ana, él y yo estábamos muy lejos paseando en el bosque cuando, no sé por qué, dió en esa manía. Ives nos había dejado, y volviéndonos la espalda, dijo que no volvería más. Ana y yo le seguimos con inquietud por lo que pudiese hacer.

Cuando llegamos, detrás de él, á la cabaña de los Keremenen, le vimos que había arrojado al suelo su camisa blanca y su hermoso traje de boda; desnudo de medio cuerpo arriba, como se ponen los marineros á bordo para su tocado

cillas blancas, amarillas, rojas, se habían instalado allí, en compañía de una gran variedad de helechos, y el sol se desparramaba sobre ellas, tamizada siempre por entre el espeso follaje de las añosas encinas.

Dentro de la choza aún hacía fresco, en aquella semioscuridad un poco verde, bajo la bóveda de las antiguas vigas.

El almuerzo estaba en la mesa, y la mujer de Ives, que se levantaba por primera vez después del alumbramiento, nos esperaba sentada en su sitio y con su hermoso vestido de día de fiesta. En pocos días su juventud había desaparecido: estaba pálida y flaca. Ives la miró como sorprendido, sorpresa que ella pudo notar; después, comprendiendo que había hecho mal en dejar que vieran su disgusto, fué á besarla con mucho cariño, con ciertos aires de gran señor. Yo vaticiné cosas muy tristes de ese desencanto.

Sin embargo, aquella comida de bautizo fué alegre. Estuvo compuesta, en su mayor parte, de platos bretones, y duró mucho.

Á los postres oímos que canturreaban muy de prisa, á dos voces, en idioma de la Bretaña baja, unas especies de letanías. Eran dos viejas, dos mendigas, que iban cogidas del brazo y se apoyaban en sendos palos, como suelen hacer

las hadas cuando adoptan formas caducas para no ser reconocidas.

Solicitaron entrar, á fin de decir la *buenaventura* á Periquillo. Sobre su cuna, en que se le mecía dulcemente, hicieron los vaticinios más lisonjeros; después se retiraron bendiciéndonos á todos. Entonces les dieron buenas limosnas, y Ana les hizo tortas con manteca.

XLVIII

Después del mediodía ocurrió una escena poco agradable: el pobre Ives estaba algo aturdido y se obstinaba en ir á Bannalec y tomar el ferrocarril para volver á bordo.

Ana, él y yo estábamos muy lejos paseando en el bosque cuando, no sé por qué, dió en esa manía. Ives nos había dejado, y volviéndonos la espalda, dijo que no volvería más. Ana y yo le seguimos con inquietud por lo que pudiese hacer.

Cuando llegamos, detrás de él, á la cabaña de los Keremenen, le vimos que había arrojado al suelo su camisa blanca y su hermoso traje de boda; desnudo de medio cuerpo arriba, como se ponen los marineros á bordo para su tocado

de mañana, buscaba por todas partes su blusa de marino, que le habían escondido.

— ¡Jesús, Dios mío, ten compasión de nosotros! gritaba María, la mujer de Ives, juntando en cruz sus débiles manos de convaleciente. ¿Cómo ha sucedido esto? ¡Porque al cabo, no ha bebido mucho! ¡Oh, señor! decía, dirigiendo á mí las súplicas: no permita usted que se vaya. ¿Qué dirán en Toulven cuando él pase, al ver que mi marido me abandona?

Efectivamente, Ives había bebido poco; la alegría, sin duda, le había trastornado la cabeza. Además, nosotros le habíamos hecho dar un paseo al sol; Ives no tenía la culpa.

Algunas veces — pocas en verdad — con mucha dulzura era posible detenerle; yo lo sabía, pero no me encontraba de humor para emplear ese medio. No: ¡aquello era ya demasiado! ¡Hasta en aquel sitio y en aquel momento, sin respeto á la paz y á la alegría de aquella fiesta, producir tales escenas!...

Dije, pues, sencilla y claramente:

— Ives no saldrá.

Y para estorbarle el paso me coloqué en medio de la puerta, sostenido en los montantes de encina, que eran sólidos y macizos.

Ives no se atrevía á contestarme directamente

ni levantaba hasta mí los ojos turbados y sombríos. Iba y venía buscando siempre sus vestidos de á bordo, dando vueltas como bestia bravía á quien se tiene presa. Había dicho, en voz baja, que nadie le impediría salir luego que encontrase su gorro; sin embargo, la idea de que para salir sería necesario tocarme, le contenía aún.

Por mi parte, confieso que estaba también en mal día. No sentía yo entonces hacia él aquel afecto entrañable que había durado tantos años y había perdonado tantas cosas. Veía delante de mí á un tuno borracho, ingrato, díscolo, y nada más.

En el fondo de todo hombre hay siempre oculto un salvaje que vela, sobre todo entre los que hemos rodado por el mar. Los salvajes de Ives y mío estaban frente á frente y se miraban; acababan de chocar como en los malos tiempos ya pasados.

Y fuera, alrededor nuestro, existía siempre la calma del campo, la sombra de las encinas, la tranquila *noche verde*.

El pobre viejo Kermenen, por su parte, nada podía, y aquello tenía trazas de llegar á ser odioso y deplorable, cuando se oyó á María que lloraba; eran sus primeras lágrimas de mujer

casada, lágrimas abundantes y amargas, presagio, sin duda, de otras muchas; sollozos que sonaban lúgubrementemente en medio del silencio terrible que guardábamos todos.

Entonces Ives se acercó lentamente á su mujer, y la abrazó :

— ¡Vamos, dijo, he faltado; pido perdón!

Después vino hacia mí, y empleó un nombre que algunas veces me había dado por escrito, pero que nunca se había atrevido á pronunciar : « Es necesario perdonarme, *hermano mío.* »

Y me abrazó también.

Después pidió perdón á sus suegros, los pobres Keremenen, que le besaron como padres, y pidió perdón á su hijo, Periquillo, apoyando sus labios sobre las manitas del chico, que se salían de la cuna.

Estaba completamente sereno, y todo había concluído; el verdadero Ives, mi hermano, había vuelto; veíase, como siempre, en su arrepentimiento, algo de infantil, algo de sencillo con que hacía que se le perdonase sin reservas y que todo se diese al olvido.

Recogió entonces sus vestidos, que había arrojado al suelo, volvió á vestirse sin hablar una palabra, triste, fatigado, y enjugó su frente inundada de sudor frío.

Una hora después miraba yo á Ives, que se había colocado con su aspecto de atleta cerca de la cuna de su hijo; acababa de dormirle meciéndole él mismo, y poco á poco, retardando uniformemente, con muchas precauciones, detuvo el balanceo de la cuna hasta dejarla inmóvil, viendo que el sueño había agarrado bien. Entonces se inclinó más para mirarlo muy de cerca; examinábale con gran curiosidad, como si nunca le hubiese visto, tocando suavemente sus manitas cerradas y sus pelillos de ratón que se escapaban siempre de su gorrita blanca.

Conforme contemplaba á su hijo, el semblante de Ives adquiría una expresión de infinita ternura. Entonces acaricié la esperanza de que aquel niño fuese en adelante la salvaguardia y la salvación de su padre.

Por la noche, después de cenar, dimos un paseo bastante más tranquilo que el de la tarde, Ana, Ives y yo.

Á las nueve estábamos sentados al borde de una carretera que atravesaba los bosques.

No era de noche todavía; en Bretaña son muy

largas las tardes del hermoso mes de Junio; pero comenzamos á charlar de fantasmas y de difuntos.

Decíanos Ana:

— En invierno, cuando vienen los lobos, los oímos desde casa; pero algunas veces los aparecidos se ponen á gritar como ellos.

Aquella tarde se oían solamente abejorros y escarabajos cornudos que cruzaban la atmósfera templada, describiendo curvas caprichosas y zumbando incesantemente.

Y después, allá, en las lejanías del bosque, ¡hou!... ¡hou!... un llamamiento triste, cantado dulcemente por la voz del buho.

Y me decía Ives:

— Escuche usted, hermano, las cotorras de Francia que cantan (era un recuerdo de su cotorra de *La Sibylle*).

Las gramíneas ligeras, con sus flores de polvo gris, extendían sobre la tierra una capa muy alta, y palpable apenas, donde los pies se hundían; las últimas mariposas vespertinas que habían cesado de volar, sumergíanse unas en pos de otras en aquellas espesuras de hierba para elegir su sitio de descanso á lo largo de los tallos.

La oscuridad llegaba lentamente y con aire de misterio.

Pasó un joven con una alforja al hombro; regresaba, un poco borracho, de la romería de Lannildu, con una pluma de pavo real en el sombrero. (No sé qué tiene que ver esto con la historia de Ives; yo cuento, á la ventura, todo lo que ha quedado fijo en mi memoria.) Detúvose para pronunciar un discurso. Después, en tono de perorata, y señalando las alforjas, dijo:

— Mirad: aquí dentro tengo dos gatos. (Esto no tenía relación alguna con lo que antes había dicho.)

Dejó su carga en tierra y arrojó encima su inmenso sombrero. Entonces las alforjas comenzaron á *maullar* con voz de gato encolerizado y á dar brincos por el camino.

Cuando estuvimos convencidos de que eran gatos, volvió á colocar las alforjas al hombro, saludó, y siguió su camino.

17 de Junio de 1878. [®]

Muy temprano nos levantamos para ir al bosque á coger *luzes* (fruto pequeño de color negro azulado que se encuentra en las malezas más espesas, sobre plantas que se parecen al muérdago de las encinas).

Ana ya no llevaba su hermoso vestido de gala; se había puesto una gran gola sin pliegues, y una cofia sencilla. La falda bretona de lienzo azul estaba adornada con bordados amarillos; á cada lado del justillo había dibujos que imitaban esas filas de ojos que tienen algunas mariposas en las alas.

A lo largo del sendero hondo, en la noche verde, encontramos mujeres que iban á Toulven á oír la misa del alba. Desde el fondo lejano del camino las veíamos llegar con sus golas, con sus altas cofias, blancas como la nieve, y cuyos paños caían simétricos sobre las orejas, como los de los gorros egipcios. Su cuerpo aparecía muy sujeto entre dos corpiños de lienzo azul, que remedaban los corseletes de los insectos, y en los cuales siempre había bordadas las mismas figuras, las mismas filas de ojos de mariposas.

Al pasar, todas aquellas jóvenes nos daban los buenos días en idioma bretón: su aspecto tranquilo tenía caracteres primitivos.

En las puertas de las antiguas chozas de granito oscuro, entremezcladas con los árboles, encontrábanse sentadas mujeres ancianas que cuidaban de los niños; ancianas de largos cabellos blancos y despeinados, con andrajos de lienzo azul, cortados á la moda de mucho tiempo atrás,

con residuos de bordados bretones y filas de ojos: la miseria y el salvajismo de los tiempos antiguos.

Acaso la verdura nos parece más verde, más silenciosos los bosques, y los aromas más penetrantes á nosotros que habitamos casas de madera en medio del Océano ruidoso.

— Á mí me parece, decía Ives, que se está muy bien aquí. Dentro de algún tiempo, cuando Periquín esté bastante crecido para que le lleve yo de la mano, nos iremos los dos á coger todo lo que pueda cogerse en el bosque, y después á cazar. Cuando yo sea un poco más rico, me compraré un fusil para cazar lobos. Me parece que no me fastidiaría nunca en este país.

¡Ay! ¡Demasiado sabía yo que Ives se cansaría á la larga! pero juzgué inútil decírselo, y me pareció mejor dejarle con su alegría, como á los niños.

Además, también él debía partir; dos días después que yo había de regresar á Brest para embarcarse de nuevo. La permanencia en Toulven no era más que un reposo breve en nuestra vida; un entreacto de Bretana, después del cual nos esperaba nuestro oficio de marinos.

Pronto estuvimos en medio de los bosques: nada de senderos, ni de chozas; solamente col-

nas que se reproducían á lo lejos, cubiertas de hayas, de encinas y de maleza. ¡Qué profusión de flores! Todo este país es florido como un Edén.

Á lo lejos el canto del cuco en los árboles, y alrededor nuestro el zumbido de las abejas.

Las *luces* crecían por todas partes en los suelos silíceos, mezcladas con los floridos brezos. Ana encontraba siempre las más hermosas, y me las daba á manos llenas. Ives nos miraba con una sonrisa muy grave, seguro de representar, por la primera vez en su vida, una especie de papel de maestro, lo cual le tenía un poco sorprendido.

El sitio era agreste. Aquellas colinas erizadas de gigantescos árboles; aquella alfombra de musgos y helechos, recordaban paisajes de tiempos antiguos, bien que sin caracterizar época determinada. Solamente el traje de Ana parecía indicar que estábamos en plena Edad Media.

No la Edad Media, crepuscular y sombría, que Gustavo Doré ha concebido y ha creado, sino la Edad Media del hermoso sol, llena de flores aromosas.

Ya eran las once cuando tornamos á la choza de los Keremenen; hacía demasiado calor en aquel verano. Las florecillas de los caminos se encorvaban bajo aquel sol ardiente, á cuyos rigores no estaban habituadas.

La una. — Era para mí hora de marchar. Ante todo, fuí á dar un beso á Periquillo, que continuaba durmiendo en su cuna de encina como si aquellos cuatro días no le hubieran bastado para reponerse de la fatiga causada por su venida al mundo.

Despedíme de todos. Ives, pensativo, de pie cerca de la puerta, me esperaba para acompañarme hasta Toulven, donde yo había de tomar la diligencia que llegaba hasta la estación de Bannalec. Ana y su padre quisieron también acompañarme.

Después, cuando ví que Toulven, el campanario gris, el melancólico estanque, se alejaban y desaparecían, sentí que mi corazón se oprimía. ¿Cuántos años tardaría yo en volver á Bretaña? Una vez más estábamos separados mi hermano Ives y yo; uno y otro íbamos hacia lo desconocido. Inquietábame mucho su porvenir, sobre el que veía flotar nubes sombrías. Pensaba yo además en aquellos Keremenen, cuya cariñosa acogida me había conmovido, y preguntábame á mí mismo si mi buen Ives, con sus grandes defectos y su carácter indómito, no llevaría la desventura bajo aquel techo de paja cubierto de rojas florecillas.

LI

Noviembre, 1880.

Han pasado dos años... un poco más.

Periquillo tenía frío. Lloraba, procurando esconder sus manitas debajo de su delantal. Hallábase en una calle de Brest, poco antes del amanecer de un día lluvioso de Noviembre. Trataba de adherirse á su madre, que también lloraba.

María Kermadec estaba allí, esperando, callejeando en la oscuridad como una mujerzuela. ¿Volvería Ives? ¿Dónde estaba? ¿Dónde había pasado la noche? ¿En qué lupanar? ¿Volvería al menos á bordo cuando sonase el cañonazo á la hora de la lista?

Otras mujeres también esperaban.

Pasó una con su marido, contra maestre lo mismo que Ives; el marido salía completamente borracho de una taberna que acababan de abrir. Intentó andar, y aun dió algunos pasos, pero cayó pesadamente al suelo, y su cabeza, al chocar contra el duro granito, produjo un lúgubre sonido.

— ¡Ah, Dios mío! exclamaba sollozando aquella mujer: ¡Jesús, Virgen María, tened com-

pasión de nosotros!... Nunca le he visto como ahora.

María Kermadec le ayudó á levantarse. « Gracias, señora, » dijo el boracho, que tenía, á pesar de la embriaguez, fisonomía dulce y seria. La mujer prosiguió ayudándole á andar, con gran esfuerzo.

Periquillo continuaba llorando silenciosamente, como si comprendiera que algo vergonzoso pesaba sobre ellos y que no convenia meter ruido. Bajaba su cabecita y guardaba siempre bajo el delantal sus manos ateridas. Estaba, sin embargo, bastante abrigado; pero el pobre llevaba ya mucho tiempo de estar á pie quieto, en aquel extremo de una calle húmeda. Los faroles de gas acababan de apagarse y estaba todo muy oscuro. Pobre planta, sana, fresca, nacida en los bosques de Toulven, ¿cómo había venido á caer en esta miseria de la ciudad? Perico no se explicaba bien este cambio; no podía comprender por qué su madre había querido seguir al esposo y habitar un alojamiento húmedo y sombrío, en el fondo de un patio, en una de las calles bajas próximas al puerto.

Pasó otro; este segundo pegaba á su mujer, no quería dejarse llevar; el espectáculo era repugnante. María dió un grito cuando oyó el ruido

hondo de un puñetazo dado en un pecho; después se ocultó el rostro. No; Ives no había llegado nunca á ese extremo. Pero ¿no llegaría alguna vez? ¿No sería preciso, en algún caso, sufrir esto?

Ives pareció al cabo; andaba derecho, erguido, con la cabeza alta, pero la mirada era vaga y como extraviada. Vió á su mujer, pero siguió andando como si no la hubiese visto, lanzando hacia ella una mirada de turbación y de enojo.

No era él, como decía Ives mismo cuando llegaba la hora del arrepentimiento; hora que, por fortuna, todavía llegaba.

No era él, en efecto: era la bestia salvaje que despertaba la embriaguez, cuando su alma verdadera estaba dormida ó desaparecía.

María tuvo buen cuidado de no decir una sola palabra, no ya de queja, sino ni aun de súplica. En aquellos momentos en que la cabeza de Ives estaba perdida, lo más prudente era no decirle nada: á la primera palabra habría vuelto á marcharse. María estaba segura de esto, y se encerraba en el más profundo silencio.

Seguía con la cabeza baja, aguantando la lluvia y arrastrando casi á Perico, que procuraba llorar más quedo todavía desde que vió á su padre, y que se mojaba sus pobres piecillos en el agua de los arroyos. ¿Cómo había podido su madre dejarle andar así? ¿Hacerle salir de ese modo antes de ser de día? ¿Dónde tenía la cabeza? ¿En qué pensaba? María tomó en brazos al niño, lo abrigó con sus ropas y le besó cariñosamente.

Ives fingió que pasaba por delante de su puerta y seguía adelante — rasgo de estupidez; — luego miró á su mujer sonriendo, como para decirle: «Era una broma que yo quería darte; pero, ya lo ves, me retiro á casa.»

María continuaba siguiéndole de lejos, y subió la escalera haciendo el menor ruido posible. Afortunadamente no había amanecido todavía y era probable que no se hubiera levantado ningún vecino que pudiera ser testigo de aquella vergüenza.

María entró después de Ives en su habitación, y cerró la puerta.

No había fuego; advertíase un aire de miseria que entristecía el alma.

Cuando hubo encendido una vela, vió María que Ives llevaba completamente destrozado su vestido nuevo, que ella misma había arreglado tan cuidadosamente.

Ives iba y venía, como fiera enjaulada, revolviendo, derribando los objetos que su mujer había ordenado, los pedazos de pan que había economizado.

María después de haber acostado á su hijo en la cuna y de haberle abrigado muy bien, fingió entretenerse en sus faenas domésticas. En estos casos era preciso aparentar gran naturalidad; no haciendo eso, como Ives advirtiese que se le observaba, irritábase como fiera que huele sangre, y quería salir otra vez. Y cuando Ives decía: « Me voy; me voy á reunir con mis compañeros, » salía seguramente, con una obstinación de bruto, y no había ni fuerzas, ni ruegos, ni lágrimas que bastaran á detenerle.

LIII

En ocasiones Ives quedaba como muerto y dormía durante muchas horas seguidas: después todo había terminado. Dependía esto de las condiciones del alcohol que hubiese tomado. Otras veces se conservaba bien, no se sabe cómo, y volvía á su buque, *La Reserva*, para hacer su servicio.

Aquella mañana, cuando dieron las siete, Ives,

un tanto despejado, concibió la idea de templar su cabeza con el agua helada, y tomó el camino del arsenal.

LIV

Entonces María, quebrantada, desfallecida, se sentó cerca de la cuna en que su hijo acababa de dormirse.

Por las ventanas, sin cortinas, comenzaba á penetrar una luz blanca. Luz pálida que daba frío.

¡Un día más! — Oíase en la calle el ruido característico de los barrios bajos de Brest en días de *alistamiento*; millares de zuecos de madera golpean el pavimento de duro granito. Los obreros entraban en el puerto de guerra, deteniéndose en su camino para beber aguardiente en las tabernas recién abiertas, que mezclaban, con la del amanecer, la sucia luz de sus farolillos.

María continuaba allí, inmóvil, oyendo todos estos ruidos, con los cuales se había familiarizado: voces aguardentosas y rechinamiento de zuecos. La habitación que ocupaba estaba en medio de unos caserones antiguos, de mucha altura, de mucha profundidad, inmensos; los patios

oscuros, las paredes de granito sin labrar y sólidas, como si fuesen fortificaciones, y que albergan toda clase de familias obreras, veteranos, marineros; por lo menos treinta familias de beodos. Cuatro años hacía (desde que Ives había regresado de las Antillas), que María había dejado á Toulven para venir á ocupar ese cuarto.

Una claridad más blanca entraba ya por los cristales y caía sobre las paredes; penetraba poco á poco en toda aquella vasta habitación, donde su modesto y reducido ajuar, hoy en desorden, parecía perdido. Era día claro. María, para economizar, se levantó y dió un soplo á la vela; después volvió á sentarse cerca de su hijo.

¿Qué iba á hacer durante el día? ¿Trabajaría hoy? No; no se sentía con valor para hacerlo, y además, ¿para qué?

Un día más que sería preciso pasar sin fuego, con la muerte en el corazón, mirando cómo caía la lluvia y esperando... Esperar, esperar siempre, con ansiedad que crecería de hora en hora; esperar la caída de la tarde; esperar la entrada de la noche; esperar el momento en que el ruido de los zuecos principiase de nuevo, abajo, en la oscura calle. Porque Ives y los otros marineros cuyos buques se hallaban en el puerto, salían al mismo tiempo que los obreros del arsenal; y entonces

María todas las noches, asomada á la ventana, miraba desfilar aquella masa de hombres, con los ojos inquietos, mirando lo más lejos posible en todos aquellos grupos, buscando al que había tomado para compañero de su vida.

Reconociale desde muy lejos, por su elevada estatura y por su aspecto de arrogancia; su cuello azul dominaba á los otros. Cuando le veía andar con apresuramiento, aproximándose á su casa, parecía que su noble corazón se desahogaba y que respiraba con más facilidad; cuando le veía entrar por debajo de ella, se juzgaba casi dichosa. Ives llegaba, y cuando estaba allí, cuando había dado un beso á su hijo y otro á su mujer, el peligro había pasado, ya no salía.

Pero si Ives tardaba en aparecer poco á poco sentía que la angustia le ahogaba... Y cuando la hora había pasado, llegaba la noche, la masas de hombres se diseminaban y su marido no había vuelto, ¡oh! entonces comenzaban aquellas veladas siniestras que tanto conocía; aquellas noches mortales de esperar y esperar, que María pasaba con la puerta entreabierta, sentada en una silla, cruzadas las manos, rezando sin cesar, prestando atención á todos los cantos de los marineros que se oían en la calle, temblando cada vez que sonaban pasos en la oscura escalera.

Y después, muy tarde, cuando las otras vecinas estaban acostadas y no podían verla, bajaba; con frío, con lluvia, iba María como una insensata á esperar en las esquinas de la calle, á escuchar á las puertas de tabucos donde aún se bebía, á pegar su pálida mejilla en los cristales de las tabernas.

Periquillo continuaba durmiendo en su cuna para resarcirse del sueño perdido antes de amanecer.

Aquella mañana, María, abrumada como estaba de fatiga y sueño, se había adormecido también cerca de él, recostada en la silla.

Ya era muy de día cuando despertó, con los miembros entumecidos por el frío.

¿Por qué había abandonado á Toulven? ¿Por qué se había casado? Nacida y criada en el campo, ¿qué hacía en Brest, donde todos se volvían á mirar su traje de aldeana? ¿Por qué causas había venido á llevar por las calles de la ciudad su gran gorguera blanca, muy á menudo calada de agua, y que por desesperación, por hastío,

por disgusto de todo, dejaba ahora arrugada y desprendida, pendiente de sus hombros?

María había agotado todos los recursos para atraer á Ives. ¿Era todavía tan bueno, tan dulce, quería tanto á su hijo en los momentos lúcidos, que María no dejaba nunca de esperar! Tenía Ives arrepentimientos sinceros que le duraban muchos días: eran aquellos los días de bienandanza para todos.

— Es necesario perdonarme, repetía siempre; ya comprendes que no *era yo*.

Y María perdonaba; entonces no se separaban el uno del otro; cuando por casualidad hacía buen tiempo, vestían á Periquillo con su traje nuevo, y los tres se iban á dar un paseo por la ciudad.

Después... después... la noche menos pensada, Ives no volvía á su casa, y de nuevo comenzaban los disgustos, y volvía la pobre madre á llorar y á desesperarse.

Las cosas iban de mal en peor; la permanencia en Brest ejercía sobre Ives la misma maléfica influencia que, por lo regular, ejerce sobre todos los marineros. Ahora esto sucedía todas las semanas, se había convertido en *costumbre*. ¿Para qué esperar?

Carecían de dinero. ¿Qué debía hacer? ¿Pedir

prestado á sus vecinas, que también se emborrachaban algunas veces, y cuyo trato disgustaba mucho á María? ;Qué vergüenza! La infeliz, sin embargo, había agotado todos los recursos para ocultar sus escaseces á sus padres, que amaban á Ives como si fuese su propio hijo.

Pues bien; María resolvió decirles que Ives no merecía aquel cariño, resolvió abandonar á ese hombre, que no tenía corazón...

LVI

Sin embargo, sí, una voz secreta abogaba en favor de Ives y aseguraba que el marinero tenía corazón; que era un niño grande á quien la vida de mar había perdido.

Con dulces enternecimientos recordaba María el aspecto noble y tranquilo de Ives, su voz cariñosa, su sonrisa en los momentos de cordura.

¿Abandonarle?... Al pensar en que Ives se iría solo, perdido para siempre, echándolo á rodar todo, entregado á sus vicios y á los de otros; en que principaría nuevamente su vida de desfreno con otras mujeres; navegando muy lejos, envejeciendo solo, abandonado, destruido por el alcohol... ¡oh! al pensar en todo eso, experimen-

taba la pobre María angustias horribles; comprendía entonces que estaba unida á Ives por un lazo más fuerte que toda razón y toda voluntad humanas. María estaba perdidamente enamorada de su marido, sin darse cuenta de la magnitud de su amor. No, mil veces no; antes que abandonarle rodaría con él hasta el fango para tenerle en sus brazos cuando la hora de morir llegase.

LVII

Brest gustaba muy poco á Periquillo, para quien la ciudad era fea y negra.

Solamente cuatro meses llevaba de vivir allí, y sus mejillas redondas habían palidecido un poco. Antes eran parecidas á esas ciruelas muy maduras de los países del Mediodía.

Tenía hermosos ojos negros, que brillaban como el azabache, lo mismo que los de la madre entre largas y hechiceras pestañas. En su entrecejo había ya algo de serio y grave, heredado de Ives.

Habría sido muy curioso retratarle con su aire reflexivo y su aspecto varonil y resuelto, que le hacían parecer muchacho de más edad.

De cuando en cuando tenía también sus ratos

de alegría bulliciosa, saltaba, saltaba alrededor de aquella mansión triste, produciendo mucho alboroto.

Pero esto no le ocurría tan frecuentemente como en Toulven. Echaba de menos, en sus reminiscencias vagas, sus amiguitos del sendero de hayas, las zalamerías y los mimos de su abuelo y las canciones de su abuela. Allá, en el campo, todos pensaban en Periquillo; aquí, en la ciudad, el pobre estaba solo casi siempre.

Decididamente la ciudad no era de su agrado. Además, siempre tenía frío en aquella habitación sin muebles y en aquella escalera de piedra.

LVIII

« Es necesario perdonarme; ya conoces que no era yo. »

Cuando Ives decía esto, había terminado todo; pero con frecuencia tardaba mucho en decirlo. Cuando la embriaguez había pasado, estaba sombrío, triste, sin hablar, hasta el momento en que con cualquier motivo, por la causa más insignificante, iluminaba su rostro la sonrisa y expresaba una confesión algo infantil. Entonces se abría el cielo para la pobre madre, que sonreía

también de un modo particular, sin proferir nunca una sola queja: aquello era el término de la prueba.

Una vez se atrevió á decir en voz baja:

— Á lo menos, cuando se te pase, no estés enfadado tres días.

Entonces Ives, en voz más baja todavía, y sonriendo á medias, contestó, sin atreverse á mirarla y como algo confuso:

— ¿No pasar tres días enojado, dices? ¡Voto á!... ¿Crees tú que estoy contento conmigo mismo después de haber hecho una cosa de esas? ¡Ah, sí! Estoy enojado, pero no contra ti, pobre María, te lo aseguro.

María entonces se acercó más á él, y reclinó la cabeza sobre el hombro de Ives; éste, viéndola así, la dió un beso.

— ¡Oh! ¡La bebida!... ¡la bebida!... dijo lentamente; y sus ojos, medio entornados, tomaron una expresión feroz. ¡Mi padre!... ¡mis hermanos! ¡ahora me ha llegado la vez!

Hasta entonces nada parecido á esto había dicho. Jamás hablaba de su horrible vicio, del cual parecía no acordarse.

¿Cómo no vislumbrar algunos rayos de esperanza cuando se le veía tan bueno, tan dócil, jugando con su hijo en un rincón del hogar?

de alegría bulliciosa, saltaba, saltaba alrededor de aquella mansión triste, produciendo mucho alboroto.

Pero esto no le ocurría tan frecuentemente como en Toulven. Echaba de menos, en sus reminiscencias vagas, sus amiguitos del sendero de hayas, las zalamerías y los mimos de su abuelo y las canciones de su abuela. Allá, en el campo, todos pensaban en Periquillo; aquí, en la ciudad, el pobre estaba solo casi siempre.

Decididamente la ciudad no era de su agrado. Además, siempre tenía frío en aquella habitación sin muebles y en aquella escalera de piedra.

LVIII

« Es necesario perdonarme; ya conoces que no era yo. »

Cuando Ives decía esto, había terminado todo; pero con frecuencia tardaba mucho en decirlo. Cuando la embriaguez había pasado, estaba sombrío, triste, sin hablar, hasta el momento en que con cualquier motivo, por la causa más insignificante, iluminaba su rostro la sonrisa y expresaba una confesión algo infantil. Entonces se abría el cielo para la pobre madre, que sonreía

también de un modo particular, sin proferir nunca una sola queja: aquello era el término de la prueba.

Una vez se atrevió á decir en voz baja:

— Á lo menos, cuando se te pase, no estés enfadado tres días.

Entonces Ives, en voz más baja todavía, y sonriendo á medias, contestó, sin atreverse á mirarla y como algo confuso:

— ¿No pasar tres días enojado, dices? ¡Voto á!... ¿Crees tú que estoy contento conmigo mismo después de haber hecho una cosa de esas? ¡Ah, sí! Estoy enojado, pero no contra ti, pobre María, te lo aseguro.

María entonces se acercó más á él, y reclinó la cabeza sobre el hombro de Ives; éste, viéndola así, la dió un beso.

— ¡Oh! ¡La bebida!... ¡la bebida!... dijo lentamente; y sus ojos, medio entornados, tomaron una expresión feroz. ¡Mi padre!... ¡mis hermanos! ¡ahora me ha llegado la vez!

Hasta entonces nada parecido á esto había dicho. Jamás hablaba de su horrible vicio, del cual parecía no acordarse.

¿Cómo no vislumbrar algunos rayos de esperanza cuando se le veía tan bueno, tan dócil, jugando con su hijo en un rincón del hogar?

¿Cómo no confiar un poco en su arrepentimiento cuando se le veía dejar su aire de amo y guardar con su mujer mil atenciones y mil cariños, y dulces cuidados para que olvidase su pena?

¿Cómo figurarse que *este* Ives podría, de pronto y fatalmente, convertirse en *el otro* Ives, el de los días malos, el de la mirada sombría, la bestia enloquecida por el alcohol, á la cual nada conmovería? Entonces su mujer le rodeaba de ternura, redoblaba las manifestaciones de su cariño, concentraba en él toda su fuerza de voluntad, le cuidaba como se cuida á un niño, temblaba, siguiéndole con la vista, cuando bajaba á la calle por donde pasaban sus camaradas y donde se abrían las tabernas.

Ives en tierra era hombre perdido; él mismo lo conocía, y confesaba que le era necesario embarcarse de nuevo.

Había crecido en el mar, al acaso, lo mismo que las flores silvestres. Nadie se había ocupado nunca en inculcarle ideas del deber, ni en marcarle líneas de conducta, ni en enseñarle nada. Solamente yo, á quien la casualidad y una súplica de la madre de Ives habían puesto en su camino, pude hablarle algo de esas cosas nuevas, completamente nuevas para él; pero sin duda era ya demasiado tarde, ó no pude hablarle todo

lo necesario. La severa disciplina de á bordo había sido el freno poderoso y único que había guiado su vida material, manteniéndole en esa austeridad ruda y sana que conserva fuerte y vigoroso al marinero.

La *tierra* había sido durante mucho tiempo para Ives un sitio de paso, donde estaba en libertad y tenía mujeres. Bajaba á ella, y en ella estaba como en país conquistado, entre el viaje terminado y el que iba á comenzar; tenía entonces dinero, y en los sitios donde se vendía el placer todo se doblegaba ante su capricho y su fuerza.

Pero sobrellevar una vida arreglada de familia en su hogar reducido; contar el gasto de cada día; guiarse á sí mismo; pensar en mañana, ¡bah! sus hábitos de marinero no encajaban en estas obligaciones imprevistas. Además, en este Brest degenerado y podrido el alcohol parecía brotar de las paredes, mezclado con la humedad malsana.

Entonces Ives caía, caía tan bajo como muchos otros que habían sido, lo mismo que él, buenos y valientes; se encanallaba, se colocaba poco á poco al nivel de este pueblo de borrachos, y su corrupción era repulsiva, como corrupción de obrero.

LIX

Un día recibí una carta en que se me pedía socorro.

Era sencillísima, y parecía enteramente la carta de un niño. Decía así:

« Querido hermano: No sé cómo decírselo á usted, pero la verdad es que me he entregado otra vez á la bebida. Por algo, usted lo sabe, no quería yo permanecer en Brest; temía este peligro.

» Ya he sido castigado tres veces con prisión, y ahora no sé cómo evitar algo más serio, pues veo que si continúo á bordo, me sucederá alguna desgracia.

» Creo que si pudiese embarcarme cerca de usted tendría yo todo lo que necesito. Hermano, hermano mío, ya que usted ha de embarcarse pronto, si quisiera usted venir á Brest para llevarme, de seguro estaría yo mejor que aquí, y desde luego, eso me salvaría.

» Me ha hecho usted mucho daño diciéndome en su carta que yo no quería ni á mi mujer ni á

mi hijo, porque por María y por Periquillo soy capaz de todo.

» Sí, hermano mío, sí; he llorado, y estoy llorando todavía al escribir, y no me dejan ver las lágrimas que ahora mismo vierto.

» No espero en nada más que en verle á usted venir. Le abrazo con toda mi alma y le suplico que no se olvide de su hermano, á pesar de las molestias y los disgustos que le da á usted. Le quiere á usted mucho,

IVES KERMADEC. »

LX

En un domingo del mes de Diciembre regresé á Brest sin avisar á nadie, y bajé al barrio de la Gran Vía para buscar la habitación de Ives. Leyendo los números de las puertas recorrí todas aquellas elevadas casas de granito, que fueron moradas antiguas de personas muy ricas y que hoy están en poder del pueblo; abajo, tabernas abiertas por todas partes; arriba, ventanas con cortinas humildes y con flores marchitas en sus tiestos.

Era muy de mañana. Ya circulaban grupos de marineros que, vistiendo su traje limpio de los

días festivos, comenzaban cantando la fiesta del domingo.

Respirábase blanca bruma y fresco húmedo, primera sensación del invierno. Como yo acababa de llegar del Adriático, familiarizado con el sol, las tintas de Brest me parecían más oscuras.

En el núm. 154, sobre una muestra en que se leía : *Al pensamiento del hermoso artillero*, subí tres tramos de una escalera muy ancha y muy vieja, y encontré la habitación de Ker-madec.

Oíase desde la puerta el ruido isócrono de una cuna mecida. Perico, mimado á pesar de todo, había conservado la costumbre de que le durmieran así. Ives, solo con su hijo, estaba sentado cerca de él, y le mecía con una mano muy suavemente.

Levantó su mirada triste, conmovido al verme, pero sin atreverse á hablar; parecía decirme con la expresión de su rostro : « ¡ Ah, sí, hermano, ya sé! viene usted para llevarme, esto es lo que yo había pedido; pero... yo no le esperaba á usted tan pronto, y el marcharme ahora me va á causar pena. »

Físicamente, muy poco había cambiado Ives. Estaba algo más pálido; al abrigo del soplo del

mar su expresión era diferente, menos segura, casi dolorosa. Había padecido, y se le conocía; pero no había impresa aún huella alguna en su rostro grave, incoloro y marmóreo.

Miraba yo alrededor mío con tristeza y oprimiéndoseme el corazón; yo no había previsto lo que podría ser en tierra y en una ciudad el domicilio de Ives. Era muy distinto de aquel alojamiento del mar, en que le había yo visto en otro tiempo : las gavias llenas de sol y de aire. Aquí, ahora, en medio de aquella realidad pobre, encontrábame yo — lo mismo que él sin duda — como desterrado y molesto.

María estaba fuera; había ido á la fuente. Perico dormía bien; sus largas pestañas de niño caían sobre sus mejillas; estábamos solos frente á frente Ives y yo, y como él temía lo que yo pudiera decirle, se apresuró á hablarme de embarco.

Una permuta en la lista de embarcos me ponía en Brest, próximo á partir.

Estaban armándose dos ó tres buques (para China, para el mar del Sur y para Levante); era necesario estar apercibido para embarcarse al primer aviso, y dirigirse á uno de esos puntos. La semana siguiente fué uno de esos períodos agitados que atraviesan tan frecuentemente los

marinos : vivir sin fijeza en la fonda, con la maleta á medio llenar y sin saber qué camino se tomará mañana; pensar en infinidad de cosas, el servicio del puerto y los preparativos de viaje ; después idas y venidas, gestiones para sacar á Ives de *La Reserva* y tenerle á mi disposición, pronto á partir conmigo.

Los días de Diciembre, cortos y fríos, pasaban de prisa. Subía yo frecuentemente, de cuatro en cuatro, los peldaños de la escalera de casa de Kermadec, y María, siempre pendiente de las primeras palabras que yo pronunciaba, me dirigía tristes sonrisas, con una confianza resignada y respetuosa, esperando mis resoluciones.

LXI

En la rada de Brest, 23 de Diciembre de 1880.

Es una noche de Diciembre clara y fría; en el mar, gran calma; á bordo, profundo silencio.

En una cámara muy pequeña del buque, pintado de blanco y forrado de hierro, está Ives sentado cerca de mí sobre las maletas y las cajas abiertas. Estamos instalándonos; es necesario disponerse un hogar en aquel recinto movable

que va á pasearnos, dentro de muy poco, en medio de las olas alborotadas.

Ninguno de aquellos viajes previstos, ninguna de aquellas largas expediciones en proyecto, han prosperado. Estoy embarcado en *La Sèvre*, que no se alejará seguramente de las costas de Bretaña. Desde esta mañana Ives pertenece á la tripulación; nos hallamos, pues, reunidos de nuevo por un año. Dadas las condiciones de la profesión, podemos considerar esto como una felicidad; podíamos, de un momento á otro, habernos separado para siempre.

Ives ha dado con mucho gusto cien francos al marinero que le ha cedido su plaza.

¡Vaya por *La Sèvre*, ya que la suerte nos ha llevado á ella! Esto nos traerá á la memoria el recuerdo de aquellos tiempos, ya lejanos, en que navegábamos ambos en la *Mar brumosa*, protegidos por el *campanario de calados*.

Habría yo preferido, no obstante, que nos hubiesen enviado á otro punto, á cualquier punto donde hubiese sol; sobre todo por Ives, á quien era conveniente alejar más de Brest, llevar más lejos de sus malas compañías y de las tabernas de la costa.

LXII

En alta mar, 25 de Diciembre; Pascua de Navidad.

Amanecía. Dirigíame al puente después de haber descansado un momento del servicio durísimo del *cuarto* de doce de la noche á cuatro de la madrugada; habíamos luchado toda aquella noche con gran viento y mar gruesa.

Allí estaba Ives, completamente mojado, pero muy á gusto en su elemento, y apenas me vió señaló con el dedo, y sonriéndose, un país muy extraño al cual nos aproximábamos. Peñascos grises tapiaban las lejanías del horizonte como si fuese una fortificación muy extensa. En el mar se había restablecido la calma, aunque el viento seguía enviándonos sus furiosos soplos. En la atmósfera deslizábanse rápidamente unas sobre otras nubes pesadas y sombrías: una bóveda de plomo en movimiento: objetos inmensos, oscuros, que variaban de formas y que parecían muy deseosas de parar, de huir á otra parte, en medio de ese otro movimiento que producen las ondas plateadas; hubiéraseles creído rebaños numerosos de bestias marinas. Hasta donde la

vista alcanzaba distinguíamos esas peligrosas cabezas negras: el mar estaba sembrado de ellas. Y allá, muy lejos, en el peñasco más apartado, las siluetas de tres campanarios muy viejos, que parecían plantados allí, solos, en medio de un desierto de granito. Uno se elevaba mucho más que los otros dos, y elevándose entre ellos parecía un gigante que observa y preside.

¡Ah, sí!... Le reconocí pronto y, como Ives, le saludé, con una sonrisa; algo me inquietó, sin embargo, verle reaparecer tan cerca de nosotros y en medio de aquella función de tinieblas en una mañana en que yo no le esperaba ciertamente. ¿Qué veníamos á hacer en aquellos sitios? Esto no entraba en nuestros proyectos; yo no lo comprendía.

Había sido una determinación repentina del comandante, adoptada durante mi hora de sueño; llegar á la entrada de la rada de *Taureau*, muy cerca de Saint-Pol-de-Leon á buscar abrigo contra el viento del Sur, porque la mar era ya demasiado gruesa para nosotros.

He aquí de qué modo, al volver á la *Mar brumosa*, la primera visita de Ives fué para su campanario.

LXIII

Cherburgo, 27 de Diciembre de 1880.

Á las siete de la mañana me han traído á Ives, en el fondo de un bote, completamente borracho. Antiguos amigos suyos, gavieros de *La Venus*, para festejar su regreso de las Antillas, le han llevado durante toda la noche de taberna en taberna.

Estoy de cuarto. Nadie hay en el puente todavía; sólo algunos marineros que se dedican á la limpieza, pero son de confianza, conocidos de antiguo y con los cuales se puede contar; cuatro hombres lo suben y lo bajan en una red furtivamente y lo ocultan en mi cámara.

¡Mal estreno á bordo de esta *Sèvre*, donde yo, para corregirle, quería tenerle á mis órdenes, y donde él me había prometido dar buen ejemplo! Entonces, por la primera vez, pensé con tristeza que Ives estaba perdido, decididamente perdido, á pesar de cuantos esfuerzos hiciese yo para librarle de sí mismo. Pensé también, con más amargura todavía, que acaso le faltaba alguna cosa en el corazón.

Durante todo el día Ives estuvo como muerto. Había perdido su gorro, su portamonedas, su silbato de plata, y se había hecho además una terrible descalabradura.

Hasta las seis de la tarde no comenzó á dar señales de vida. Como un niño que despierta, sonrió (aún estaba ebrio; si no lo hubiera estado, no habría sonreído), y pidió de comer.

Entonces dije á Juan María, mi criado fiel, un pescador de Audierna :

— Ve á buscar sopa y tráesela.

Juan María trajo la sopa, y el bueno de Ives comienza á dar vueltas en sus manos á la cuchara, como no sabiendo por dónde se toma aquello.

— Vamos, Juan María, dije al criado : dá-sela tú.

— Está muy salada, dijo Ives retrocediendo y haciendo un gesto de disgusto; y con su acento de bretón y sus ojos muy entornados, repetía :

— ¡Demasiado salada!... ¡Demasiado salada!

Después volvió á dormirse, y Juan María y yo soltamos la carcajada.

Yo estaba muy triste, sin embargo; pero aquella idea y aquel desagrado de niño mimado tenían, en efecto, algo grotesco.

Á la diez de la noche, Ives volvió en su co-

nocimiento; se levantó furtivamente y desapareció.

Durante dos días permaneció á proa del buque, entre la gente de la tripulación; no salía de allí más que para hacer su servicio de cuarto y para las maniöbras, siempre con la cabeza baja y sin atreverse á mirarme.

¡Oh! ¡Aquellas resoluciones que ha tomado ya veinte veces, y á las cuales ha faltado otras tantas!... Ya no se atreve á tomarlas, ó si las toma, no se atreve á decirlo y se apena, sin hacer nada, y deja deslizarse los días esperando el valor y la estimación propia, que no llegan nunca.

Poco á poco, sin embargo, habíamos vuelto á nuestra vida habitual. Llamábale yo por la noche y venía Ives á dar conmigo el paseo automático de los marineros, que dura horas enteras entre las mismas planchas. Hablábamos, sobre poco más ó menos, como en otros tiempos, sobre el viento triste y la lluvia fina. Conservaba siempre la manera de pensar y de decir sencilla y profunda á un tiempo mismo; existía entre nosotros cierta tirantez, una especie de hielo que no se fundía. Yo esperaba una palabra de arrepentimiento, y esa palabra no venía.

Adelantaba el invierno y ese invierno triste de la Mancha, que lo rodea todo — ideas, personas y

cosas — en el mismo crepúsculo gris. Los grandes fríos habían llegado, y ya dábamos muy cortos, cada vez más cortos, nuestros paseos.

Algunas veces tuve deseos de decir á Ives, estrechando fuertemente su mano: « Vaya, querido hermano, te he perdonado ya; no pensemos más en eso. » Pero estas palabras se detenían en mis labios: en realidad, á él era á quien correspondía solicitar mi perdón, y pensando esto, guardaba yo cierta frialdad altanera que le alejaba de mí.

No: en esta *Sèvre* íbamos á conseguir poco.

LXIV

Perico está en Plouherzel, procurando jugar delante de la puerta de su abuela; parece desterrado, mirando allá abajo la sábana de agua inmóvil con aquella forma de animal dormido en medio, detrás de un velo de bruma. También está aquí al aire libre; pero el viento es más áspero que en Toulven, la campiña, más triste; los niños comprenden instintivamente esas cosas: en presencia de las tristezas de los objetos, tienen melancolías y silencios involuntarios, como los pajarillos.

He ahí dos amiguitos que salen de una choza

próxima para ver al recién venido; pero éstos no son los de Toulven, ni saben los mismos juegos; ni aun las medias palabras que saben pertenecen al mismo bretón. Ninguno de los tres se atreve á acercarse, y se observan sonriéndose.

Periquillo y su madre María Kermadec llegaron ayer á Plouherzel. Ives ha escrito á su mujer encargándole que haga lo más pronto que pueda este viaje; le ha ocurrido la idea de que tal vez de este modo se reconciliaría con su madre. Porque aquella anciana, dura siempre y siempre dominante, después de haber negado rotundamente su consentimiento para el matrimonio de Ives, acabó por darle de muy mala gana, y después no ha contestado á una sola de las cartas de su hijo.

¡Pobre vieja aislada!... De los trece hijos que Dios le había dado, tres murieron de muy corta edad. De los ocho varones que se lograron, todos marinos, el mar se apoderó de siete; siete que habían muerto en naufragios, ó que se habían establecido en el extranjero como Gildas y Goulven.

Sus ijas casadas, dispersas. De las dos menores, la una había entregado su mano á un islandés, que la había llevado á Trégnier; la otra, encaprichada con la religión, se había empeñado en entrar en un convento.

Quedaba la más pequeña, la hija de Goulven, abandonada por su padre. ¡Ah! La abuela se había consagrado á quererla — como hija natural, sin embargo; — era el único resto de aquel naufragio que le había arrebatado, uno en pos de otro, á todos los seres queridos. La pobre niña gustaba de ver cómo subía la marea, y solía ir al borde del lago de agua marina. Estas expediciones peligrosas le estaban terminantemente prohibidas. Pero un día había ido sola y no había vuelto. La marea siguiente devolvió su cadáver. Se la enterró cerca de la capilla, bajo una cruz de madera y un montoncillo de césped.

La anciana alimentaba aún una esperanza... Esperaba á Ives, el último, el más querido de todos, porque había permanecido más tiempo en el hogar: ¡acaso éste viniese algún día á vivir cerca de ella!

Pero no: esta María Keremenen se lo había robado; y al mismo tiempo — circunstancia que entraba para algo en su rencor — le había privado del dinero que en otro tiempo solía enviarle Ives para que se ayudase.

Hacía, pues, dos años que estaba sola, completamente sola... como lo debía estar ya hasta su muerte.

Para obedecer á Ives, María llegó ayer, des-

pués de dos días de viaje, con su hijo á llamar á aquella puerta; una anciana de fisonomía dura, á quien María conoció inmediatamente sin haberla visto nunca, salió á abrirla.

— Soy María, la mujer de Ives... Buenos días, madre.

— ¡La mujer de Ives! ¡La mujer de Ives!... Entonces, ¿éste es Perico? ¿Mi nieto?

Y al mismo tiempo su mirada se había dulcificado, fijándose en el nieto. Habíales hecho entrar, comer bien, calentarse y les había preparado la mejor cama. Pero de todas suertes, existía allí un frío, un hielo que nada podía fundir.

En los rincones, escondiéndose la abuela, bebaba con amor al nietecillo; pero delante de María, nunca: siempre estirada y áspera.

Algunas veces hablaban de Ives, y María indicaba con timidez que desde su matrimonio se corregía un poco.

¡Ta, ta, ta! ¡Corregirse! decía la madre tomando su aire desapacible y agrio; ¡corregirse! No. Es la cabeza de su padre... Lo mismo, igual á él en todo... Todavía no has concluido de sufrir con él... yo te lo aseguro.

Entonces la pobre María, con el corazón oprimido, no sabiendo qué responder ni qué hablar en todo el día, ni qué hacer allí, esperaba impa-

ciente el tiempo fijado por Ives para marcharse, con el propósito firme de no volver.

LXV

Al salir de Paimpol subió María con su hijo á la diligencia, que comienza á moverse y se los lleva. Por la portezuela miraba María á su suegra, que había venido acompañándola hasta la ciudad desde Plouherzel; pero que les había dirigido un adiós glacial, una despedida breve que hacía daño.

María la miraba y no comprendía lo que pasaba; la suegra comenzó á correr, á correr detrás del carruaje. Y después su fisonomía cambió, y les hizo así como un gesto.

— ¿Qué es lo que quiere? pensaba María mirándola casi con miedo. La suegra continúa gesticulando. ¡Ah! ¡Es que llora!... Las líneas de su fisonomía dura se contraen y de sus ojos brotan lágrimas copiosas... Entonces las dos se comprenden.

— ¡Por amor de Dios, haga usted que detengan la diligencia! dice María á un *islandés* que está sentado cerca de ella y que también ha com-

prendido, porque pasa su brazo por la ventanilla delantera y tira de la manga al mayoral.

El coche se detiene. La abuela, que ha seguido corriendo, está allí detrás, tocando el estribo; les tiende las manos; su rostro está bañado de lágrimas.

María ha bajado, y la anciana, estrechándola entre sus brazos, la besa, y besa al nietecillo.

— ¡Oh, querida hija mía! le dice; que Dios te acompañe.

Y llora y solloza.

— Mira, hija mía, con Ives conviene ser muy dulce; tomarle por el corazón. Ya verás cómo puedes ser feliz con él. Tal vez yo molesté demasiado con mis llantos y con mis quejas á su pobre padre. ¡Dios te bendiga, querida hija!

Y unidas por su amor á Ives, lloraban juntas.

— Vamos, buenas mujeres, gritó el mayoral; ¿acabarán hoy los abrazos y los lloriqueos?

Es necesario separarlas á viva fuerza. María, sentada de nuevo en surin cón, mira, alalejarse, con los ojos llenos de lágrimas, á la anciana, que se ha dejado caer sobre un guardacantón y sigue sollozando, mientras Perico, agitando su manita regordeta, la saluda por la ventanilla.

LXVI

1º de Enero de 1881.

En el fondo del arsenal de Brest, un poco antes de ser de día, la primera madrugada del año 1881, un lugar muy triste, este fondo del puerto; *La Sèvre* estaba amarrada allí hace una semana.

El cielo había comenzado á blanquear entre las murallas gigantescas que nos rodeaban. Los reverberos, no muy abundantes, daban entre la bruma sus últimas llamaradas amarillentas. Divisábanse ya las siluetas de objetos enormes, que al dibujarse en el espacio despertaban ideas de rigidez desagradable; máquinas formidables, grandes anclas que levantaban sus patas negras; mil especies de formas feas é indefinidas; más allá buques desmantelados con sus contornos de peces gigantescos, inmóviles sobre sus amarras como grandes monstruos marinos.

Silencio profundo en el puerto y un frío de muerte.

No hay soledad comparable con la soledad de los arsenales de la marina de guerra durante las noches, máxime las de días festivos. Al aproxi-

prendido, porque pasa su brazo por la ventanilla delantera y tira de la manga al mayoral.

El coche se detiene. La abuela, que ha seguido corriendo, está allí detrás, tocando el estribo; les tiende las manos; su rostro está bañado de lágrimas.

María ha bajado, y la anciana, estrechándola entre sus brazos, la besa, y besa al nietecillo.

— ¡Oh, querida hija mía! le dice; que Dios te acompañe.

Y llora y solloza.

— Mira, hija mía, con Ives conviene ser muy dulce; tomarle por el corazón. Ya verás cómo puedes ser feliz con él. Tal vez yo molesté demasiado con mis llantos y con mis quejas á su pobre padre. ¡Dios te bendiga, querida hija!

Y unidas por su amor á Ives, lloraban juntas.

— Vamos, buenas mujeres, gritó el mayoral; ¿acabarán hoy los abrazos y los lloriqueos?

Es necesario separarlas á viva fuerza. María, sentada de nuevo en surin cón, mira, alalejarse, con los ojos llenos de lágrimas, á la anciana, que se ha dejado caer sobre un guardacantón y sigue sollozando, mientras Perico, agitando su manita regordeta, la saluda por la ventanilla.

LXVI

1° de Enero de 1881.

En el fondo del arsenal de Brest, un poco antes de ser de día, la primera madrugada del año 1881, un lugar muy triste, este fondo del puerto; *La Sèvre* estaba amarrada allí hace una semana.

El cielo había comenzado á blanquear entre las murallas gigantescas que nos rodeaban. Los reverberos, no muy abundantes, daban entre la bruma sus últimas llamaradas amarillentas. Divisábanse ya las siluetas de objetos enormes, que al dibujarse en el espacio despertaban ideas de rigidez desagradable; máquinas formidables, grandes anclas que levantaban sus patas negras; mil especies de formas feas é indefinidas; más allá buques desmantelados con sus contornos de peces gigantescos, inmóviles sobre sus amarras como grandes monstruos marinos.

Silencio profundo en el puerto y un frío de muerte.

No hay soledad comparable con la soledad de los arsenales de la marina de guerra durante las noches, máxime las de días festivos. Al aproxi-

marse la hora del cañonazo de retreta, todos huyen de allí como de un lugar infestado; por todas partes salen millares de hombres, bullendo como hormigas y dirigiéndose apresuradamente hacia las puertas. Los últimos corren temerosos de encontrar cerradas las verjas. La calma se restablece; después nadie, nada.

De tarde en tarde pasa una ronda, á la que los centinelas dan el *¿quién vive?* y que contesta en voz baja el santo y seña. Después un pueblo silencioso de ratas desemboca por todos los agujeros y toma posesión de los buques desiertos y de los vacíos talleres.

De guardia á bordo desde la víspera, habíame dormido muy tarde en mi fría cámara de paredes de hierro. Yo sentía inquietud por Ives; aquella noche los cantos, los gritos de los marineros que llegaban hasta mí desde muy lejos, de los barrios peores de la ciudad, me entristecían.

María y Periquillo estaban en su viaje á Plouherzel; Ives, sin embargo, había querido pasar aquella noche en tierra para solemnizar el año nuevo con antiguos amigos suyos. Habría yo podido detenerle con sólo suplicarle que se quedase para hacerme compañía; pero, ya lo he dicho, continuaba entre nosotros tal tirantez, tanta frialdad, que le dejé partir. Esta noche del

31 de Diciembre es justamente la noche peligrosa en que no parece sino que se apodera de todo Brest un vértigo de alcohol.

Subiendo al puente saludé con melancolía la primera mañana del año nuevo y di principio al paseo maquinal, los cien pasos de cuarto, pensando en mil cosas pasadas.

Pensaba yo, sobre todo, en Ives, que era mi preocupación presente. Desde su última borrachera, en esta misma *Sèvre*, advertía yo que lentamente, de hora en hora, se desvanecía el cariño de este hermano bueno y sencillo, que había sido durante mucho tiempo mi único amigo verdadero. Yo estaba, además, enojado con él porque no sabía conducirse mejor, y me parecía que por mi parte también le quería menos.

Un pajarraco negro pasó por encima de mi cabeza y lanzó, al pasar, un graznido lastimero.

— Bueno, dijo un marinero, que se ocupaba en su aseo matinal con agua fría; ahí va uno que nos felicita la entrada del año. ¡Maldita bestia de mal agüero! Eso es señal de que vamos á ver cosas buenas.

Ives regresó; andaba erguido, y respondió á la lista. Después vino hacia mí, según costumbre, y me dió los buenos días.

En sus ojos, un poco empañados; en su voz,

algo alterada, conocí muy pronto que no había sido completamente juicioso. Entonces, adoptando un tono de mando brusco, le dije :

— Ives, es preciso que hoy no vuelvas á tierra.

Después, afectando indiferencia, comencé á hablar con otros, convencido de que había sido demasiado severo, y descontento de mí mismo.

Medio día. — El arsenal y los buques se quedaban desiertos como en los días de fiesta solemne. Por todas partes se veían marineros muy limpios, con sus trajes de domingo, limpiándose apresuradamente, arreglándose unos á otros su gran cuello azul, y ganando después, á buen paso, las puertas para lanzarse á las calles de Brest.

Cuando llegó el turno á los de *La Sèvre*, apareció Ives con los otros, muy limpio y muy lustroso, con su más hermoso traje.

— ¿Dónde vas, Ives? le pregunté.

Ives me miró con una mirada de disgusto que yo no le conocía, que parecía retarme, y en la que leía yo aún el extravío del alcohol.

— Voy, me dijo, á buscar á mis amigos, marinos de mi país que me esperan y á los que he prometido ir.

Procuré entonces, llamándole aparte, hacerle entrar en razón; obligado á decirlo todo con

rapidez, porque el tiempo apremiaba; obligado á hablarle en voz baja y con ademán sosegado, porque era necesario ocultar á todos esta escena, conocía yo que emprendía mal camino, que no adelantaba nada y que se me acababa la paciencia. Hablaba yo en ese tono que irrita, pero que no persuade.

— Pues bien, sí, lo juro: iré; dijo Ives temblando y con los dientes apretados; como no me encadenen hoy, nadie me impedirá salir.

Se desprendió de mí, desafiándome cara á cara por la primera vez en su vida, y fué á reunirse con sus compañeros.

— ¿Encadenarte? dije; pues bien, Ives, se te encadenará.

Llamé al encargado y di la orden de que Ives fuese encadenado.

¡Oh! La mirada que Ives me lanzó al entregarse, al seguir á su carcelero, delante de todos sus compañeros, para bajar á la cala del buque con su hermoso traje de los domingos.

Se había despejado de pronto, porque su mirada era profunda y clara. Yo fui quien bajó la cabeza ante aquella expresión de queja, de asombro doloroso y supremo, de súbito desencanto y de menosprecio.

Después entré en mi cámara.

¿Había concluido todo entre nosotros? Así lo creí. Esta vez lo había perdido por completo. Comprendía yo que Ives, con su carácter bretón, no volvería á mí; su corazón, una vez cerrado, no se abría más.

Acababa yo de abusar de mi autoridad contra él, y él era de aquellos que ante la fuerza se yerguen y no ceden.

Había yo suplicado al oficial de guardia que me dejase continuar el servicio durante aquel día, por no atreverme á salir de á bordo. Paseábame siempre sobre las mismas planchas.

El arsenal estaba desierto entre sus inmensos muros. El puente se hallaba solitario.

Cantos lejanos llegaban de las calles bajas de Brest. Abajo, en el sitio de la tripulación, las voces de los marineros de guardia cantaban, con intervalos regulares, los números de la lotería, siempre con las mismas bromas de á bordo, muy viejas ya, pero que siempre les hacen reír:

22; los dos furrieles de paseo.

33; las patas del gallo.

Y mi pobre Ives estaba debajo de ellos, en el fondo de la cala, en la oscuridad, extendido sobre las planchas de hierro con aquel intenso frío y con el grillete al pie.

¿Qué hacer? ¿Dar la orden de que se le pu-

siese en libertad y me lo enviasen? Yo adivinaba lo que sería aquella entrevista: él de pie, impassible, feroz, quitándose ante mí respetuosamente su gorro y desafiándome con su silencio, y separando de mí sus ojos.

Además, si rehusaba venir — y era muy capaz de hacerlo en aquel momento — entonces ¿cómo librarle del castigo en que incurría por esa desobediencia? ¿Cómo sacarle del atolladero en que yo mismo le habría metido haciendo mediar en nuestros asuntos, de él á mí, las ciegas prescripciones de la disciplina?

Caía entretanto la tarde y ya llevaba Ives cinco horas encadenado. Yo pensaba en Periquillo, en María, en aquellas honradas gentes de Toulven que habían puesto en mí su esperanza, y además de esto pensaba en el juramento que yo había prestado ante su madre anciana en Plouherzel.

Sobre todo comprendía yo que aún amaba á mi pobre Ives como á un hermano... Entré en mi camarote y me puse á escribir rápidamente; éste debía ser el medio único entre los dos; con nuestros caracteres las explicaciones verbales no servían de nada. Yo me apresuraba y procuraba escribir en letras gruesas, para que él pudiera leerlas todavía: la noche adelantaba rápida-

mente, y en el arsenal la luz es cosa prohibida.

Después llamé al jefe de armas, y le dije :

— Vaya usted á buscar al preso Kermadee, tráigale usted aquí para hablar con el oficial de cuarto; aquí, en mi cámara.

Yo había escrito :

« Querido hermano : Te perdono, y te suplico que me perdones también. Bien sabes que ahora somos hermanos y que, á pesar de todo, estamos unidos hasta la muerte. ¿Quieres que cuanto hemos dicho y hecho en *La Sèvre* sea olvidado, y quieres intentar otra vez la resolución de ser juicioso? Te lo ruego en nombre de tu madre. Escribe solamente *si* aquí debajo, ¿quieres? Todo habrá concluido; no volveremos á hablar de ello.

PEDRO. »

Cuando Ives se presentó, sin mirarle ni esperar su respuesta, le dije sencillamente :

— Lee esto que acabo de escribir para ti.

Y salí, dejándole solo.

Ives salió muy pronto, como si hubiese temido mi vuelta, le ví cuando se alejaba y entré en mi cámara para ver.

Debajo de mi carta — con letras aún más

gruesas que las mías, porque la oscuridad era cada vez mayor — había escrito :

« Sí; querido hermano; » y firmado *Ives*.

LXVII

— Juan María, ve corriendo á decir á Ives que le espero en tierra.

Esto ocurría diez minutos después. Era necesario que, después de habernos escrito, nos viésemos para que la reconciliación fuese completa,

Cuando Ives llegó, había cambiado por completo de fisonomía, y animaba su rostro la sonrisa bondadosa y franca que yo no había visto hacía mucho tiempo. Cogí su mano, aquella pobre mano de gaviero, entre las mías; era necesario estrecharla con mucha fuerza para que sintiese la presión porque el rudo trabajo la había endurecido demasiado.

— Vaya, ¿para qué me ha hecho usted eso? No estaba bien; vamos.

Esto fué todo lo que acertó á decir en son de queja.

— Ives, le dije; vamos á pasar juntos en Brest la noche del primero de año : ¿sabes? Comeremos mano á mano en *La Bolsa*. Nunca

lo hemos hecho, y esto nos divertirá. Anda, ve á que te limpien un poco la espalda (la tenía manchada toda, de estar en la cala encerrado), y vámonos.

— ¡Ah! vamos en seguida; ya me limpiaré en tierra. Van á disparar el cañonazo y no tendremos tiempo de salir.

Nos hallábamos precisamente en el fondo del puerto, muy lejos de las puertas, y emprendimos un paso muy parecido á una carrera.

Hacia la mitad del camino estábamos cuando llegó á nuestros oídos el cañonazo; no podíamos salir.

Nos vimos obliados á tornar á bordo de *La Sèvre*, donde estaba oscuro y hacía frío.

Allí, donde existía un fementido fanal, alumbrado por el bombero de guardia y metido en una jaula doble de alambres, y donde no había ni una chispa de fuego... allí pasamos la noche del primer día del año, privados de comer, por nuestra culpa, pero satisfechos y alegres, á pesar de todo, por habernos hallado otra vez y haber hecho las paces.

Y sin embargo, alguna cosa preocupaba á Ives.

— No he pensado en decir á usted esto; pero me parece que debería usted enviarme otra vez

á la prisión hasta mañana, por los otros, ¿sabe usted? que no podrán comprender...

Pero acerca de su conducta en lo porvenir no tenía él cuidado; se encontraba aquella noche muy seguro de sí mismo.

— Ahora, dijo, ya he hallado un medio seguro: nunca bajaré á tierra sino con usted, cuando usted quiera llevarme. Así... ¿comprende usted?

XLVIII

Domingo, 31 de Marzo 1881.

Toulven, en primavera; los caminos llenos de flores. El primer soplo, algo templado, sorprende deliciosamente; pasa por las copas de las hayas y las encinas, por los inmensos bosques llenos de aromas, y nos trae, á esta Bretaña oscura, efluvios de otras comarcas, reminiscencias de países más alegres. Se aproxima el verano, un verano pálido, con tardes largas, muy largas y muy dulces.

Todos hemos salido á la puerta de la cabaña: los dos ancianos Keremenen, Ives, su mujer, después Ana, Corentina y Periquillo. Los cánticos religiosos que antes oíamos á lo lejos van

aproximándose poco á poco. Es la procesión que llega sin alterar su marcha acompasada; la primera procesión de la primavera. Hela ahí, en el camino verde; va á pasar delante de nosotros.

— Aúpame, padrino, aúpame, dice Periquillo, que extiende hacia mi sus brazos para colgarse de mi cuello á fin de verlo mejor.

Pero Ives lo quiere para él, y levantándolo mucho, lo coloca encima de su cabeza; Periquillo, viéndose tan alto, se sonríe, y mete sus manos en las ramas espesas de los añosos árboles.

La bandera de la Virgen pasa; llévanla con gran recogimiento y mucha gravedad dos muchachos. Todos los hombres de Tremeulé y de Toulven los siguen, con la cabeza descubierta, viejos y jóvenes, con largos cabellos rubios, ó blancos por la edad, que caen sobre el traje bretón adornado con bordados antiguos.

Detrás vienen las mujeres, con sus corpiños negros cuajados de ojos; óyese un breve *rum rum* contenido de voces que pronuncian palabras célticas, y el que producen al agitarse las grandes cofias de muselina blanca con que adornan sus cabezas las devotas. La anciana matrona desfila detrás de todos, encorvada, andando siempre con su trotecillo menudo, siempre con su aspecto de bruja; nos dirige un saludo amistoso, y en

broma amenaza á Periquillo con el bastón en que va apoyada.

Todo aquello se aleja, y también la animación y el ruido.

Ahora vemos, por detrás y desde lejos, toda aquella fila que sube entre las estrechas paredes de musgos; todo aquel sendero lleno de cofias de alas inmensas y de golas blancas.

Se aleja, se aleja todo lentamente, formando *zig-zags*, y siempre subiendo hacia San Eloy de Toulven. ¡Es muy peregrina esta *cola* de procesión!

— ¡Oh! ¡Cuántas cofias! dice Ana, que ha sido la primera en concluir su rosario y que suelta la risa sin disimular el efecto que la producen todas aquellas cabezas blancas, aumentadas por los tubos de muselina.

Todo ha concluido, perdiéndose en las lejanías de la bóveda de hayas; ya no se ve otra cosa que el mullido verde del camino y las florecillas que brotan por todas partes; vegetaciones prematuras que no han tenido el tiempo de ver el sol y que se reúnen sobre el césped en grandes y compactas ramas de un amarillo pálido de azufre, con tintes lechosos de ámbar. Los bretones llaman á estas *primaveras*, *flores de leche*.

Tomo á Periquillo de la mano y lo llevo al

bosque, para dejar á Ives solo con sus suegros. Tienen, á lo que parece, negocios muy graves que discutir; siempre estos asuntos de interés y de particiones que en el campo forman parte muy importante de la vida.

En este caso se trata de un sueño que han forjado, ó han tenido, Ives y su mujer : reunir todo su activo y labrar una casita cubierta de pizarra en Toulven. En esta casita había de destinárseme un cuarto, para mí; mi cuarto : pensaban poner allí antigüedades de Bretaña, que son de mi agrado, y flores y plantas que me gustan. No quieren, en modo alguno, permanecer en grandes poblaciones, y menos que en ninguna en Brest : *es demasiado malo para Ives.*

— Es verdad, dice Ives, que no podré habitar muy á menudo en mi casa; pero cuando pueda venir seremos muy felices. Además, ya comprende usted que esto es para más adelante; para cuando yo me retire : estaré admirablemente en mi casa, con mi jardinito.

¡*El retiro!*... ¡Siempre el mismo sueño que los marineros forjan desde su juventud, como si la vida presente sólo fuese un tiempo de prueba! Retirarse hacia los cuarenta años, después de haber andado las siete partidas; poseer en pro-

piedad un rincón de tierra y vivir en él muy juiciosamente; sin salir de allí nunca; ser *algo* en su concejo, en su parroquia, mayordomo después de haber sido hombre de mar; diablo viejo metido á ermitaño... ¡Cuántos de éstos han sucumbido antes de llegar á esa hora apacible de la edad madura! Y sin embargo, pregúntese á cualquiera : todos piensan en eso.

La *manera segura* que Ives había discurrido para ser juicioso, le había dado excelente resultado; á bordo era el marinero ejemplar de siempre; en tierra no nos separábamos nunca.

Desde aquella jornada, que comenzó con el año 81, nuestras mutuas relaciones habían cambiado por completo : ahora nos tratábamos enteramente lo mismo que hermanos.

En *La Sèvre*, un buque pequeño en que vivíamos, existía entre los oficiales una intimidad cordialísima; Ives estaba ahora entre nosotros. En el teatro, en la fonda, en nuestras excursiones y en nuestras empresas, cualesquiera que fuesen, contábamos con Ives. Él mismo, intimidado al principio, excusándose, evitándolo, había concluido por *dejar hacer*, porque comprendía que le queríamos todos. Yo confiaba en este nuevo procedimiento, tal vez algo extraño;

intentaba acercarle á mí lo más posible, hacerle elevarse sobre su condición y alejarle de sus amigos de otros tiempos.

Esto, que hemos convenido en denominar educación, esta especie de barniz aplicado, por otra parte, muy groseramente sobre muchos otros, faltaba por completo á mi hermano Ives; pero tenía un tacto natural, una delicadeza instintiva muy poco comunes, y que no se enseñan. Cuando se hallaba entre nosotros, sabía mantenerse en su lugar siempre, y tan bien, que él mismo principiaba á encontrarse desembarazado y á gusto. Hablaba muy poco, y nunca para decir esas cosas insustanciales que todos hemos dicho alguna vez. Hasta cuando dejaba su traje de marinero para vestirse de gris oseuro, con guantes de Suecia, aunque conservaba siempre su desenvoltura de pícaro, su cabeza, algo echada atrás y su piel bronceada, adquiría ciertos aires de gran señor.

Divertíanos mucho llevarle con nosotros y presentarle á buenas y honradas gentes, á las que el silencio de Ives y su aspecto imponían y les parecía desdénoso. Y era curioso verle otra vez convertido en marinero y tan buen gaviero como siempre.

Estábamos, pues, Periquillo y yo en el bosque

de Toulven buscando y cogiendo flores, mientras duraba el consejo de familia.

Encontrábamos muchas: belloritas de color amarillo pálido; violadas clemátides, borrazas azules y rojas margaritas; las primeras de la estación.

Periquillo, muy agitado, agarraba cuantas podía, sin saber á dónde acudir, y respirando fuerte, como abrumado por un quehacer muy importante; llevábamelas amontonadas, mal cogidas todas, medio aplastadas entre sus dedos, y con los rabos demasiado cortos.

Desde la altura en que estábamos se descubría bosque hasta donde alcanzaba la vista; los negros espinos ya estaban en flor; todas las ramas, todos los tallos rojizos aparecían llenos de botones, y esperaban la primavera. Allá, muy lejos, la iglesia de Toulven elevaba en medio de aquel paisaje de árboles sus agujas grises.

Tanto tiempo habíamos permanecido en paseo, que habían enviado á Corentina como vigía al sendero verde para que diese aviso de nuestra vuelta. La veíamos desde lejos saltar, brincar y hacer mil diabluras, con su gran cofia y su gola, juguetes del viento; Corentina gritaba: « ¡Cá-talos que llegan, el Pedro grande y el Pedro

pequeño, dándose los dos las manos! » En seguida se puso á improvisar una canción, y repitió eso mismo, cantando un aire muy animado de Bretaña y bailando al compás de la música. Con su gran cofia y con su gorguera, que flotaban, parecía una muñeca acometida de locura. Adelantaba la noche, noche de Marzo, siempre triste bajo la bóveda de follaje formada por los árboles seculares.

Un vientecillo frío se había levantado de pronto y recorría el bosque como un estremecimiento de muerte, después del sol templado del día. Corentina seguía su improvisada canción y continuaba su baile:

Cátalos que llegan,
dándose las manos,
Pedro grande y chico.

Dándose las manos
Pedro grande y chico,
chico... *Bugel-du!*

Bugel-du (el hombrecito negro) era el apodo que Ives había llevado de niño, y Corentina lo daba á su primo Perico, aludiendo al color bronceado de los Kermadec. Entonces llamé á Corentina: *Moisel vienn Pen-melen* (señorita de la cabeza amarilla), y le quedó este apodo, que le

cuadraba bien, pues sus cabellos, que le salían siempre de la cofia, parecían hebras de seda de color de oro.

Todos parecían contentos en la cabaña; Ives me llevó aparte para decirme que las cosas se habían arreglado sin dificultad. El suegro les daba dos mil francos, y una tía les prestaba otros mil. Con estos tres mil francos podían comprar terreno á plazos y principiar la edificación en seguida.

Después de comer, fué necesario tomar á toda prisa el coche de Toulven y el tren de Bannalec. Ives y yo volviamos á embarcarnos y *La Sèvre* nos esperaba el en puerto.

Á cosa de las once, cuando entramos en el alojamiento interino que habíamos alquilado en la ciudad, Ives arregló en vasos llenos de agua, nuestras flores del bosque de Toulven.

Por la primera vez en su vida desempeñaba tal trabajo; admirábase él mismo de encontrar lindas aquellas pobres florecillas, en las cuales hasta entonces no había fijado su atención.

— Nada, nada, decía el buen Ives; cuando tenga yo mi casita pondré flores en ella, porque *hace bonito*. Usted, usted es quien me ha dado idea de estas cosas...

LXIX

En el mar, al día siguiente, 1° de Abril. — Rumbo hacia Saint-Nazaire. — A toda vela; brisa ruda del Noroeste; no se ven los fuegos de la playa. Entramos en el puerto al amanecer, rota la serviola, quebrado el mastelero.

El 2 es día de paga. Hombres ebrios caen por la noche en la cala y se rompen la crisma.

Nos conceden dos días de licencia cuando menos la esperábamos.

Ives y yo nos ponemos en camino para Tremulé, en Toulven. *La Sèvre* es una buena embarcación, que no nos aleja nunca por mucho tiempo.

A las diez de la noche, á la luz de la luna, llamamos á la puerta de los Keremenen y de María, que no nos esperan.

Se levanta á Periquillo á fin de que honre la visita, y se le coloca sobre nuestras rodillas. Muy sorprendido en su primer sueño, nos da los buenos días en voz baja y no vuelve á hacer caso de nosotros. Ciérranse sus ojos á pesar suyo, y su cabecita se cae á un lado y á otro.

Ives, muy inquieto al verle bajar la cabeza y

mirar hacia abajo, con los cabellos sobre los ojos, dice :

— Me parece que tiene un aire... un aire... tristón, taciturno.

Y me mira con ansiedad para adivinar lo que pienso, concibiendo temores de algo grave.

Nadie como mi pobre Ives para concebir esos temores ridículos. Hago saltar sobre mis rodillas á Periquillo, que entonces se despierta del todo, y principia á reir, abriendo mucho sus ojazos, que brillan á través de sus largas pertañas. Ives entonces se tranquiliza y reconoce que, en efecto, el aire de su hijo no es del todo triste, ni muy taciturno.

Cuando su madre le desnuda, parece una estatua griega del Amor.

LXX

Toulven, 30 de Abril.

Esto sucede en la choza de Keremenen, á la caída de la tarde, una tarde Abril.

Somos casi una tribu que volvemos de paseo : Ives, María, Ana, Coarentinita *Pen-melen* (cabeza

LXIX

En el mar, al día siguiente, 1° de Abril. — Rumbo hacia Saint-Nazaire. — A toda vela; brisa ruda del Noroeste; no se ven los fuegos de la playa. Entramos en el puerto al amanecer, rota la serviola, quebrado el mastelero.

El 2 es día de paga. Hombres ebrios caen por la noche en la cala y se rompen la crisma.

Nos conceden dos días de licencia cuando menos la esperábamos.

Ives y yo nos ponemos en camino para Tremulé, en Toulven. *La Sèvre* es una buena embarcación, que no nos aleja nunca por mucho tiempo.

A las diez de la noche, á la luz de la luna, llamamos á la puerta de los Keremenen y de María, que no nos esperan.

Se levanta á Periquillo á fin de que honre la visita, y se le coloca sobre nuestras rodillas. Muy sorprendido en su primer sueño, nos da los buenos días en voz baja y no vuelve á hacer caso de nosotros. Ciérranse sus ojos á pesar suyo, y su cabecita se cae á un lado y á otro.

Ives, muy inquieto al verle bajar la cabeza y

mirar hacia abajo, con los cabellos sobre los ojos, dice :

— Me parece que tiene un aire... un aire... tristón, taciturno.

Y me mira con ansiedad para adivinar lo que pienso, concibiendo temores de algo grave.

Nadie como mi pobre Ives para concebir esos temores ridículos. Hago saltar sobre mis rodillas á Periquillo, que entonces se despierta del todo, y principia á reir, abriendo mucho sus ojazos, que brillan á través de sus largas pertañas. Ives entonces se tranquiliza y reconoce que, en efecto, el aire de su hijo no es del todo triste, ni muy taciturno.

Cuando su madre le desnuda, parece una estatua griega del Amor.

LXX

Toulven, 30 de Abril.

Esto sucede en la choza de Keremenen, á la caída de la tarde, una tarde Abril.

Somos casi una tribu que volvemos de paseo : Ives, María, Ana, Coarentinita *Pen-melen* (cabeza

amarilla; Periquillo, *Bugel-du* (hombrecito negro) y yo.

En la cabaña hay encendidas cuatro teas (*Tres serían la boda del gato, y es de mal agüero*).

Encima de la antigua mesa de encina maciza, pulimentada por los años, se ha preparado papel, plumas y arena. Alrededor hay colocados bancos. Cosas muy solemnes van á ocurrir.

Depositamos nuestra colecta de hierba y de flores que llevan á la cabaña negra aromas de Abril, y en seguida tomamos asiento.

Aun entran dos ancianas, muy graves; saludan haciendo una reverencia, merced á la cual se levantan sus grandes golas, y toman asiento en la esquina del banco. Llega después Pedro Kerbras, el novio de Ana. En fin, todos estamos colocados; la cabaña está completamente llena.

Es la noche solemne consagrada á los arreglos de familia; noche en la cual los Keremenen, padres, van á realizar la promesa hecha á sus hijos. Ambos Keremenen se levantan para abrir un baúl antiguo, cuyas esculturas representan *Sagrados Corazones*, alternando con gallos de la Pasión; remueven papeles, agitan ropa y después, de lo más hondo del cofre, sacan un taleguillo lleno de algo que parece bastante pesado. En seguida van á su cama y mueven la paja

del jergón y sacan de debajo : ¡ un segundo taleguillo!

Los suegros vacían sobre la mesa, delante de su yerno, los dos sacos, y aparecen entonces todas aquellas monedas de oro y de plata, acuñadas con antiguos bustos que durante medio siglo han sido reunidas una á una y dormían. Se procede á contarlas por pequeñas cantidades : son los dos mil francos prometidos.

Llega el turno á la tía, que se levanta y viene á vaciar el tercer saco : mil francos más, en oro.

La vecina se levanta la última; lleva quinientos francos más metidos en el pie de una calceta. Todo esto es para prestarlo á Ives; todo se apila delante de él. Ives firma dos simples recibos en papel común, y los entrega á las prestamistas, que saludan para salir, y á quienes, como la costumbre dispone, se obliga á permanecer para que beban con nosotros una copa de sidra.

Se acabó. Todo se ha hecho sin notario, sin escritura, sin acta, sin discusión; con una confianza y una buena fe características en Toulven. ¡ Pam! ¡ Pam! ¡ Pam! á la puerta. Es el maestro de obras, que llega muy oportunamente. Con éste ya es preciso emplear papel sellado; es un pícaro de Quimper, entrado en años, que solamente masculla á medias el francés, pero que me

parece algo solapado, á pesar de sus modales de hombre de la ciudad.

Estoy encargado de hacerle comprender un plano de casa que Ives y yo hemos ideado en nuestras veladas á bordo; plano en el cual figura *mi cuarto*. Discuto la elaboración de las cosas más insignificantes y el precio de los materiales, dándome aires de muy entendido, con lo cual impongo al viejo; pero á Ives y á mí nos da risa cuando nuestras miradas se encuentran.

En un pliego de papel sellado de á doce sueldos escribo dos páginas de cláusulas y condiciones:

«Una casa, labrada de granito; cimentada con *arena de río*, blanqueada con cal, el maderamen de castaño; jardín delante, granero con ventana, balcones pintados de verde, etc., etc., todo terminado antes del día 1° de Mayo del año próximo venidero, y por el precio, fijado de antemano, de 2.950 francos.»

Tengo verdadero cansancio á consecuencia de este trabajo y de esta tensión del espíritu; estoy asombrado de mí mismo, y les veo á todos maravillados de mi provisión y de mi economía. ¡Parece increíble, inaudito, lo que esta buena gente me obliga á hacer!

En fin, el contrato se redacta y se firma. Se

bebe sidra, estrechándose todos las manos. Y cá-tate á Ives propietario en Toulven. María y él parecen muy contentos; no me arrepiento de mi trabajo.

Las dos ancianas se despiden definitivamente; los demás, Periquillo inclusive, que no ha querido acostarse, vienen; disfrutando la hermosura de la noche, para acompañarme, á la luz de la luna, hasta mi posada.

Toulven, 1° de Mayo de 1881.

Ives y yo estamos muy atareados desde la mañana midiendo con una cuerda el terreno que hay que comprar; el suegro de Ives nos ayuda en esa tarea.

Por el pronto ha sido preciso escoger, y esto nos llevó toda la mañana de ayer. Para Ives era esta cuestión muy seria; se trataba de determinar el emplazamiento de esta casita, donde entreveía, en el fondo de una extraña y melancólica lontananza, su retiro, su vejez, su muerte.

Después de muchas idas y venidas nos hemos decidido por este sitio. Se halla á la entrada de Toulven, en el camino que conduce á Rosporden, un paraje elevado delante de una plazuela de aldea que hoy está animada por un pueblo de al-

borotadoras gallinas y de muchachas coloradotas. De un lado se verá Toulven y su iglesia, y del otro el inmenso bosque.

Por el pronto, esto no es todavía más que un campo de avena muy verde. Lo hemos medido á conciencia en todas direcciones; según el precio que en este sitio alcanza el metro cuadrado, será necesario gastar 1.490 francos, y además los honorarios del escribano y gastos de escritura.

¡Qué juicioso y qué económico habrá de ser Ives en lo sucesivo para hacer ahorros con que pagar todo esto! Cuando piensa en esto, se pone serio.

LXXI

Á bordo de La Sèvre, Mayo de 1881.

Ives, que cumplirá muy pronto treinta años, me suplica que le lleve de tierra un cuaderno no empastado para comenzar á escribir en él sus impresiones, á mi manera; deplora al mismo tiempo no acordarse bien de fechas y de sucesos para *reconstruir* un diario retrospectivo de su vida.

Su inteligencia se abre á una infinidad de ideas nuevas; Ives se *modeta* sobre mí, es incon-

testable, y se *complica* tal vez algo más de lo conveniente. Pero nuestra intimidad trae otro resultado que yo estaba muy lejos de esperar; es á saber que así como Ives se *complica*, yo me *simplifico* á su contacto; él cambia mucho, y yo cambio casi tanto como él.

Brest, Junio de 1881.

Son las seis de la tarde del día de San Juan; Ives y yo volvemos de la romería de Plougastel en la imperial de un ómnibus de campo.

Nuestra *Sèvre* había llegado en Mayo hasta Argel, y sentíamos mejor, por el contraste, el acento particular del país bretón.

Los caballos iban á escape, completamente engalanados con cintas y llevando en la cabeza banderas y ramas verdes. En el interior iban cantando, y arriba, cerca de nosotros, tres marineros ebrios bailaban, el gorro sobre la oreja, flores en los ojales, cintas en todas partes, pitos, y para burlarse de las gentes de vista débil llevaban lentes azules; eran tres jovencillos, de cabeza inteligente y de no mal aire, que corrían su *juerga* de marcha antes de embarcarse para China.

Tres paisanos se hubieran rotó el bautismo cien veces; ellos, que habían bebido con exceso,

se mantenían firmes, saltaban como cabras, y el ómnibus seguía á todo correr, de derecha á izquierda, en los carriles, guiado por su mayoral, también borracho.

En Plougastel habíamos encontrado el ruido de una feria de aldea: caballitos de madera, una enana, *una gigante*, la familia *Carnero*, que se deshuesa (hace ejercicios de dislocación), y juegos en las tabernas. En otro lado, sobre una plaza aislada, rodeada de chozas, instrumentos característicos de la comarca dejan oír un aire rápido y monótono, como el de las gaitas de otros países, aire que pertenece á tiempos ya lejanos; hombres y mujeres, que visten trajes también antiguos, bailan al son de esta música secular; cogidos unos á otros de las manos corren, y corren y corren como locos en larga fila, de la cual parece haberse apoderado el frenesí de la carrera. Esto... esto es la Bretaña antigua, dando todavía su nota salvaje á las puertas mismas de Brest, en medio de aquel ruido de feria.

Ives y yo pretendimos sosegar á los marineros borrachos y hacerles sentarse.

Después encontramos risible vernos convertidos en predicadores.

— En realidad, dije, otras cosas hemos hecho nosotros.

— Seguramente, dijo Ives muy convencido.

Nos limitamos, por consiguiente, á tender nuestros brazos entre los montantes de hierro para impedir, al menos, que los borrachos fuesen á tierra.

Los caminos y las veredas están completamente llenos de gentes que regresan de la romería y que se espantan viendo pasar este carruaje de locos y aquellos tres marineros que bailan encima del coche.

Los esplendores de Junio arrojan sobre todas estas montañas su encanto y su vida; la brisa es dulce y templada bajo el cielo gris; los henos altos, llenos de flores rojas; los árboles, de un verde esmeralda, llenos de brotes.

Los tres marineros continúan cantando y bailando, y á cada copla los del interior entonan un estribillo, que dice :

Se partió con viento largo,
bordeando tornará.

Los cristales del coche vibraban este mismo canto; este aire, siempre el mismo, repetido durante dos horas, es un antiquísimo aire francés, tan viejo y aun joven, de una alegría tan fresca y de tan buena ley, que al cabo de un rato también nosotros cantábamos con ellos.

¡Qué hermosa es, y qué verde y cuán rejuvenecida parecía Bretaña al sol de Junio!

Nosotros, pobres gentes de mar, cuando hallamos la primavera en nuestro camino, gozamos mucho más que otros, en razón á las condiciones de nuestra existencia; *secuestrados* allí en aquellos conventos de planchas metálicas. Ocho años hacía que Ives no había visto su primavera bretona, y ambos habíamos padecido mucho tiempo por los rigores del invierno ó por los de ese estío interminable que resplandece allá, en el inmenso mar azulado, y nos dejábamos embriagar por las vistas del heno verde, por los aromas suaves de las flores, por todos estos encantos de Junio que el lenguaje humano es impotente para pintar.

Aún hay días hermosos en la vida; horas felices de juventud. ¡Al infierno todas las meditaciones melancólicas, todos los sueños tristes de los poetas! Sienta muy bien correr, el pecho contra el viento, en compañía de los más alegres hijos del pueblo. La salud, la juventud; esto es lo único que hay de verdadero en la tierra, con la alegría sencilla y brutal y las canciones de los marineros.

Caminábamos siempre con celeridad, serpenteando sobre el camino en medio de aquellas

gentes, entre las gigantescas acacias que forman dos hileras verdes y bajo la espesa bóveda de árboles.

Pronto apareció Brest, con su aspecto solemne, sus grandes fortificaciones de granito, sus murallones grises en que brotaban musgos y parietarias. Aquella ciudad triste parecía embriagada al gozar casualmente un verdadero día de verano, una tarde pura y templada; estaba llena de ruidos, de movimiento y de gente: mujeres de cofias blancas y marineros que cantaban alegremente.

LXXII

5 de Julio de 1881.

En el mar. — Regresamos de *La Mancha*. *La Sèvre* camina suavemente entre una bruma espesa, lanzando de minuto en minuto agudos silbidos que resuenan como gritos de desesperación sobre aquel húmedo sudario que nos rodea. Las soledades oscuras se hallan alrededor nuestro; las adivinamos sin verlas. Parece como si arrastrásemos con nosotros larguísimos velos de tinieblas; celebraríamos romperlos; nos sentimos como oprimidos de ir, durante tantas ho-

ras, encerrados debajo de aquel velo que se nos antoja inmenso, infinito. Creemos entonces que podríamos andar leguas y leguas en la misma oscuridad, en la misma atmósfera de agua. La ola pasa lenta, blanda, regular, paciente, desesperante. Es como una espalda gigantesca, lisa y reluciente, que al elevar los hombros nos levanta y después nos dejara caer de repente.

De pronto, en la tarde, aparece un rayo de luz y muy cerca de nosotros se levanta una cosa inesperada, sorprendente, como un fantasma enorme que surgiese del mar.

— *Ar men Du!* (las Piedras Negras), grita el piloto.

Al mismo tiempo el velo oscuro que nos rodeaba se desgarró por todas partes. Aparece á nuestra vista Ouessant; sus rocas sombrías, sus escollos se dibujan en cuadros oscuros, azotados por grandes surtidores de blancas espumas, bajo un cielo que pesa como un globo plomizo.

Apenas queda el tiempo necesario para variar el rumbo; pronto, mientras la luz dura, *La Sèvre* dirige la proa hacia Brest; ya no lanza silbidos; se apresura con esperanza de llegar. Pero lentamente los velos caen de nuevo y se cierran como antes: la noche llega, ya no se ve, es necesario mantenerse á la capa.

Así pasan tres días, sin ver absolutamente nada: los ojos están fatigados de velar.

Esta es mi última travesía en *La Sèvre*, que debo abandonar así que regresemos á Brest. Ives, con sus ideas supersticiosas de bretón, halla algo de extraño en esta bruma que persiste en pleno verano, como para retrasar mi partida.

Esto le parece una advertencia y un mal agüero.

LXXIII

Brest, 9 de Julio de 1881.

Acabamos de llegar en este momento; este es mi último día de guardia á bordo: mañana desembarco.

Estamos en este fondo del puerto de Brest, donde *La Sèvre* viene de cuando en cuando á inmovilizarse entre dos murallas. Elevadas construcciones tristes nos abruma; en rededor nuestro cientos de rocas primitivas sirven de fortificaciones, de caminos de ronda y forman un pesado andamio de granito que mana por todas partes, y al mismo tiempo, humedad y tristeza. Me sé de memoria todo esto.

Como estamos en Julio, se ven musgos, parie-

tarias y otras plantas brotando de las paredes; es el único indicio del verano en esta ciudad sin sol.

Experimento, á pesar de todo, una especie de regocijo por mi partida... Esta Bretaña me produce siempre una opresión melancólica, y cuando sueño en lo nuevo, en lo desconocido que me espera, paréceme que voy á despertarme y á salir de una noche... ¿Adónde me enviarán? ¿Quién lo sabe! ¿Cómo se nombrará el rincón de la tierra donde habré de aclimatarme mañana? Indudablemente algún país con sol, donde me convertiré en otro *yo*, con sentidos distintos y donde ¡ay! acaso olvidaré las cosas que en otras partes he amado.

La idea de separarme de mi pobre Ives y de Periquillo me causa pena.

¡Pobre Ives! Él, que tantas veces se ha hecho tratar como niño mal criado y antojadizo, me rodea ahora de cuidados, casi pueriles, y no sabe qué hacer para demostrarme su cariño. Esto tiene en Ives tanto más valor, cuanto menos está en su manera de ser ordinaria.

El tiempo que hemos pasado juntos, en una intimidad fraternal de todos los días, de todas las horas, no ha estado exento de borrascas. Ives, desgraciadamente, sigue mereciendo un

poco las notas de indómito y de indisciplinado; algo hemos ganado, sin embargo, y si hubiese yo podido conservarlo á mi lado, creo que hubiera conseguido salvarlo.

Después de la comida subimos al puente para dar nuestro acostumbrado paseo vespertino.

Le digo por última vez:

— Ives, hazme un cigarrillo.

Y comenzamos nuestros cien pasos regulares sobre las planchas de *La Sèvre*. En ellas ambos sabemos de memoria los agujerillos donde se estanca el agua, todos los clavos donde se enganchan los pies, todas las anillas donde se tropieza.

El cielo está nublado sobre nuestro último paseo; la luna brumosa, el aire húmedo. En las lejanías, hacia el lado de Recouvrance, siempre los eternos cantos de los marineros.

Hablamos de mil cosas. Doy á Ives muchos consejos; él, muy sumiso, responde ofreciendo mucho; ya es muy tarde cuando me deja para ir á dormir en su hamaca.

Á las doce del día siguiente: mis maletas medio cerradas y mis visitas sin hacer, me encuentro en la estación con Ives y con los amigos que me acompañan. Estrecho á todos las manos, creo que hasta les beso, y parto.

Al anochecer llego á Toulven, donde he que-

rido detenerme dos horas para despedirme de la familia de Ives.

¡Qué verde y qué florido es Toulven, esta comarca fresca y umbria, la más hermosa de Bretaña!

Allí se me aguardaba para cortar los cabellos á Periquillo. La idea de que me pudiera ser encomendada esa tarea no me había pasado por la imaginación. Dijéronme que nadie más que yo podía conseguir que se estuviera quieto. La semana anterior habían llamado al barbero de Toulven; pero Periquillo había dado tales gritos y había hecho tantas diabluras, que había sido necesario renunciar á la operación. Procuré, pues, por darles gusto, pelar á mi ahijado, y lo hice sin poder contener mi risa.

Cuando hube terminado, se me antojó guardar uno de aquellos mechoncillos oscuros que yo acababa de cortar, y me lo llevé, asombrándome yo mismo de conceder á esta niñería tanta importancia.

LXXIV

CARTA DE IVES

À bordo de *La Sèvre*, Lisboa, 1.º de Agosto de 1881.

« Querido hermano: Contesto en el día mismo en que recibo la carta de usted. Escribo á la carrera, y eso que aprovecho la hora del desayuno y estoy en el astillero del palo mayor.

» Ayer por la tarde hemos entrado en este puerto. Hermano mío, esta vez hemos corrido un mal temporal; hemos perdido los foques y el mástil de popa. Hago á usted sabedor de que en los grandes movimientos del barco mi saco y mi armario se han ido á paseo, así como todos mis efectos; unos cien francos he perdido en todo esto.

» Me pregunta usted qué hice del día el domingo de hace dos semanas. Pues, hermano mío, me quedé á bordo y acabé de leer *El capitán Fracassa*. Desde la marcha de usted no he bajado á tierra sino el domingo último, y podía bajar tranquilo, porque antes había enviado á casa todo mi dinero del mes; había cobrado

sesenta y nueve francos y envié á mi mujer sesenta y cinco.

» He tenido noticias de Toulven; todos están bien. Periquillo está ya muy desentumecido y sabe correr. Es un poco travieso, y en casa todo lo tira patas arriba. La obra de nuestra casa tiene ya más de dos metros de altura. Mucho me alegraré cuando esté concluida y si le veo á usted instalado en su cuartito.

» Querido hermano : usted me encarga que piense en usted; juro que no se pasa una hora sin que le recuerde alguna vez, y aun muchas veces en una hora.

» No puedo decir á usted con seguridad el día de nuestra marcha; pero suplico á usted que me escriba á Orán. Se dice que allí nos pagarán para que podamos ir á tierra á comprar tabaco.

» Concluyo, querido hermano, enviando á usted, con todo mi corazón, un abrazo. Su hermano cariñoso que le quiere siempre.

IVES KERMADEC.

» *P. D.* — Si tengo bastante dinero en Orán, haré gran provisión de tabaco; sobre todo para usted, de aquel que se parece al tabaco de los turcos y que usted fuma de tan buena gana.

» El mayordomo me ha entregado para usted

una servilleta; la última que usted usó en la mesa. La he lavado, y al lavarla la he roto un poco.

» El cuaderno que usted me dió para escribir mis historias, quedó destrozado en la borrasca. Querido hermano, le abraza á usted otra vez con todo el corazón,

IVES KERMADEC.

» Á bordo todo sigue lo mismo, y el comandante no ha perdido la costumbre de gritar por la limpieza del puente. Hubo una gran disputa entre él y el segundo jefe, pero ya se han arreglado.

» Quiero decir á usted que dentro de siete ú ocho meses creo que tendré otro chiquillo. No crea usted que esto me alegra mucho, porque vamos un poco de prisa. — Su hermano, *Ives.* »

LXXV

Las cartas de Ives vienen al Oriente á buscarme; esas cartas, en su sencillez, me traen hasta aquí perfumes, ya lejanos, de las comarcas bretonas.

Mucho se alejan mis recuerdos de Bretaña. Ya

los veo pasar como á través de las neblinas del sueño; sueños me parecen los escollos conocidos de allá abajo, los fuegos de la costa, el cabo de Finisterre con sus inmensas rocas sombrías, las cercanías peligrosas de Ouessant en las tardes de invierno y el viento que corría bajo el cielo triste á la entrada de las noches de Diciembre. Desde aquí todo eso me parece la visión de un país negro.

¡La pobre chocita de Toulven! ¡Qué humilde era! Hallábase perdida al borde de un camino bretón. Pero aquella era la comarca de los inmensos bosques de hayas, de las rocas oscuras, de los líquenes y los musgos; de las antiguas capillas de granito. Aquí, arena y minaretes blancos, bajo una bóveda muy azul, y después el sol, el hechicero eterno.

LXXVI

CARTA DE IVES

Brest, 10 de Septiembre de 1881.

« Querido hermano: Participo á usted que han desarmado *La Sèvre*; la hemos enviado ayer á la dirección, y para decir la verdad, no lo siento.

» Me propongo permanecer algún tiempo en tierra, en el cuartel; también (como nuestra casita no está aún muy adelantada, ya lo comprende usted) mi mujer ha venido á establecerse conmigo en Brest, hasta que la *finca* esté acabada. Me parece, querido hermano, que usted creerá que hemos hecho bien. Esta vez hemos alquilado un cuarto casi en el campo, en Recouvrance, al lado de Pontaniou.

» Querido hermano: yo diría á usted que Periquillo ha estado muy enfermo de un cólico por haber comido muchas *moras* del bosque en la tarde del último domingo que estuvimos en Toulven; pero ya pasó. Se está haciendo muy mono, y me paso los horas muertas jugando con él. Por las tardes salimos á pasearnos los tres; nunca salimos sino juntos, y después, cuando entra uno, los otros dos también entran.

» Querido hermano: si pudiera usted volver á Brest, no nos faltaría ya nada. Usted me vería como soy ahora, y creo que quedaría usted contento, porque nunca he estado tan tranquilo.

» Celebraría yo embarcarme con usted otra vez, hermano mío, ó caer en un buque que fuese allá abajo, del lado de Levante, para ir á encontrarme con usted. Sin embargo, aseguro á usted que deseo seguir en la vida que llevo ahora;

pero esto no será posible, porque soy demasiado dichoso.

» Terminó enviando á usted un abrazo con todo mi corazón. Periquillo envía á usted sus respetos. Mi mujer y todos mis parientes de Toulven me encargan de á usted expresiones. Tienen todos muchos deseos de ver á usted; y aseguro que yo también. Su hermano,

IVES KERMADEC. »

LXXVII

Toulven, Octubre 1881.

¡ Otra vez la pálida Bretaña al sol de Otoño!
 ¡ Otra vez los antiguos senderos bretones y las hayas y las malezas! Creía yo haberme despedido de este país por mucho tiempo, y vuelvo á encontrarle con extraña melancolía. Mi regreso ha sido brusco, inesperado, como lo son siempre los regresos y las partidas de los marinos.

Hermoso día de Octubre, sol templado, vaporcillos ligeros y blancos esparcidos como un velo por toda la campiña. Adviértese por todas partes la majestuosa tranquilidad que caracteriza los últimos días buenos; ya se aspiran olores de hu-

medad y de ojas caídas, y perfumes de otoño saturando la atmósfera. Estoy en los bosques conocidos de Tremeulê, en la altura desde la cual se domina toda la comarca de Toulven. Á mis pies el estanque, inmóvil bajo los vapores que descenden; á lo lejos horizontes de arboledas espesas como debieron serlo en los antiguos tiempos de las Galias.

Los que están allá, cerca de mí, sentados entre las mil florecillas de las malezas, son mis amigos de Bretaña; mi hermano Ives y Periquillo, su hijo.

Algo tiene de mío ahora este país de Toulven.

Hace muy pocos años esta tierra era completamente extraña para mí; el mismo Ives, á quien ya daba yo el nombre de hermano, significaba muy poco en mi vida. Los aspectos de la existencia varían; todo llega, y se transforma, y pasa.

¡ Hay tantos brezos que desde lejos parecen una alfombra rojiza! Aún tienen flores las tardías escabiosas en lo más alto de sus tallos largos; y los primeros turbiones que han sobrevenido han dejado el suelo cubierto de hojas muertas.

Era cierto lo que Ives me había escrito: se había hecho muy juicioso. Había sido colocado en un buque de estación en Brest, y esta circunstancia parecía asegurarle una permanencia de

dos años en su país. María se había instalado con él en el barrio de Recouvrance, esperando su casita de Toulven, que iban levantando con mucha lentitud, con paredes espesas y sólidas, á la antigua usanza.

La mujer de Ives había acogido como una bendición de Dios mi regreso inesperado, porque mi presencia en Brest, cerca de ellos, la tranquilizaba mucho.

Ives se había hecho muy juicioso; así, sencillamente, de pronto, sin que se supiese qué circunstancias decisivas habían operado aquel cambio; costaba mucho trabajo creerlo! María me hablaba de esa felicidad presente con miedo; aludía á ella como á esas cosas mudables, fugitivas, que teme uno desvanecer con sólo nombrarlas.

LXXVIII

Un día, el demonio del alcohol tornó á pasar por su calle. Ives volvió á su casa con aquella mirada mala é insegura que tanto asustaba á María.

Era un domingo de Octubre. Llegaba de á bordo donde, según decía, había sido castigado injustamente; Ives se había fugado de su pri-

sión. Parecía furioso; el cuello azul completamente desgarrado, la camisa del todo abierta.

María intentó hablarle con dulzura, quiso calmarle. Era precisamente un día hermoso. Hacía un tiempo de fin de otoño, que tiene cierta melancolía apacible, parecida al último descanso antes del invierno. Habíase engalanado María con su falda hermosa y su gola bordada; había puesto á Periquillo los trapitos de cristianar, esperando que saldrían los tres á tomar aquel sol hermoso y templado. Por la calle pasaban numerosas parejas con sus trajes del domingo, que se dirigían á los caminos ó á los buques, lo mismo que en primavera.

Pero no, nada importaba todo eso; Ives había ya pronunciado las horribles palabras de sus momentos de bestia: « Me voy á buscar á mis amigos. » Se había concluido.

Entonces, conociendo que su cabeza se desvanecía por el dolor, la pobre María quiso intentar un recurso supremo; mientras Ives miraba á la calle, había cerrado la puerta, dando dos vueltas á la llave, que guardó en el justillo. Pero Ives, que comprendió lo que María acababa de hacer, comenzó á decirle, baja la cabeza y sombríos los ojos: « Abre, abre... ¿ No me oyes? Te digo que abras. »

dos años en su país. María se había instalado con él en el barrio de Recouvrance, esperando su casita de Toulven, que iban levantando con mucha lentitud, con paredes espesas y sólidas, á la antigua usanza.

La mujer de Ives había acogido como una bendición de Dios mi regreso inesperado, porque mi presencia en Brest, cerca de ellos, la tranquilizaba mucho.

Ives se había hecho muy juicioso; así, sencillamente, de pronto, sin que se supiese qué circunstancias decisivas habían operado aquel cambio; costaba mucho trabajo creerlo! María me hablaba de esa felicidad presente con miedo; aludía á ella como á esas cosas mudables, fugitivas, que teme uno desvanecer con sólo nombrarlas.

LXXVIII

Un día, el demonio del alcohol tornó á pasar por su calle. Ives volvió á su casa con aquella mirada mala é insegura que tanto asustaba á María.

Era un domingo de Octubre. Llegaba de á bordo donde, según decía, había sido castigado injustamente; Ives se había fugado de su pri-

sión. Parecía furioso; el cuello azul completamente desgarrado, la camisa del todo abierta.

María intentó hablarle con dulzura, quiso calmarle. Era precisamente un día hermoso. Hacía un tiempo de fin de otoño, que tiene cierta melancolía apacible, parecida al último descanso antes del invierno. Habíase engalanado María con su falda hermosa y su gola bordada; había puesto á Periquillo los trapitos de cristianar, esperando que saldrían los tres á tomar aquel sol hermoso y templado. Por la calle pasaban numerosas parejas con sus trajes del domingo, que se dirigían á los caminos ó á los buques, lo mismo que en primavera.

Pero no, nada importaba todo eso; Ives había ya pronunciado las horribles palabras de sus momentos de bestia: « Me voy á buscar á mis amigos. » Se había concluido.

Entonces, conociendo que su cabeza se desvanecía por el dolor, la pobre María quiso intentar un recurso supremo; mientras Ives miraba á la calle, había cerrado la puerta, dando dos vueltas á la llave, que guardó en el justillo. Pero Ives, que comprendió lo que María acababa de hacer, comenzó á decirle, baja la cabeza y sombríos los ojos: « Abre, abre... ¿ No me oyes? Te digo que abras. »

Intentó sacudir la puerta... algo le impedía romperla... cosa que habría podido hacer fácilmente. Pero no; Ives quería que su mujer, que la había cerrado, viniese ella misma á abrirla. Y daba vueltas en el cuarto como animal salvaje, repitiendo siempre :

— ¡Abre! ¿Me oyes? ¡Te digo que me abras!

De la calle subían á la estancia los alegres ruidos del domingo. Las mujeres, con sus cofias inmensas, pasaban del brazo de sus amantes ó de sus maridos. El sol puro de otoño los alumbraba con su luz tranquila.

Ives pateaba y seguía diciendo en voz muy baja : « Abre... ; te digo que me abras ! »

Era la primera vez que María intentaba detenerle por fuerza ; comprendía que aquella tentativa saldría mal, y comenzaba á tener un miedo horrible. Sin mirar á su marido, María se había arrodillado en un rincón del cuarto y rezaba en voz alta y muy de prisa, como loca. Parecía que se aproximaba un momento terrible, y que lo que sucedería ahora iba á ser más espantoso que cuanto antes había ocurrido. Periquillo, de pie, abría mucho sus ojazos negros y profundos ; no sabía de qué, pero también tenía miedo.

— ¿Conque no? ¿No quieres abrirme la

puerta? ¡Ah! Yo la arrancaré... Ya verás.

Una sacudida hizo temblar el pavimento ; oyóse después un ruido sordo y horrible. Ives había caído al suelo cuan largo era. El agarrador por donde había querido coger la puerta había quedado entre sus manos, arrancado de cuajo, y entonces había caído violentamente hacia atrás, sobre su hijo, cuya cabecita había chocado con uno de los morillos de la chimenea...

¡Ah!... Se verificó entonces un cambio repentino. María dejó de rezar ; se levantó, dilatados y feroces los ojos, para arrancar su hijo de las manos de Ives, que quería levantarle. Periquillo había caído sin gritar, sobrecogido al ser golpeado por su padre ; corría sangre por su frente, y no decía nada. María, estrechándole siempre contra su pecho, sacó la llave del justillo y abrió de par en par la puerta. Ives la contemplaba, asustado á su vez. María retrocedió y le dijo gritando : « ¡Vete, vete, vete! »

¡Pobre Ives!... Ahora vacilaba y procuraba comprender lo ocurrido. Ya no quería aquella salida que se le presentaba ahora ; tenía un vago presentimiento de que franquear aquel umbral tendría consecuencias funestas. Después, aquella sangre que veía en el rostro de su hijo y en su golita... Sí, Ives comprendía, quería acercarse á

María y á su hijo. Pasaba la mano por la frente conociendo que estaba ebrio, y realizando esfuerzos grandísimos para explicarse lo que sucedía... Pero no, no podía; no comprendía nada; el alcohol, los amigos que le esperaban abajo... No sabía más. María continuaba repitiendo: « ¡Vete, vete, vete! »

Ives entonces dió media vuelta, salió á la escalera y partió.

— ¡Calle! ¿Es usted, Kermadec?

— Sí, señor Kerjeán.

— ¿Y para embarcarse?

— Sí, señor Kerjeán.

— Pues creía yo que se había usted casado.

Alguien de Paimpol, el bueno de Lisbate, si no me equivoco, me contó que era usted padre de familia.

Ives se encogió de hombros con aire de indiferencia, y dijo:

— Si necesita usted gente, señor Kerjeán, me convendría embarcarme con usted.

No era la primera vez que este capitán Kerjeán contrataba á los desertores. Comprendió en

seguida. Sabía cómo se les toma y después cómo se les lleva. Su bareo, *La Bella Rosa*, que navegaba con bandera americana, salía al día siguiente para California. Ives lo convenía. Era una adquisición excelente para su negocio.

Aisláronse ambos para bosquejar, en voz baja, su contrato bilateral.

Esto sucedía en el puerto del Comercio dos días después de haber salido Ives de su casa.

La vispera había ido á Reconvrance, rozando con las paredes, para adquirir, sin ser visto, noticias de su hijo. Habíale visto, desde lejos, con la frente vendada y mirando pasar la gente asomado á la ventana. Entonces, suficientemente tranquilizado, había retrocedido para buscar á sus amigos: aún le duraba la borrachera.

Aquella mañana, al nacer el día, había despertado Ives sobre un cobertizo del muelle, donde sus amigos le habían acostado. La borrachera había pasado por completo. Seguía el mismo tiempo fresco y puro de Octubre; los objetos conservaban su aspecto de siempre, como si nada ocurriera; Ives pensó con enternecimiento en su hijo y en María, pronto á levantarse para ir en su busca y pedirles perdón. Necesitó pensar un momento para acor-

darse de todo y comprender que estaba perdido para siempre.

¿Volver á su lado ahora? ¡Oh! Nunca. ¡Qué vergüenza!

Por otra parte, el haberse escapado del buque tenía ya señalado grave castigo; el haber permanecido como desertor tres días... aquello no tenía ya remedio. Adoptar aún las mismas resoluciones mil veces tomadas; hacer otra vez las mismas promesas; pronunciar de nuevo las mismas palabras de arrepentimiento... ¡Oh! ¡No! ¡Basta, basta! Pensar en esto le hacía sonreír sombríamente de compasión y de asco.

Además, su mujer le había dicho ¡vete! ¡vete!... Ives lo recordaba bien, como recordaba la mirada de odio que le lanzó María cuando le señalaba la puerta. No importaba que lo hubiese merecido; Ives habituado á ser en su casa dueño y señor, nunca podría perdonar aquello. María le había arrojado de casa; corriente: él había partido, seguiría su suerte... y su mujer no volvería á verle.

Esta reincidencia, esta nueva caída era para el pobre Ives más odiosa y más repugnante después del hermoso pasado de paz honrada, durante el cual había comprendido y adivinado una vida más elevada y más digna; esta recaída en

la abyección parecía algo de fatal y decisivo. Advirtió entonces que estaba cubierto de polvo, de barro, de desperdicios inmundos, y comenzó á limpiarse levantando la cabeza que, poco á poco, adquirió al despertar expresión desdenosa y dura.

¡Haber caído como un bruto sobre su hijo y haberle herido hasta en su pobre frentecita! Él mismo se consideraba un miserable muy repulsivo.

Rompía las paredes de una caja que vio inmediata á él, y á media voz, después de hacer dirigido una mirada instintiva para cerciorarse de que estaba solo, se dirigió á sí mismo las más odiosas injurias del vocabulario de los marineros.

Ahora estaba de pie, con su aspecto altivo y antipático.

¡Desertar! ¡Si algún barco pudiera llevarle en seguida! No debe de ser difícil hallar uno; justamente había muchísimos aquellos días en los muelles. ¡Oh! sí, sí; desertar á toda costa; desertar para no volver nunca.

La determinación había sido tomada con una voluntad implacable. Dirigiase hacia los barcos erguido, con la cabeza alta, con la tenacidad bretona pintada en los ojos medio cerrados y en sus fruncidas cejas.

— Nada valgo, se decía á sí mismo; lo sé, lo sabía: han debido dejarme solo. He hecho cuando he podido; pero soy de este modo, y no tengo la culpa.

Acaso tenía razón: *no era suya la culpa.*

En aquel momento era irresponsable; cedía á influencias lejanas y misteriosas que llevaba en su misma sangre. Padecía la ley de la herencia de una familia y de una raza.

LXXX

A las dos de aquel mismo día, después de cerrado el trato, compró Ives las ropas de miembro de la marina mercante, y después de haber cambiado clandestinamente de traje en una taberna del muelle, subió á bordo de *La Bella Rosa*.

Se puso á recorrer el barco, que le pareció casi desmantelado; tenía aspecto de rudeza salvaje; parecía, sin embargo, sólido y fuerte, labrado para la carrera y para los peligros del mar.

Comparado con los buques de guerra, aquél era pequeño, corto y, sobre todo, vacío; parecía abandonado, casi nadie había á bordo; aun en el anclaje esta soledad oprimía el corazón. Tres

ó cuatro truhanes había allí, paseando sobre el puente, que parecían toda la tripulación y que iban á ser los únicos compañeros de Ives, quizás por muchos años.

Comenzaron por mirarse unos á otros antes de hablarse.

Todo el día persistió el mismo hermoso tiempo templado y tranquilo, esta especie de verano melancólico de fin de estación que inspiraba recogimiento. La calma recordaba á Ives lo irrevocable de su resolución. Le enseñaron su armario; pero Ives no tenía casi nada que poner en el tal armario. Lavóse bien con agua fresca y se arregló con cierta coquetería el traje nuevo; ya no era la librea del Estado, que tantas veces le había parecido parda; sentíase libre, desligado de todos sus antiguos lazos, casi tanto como lo estaría por la muerte. Obstinábase en gozar de su independencia.

La Bella Rosa debía partir á la marea de la mañana siguiente.

Ives preveía de lejos la vida de mar que comenzaba de la manera que tanto tiempo había deseado. Muchos años hacía que estaba persiguiéndole constantemente este pensamiento de desertar; ahora el pensamiento se había realizado. El haber adoptado esta resolución le

elevaba á sus propios ojos; el hallarse fuera de la ley le engrandecía; ahora que era desertor no se avergonzaba de volver á presentarse á María, y él mismo se decía que tendría el valor necesario para ir á su casa aquella noche antes de partir á los mares para llevarle el dinero que había tomado.

En ciertos momentos, cuando el semblante de su Periquillo pasaba ante sus ojos, el corazón se le desgarraba horriblemente; aquel barco silencioso y vacío le causaba el mismo efecto de un ataúd en que él mismo, vivo todavía, hubiera venido á encerrarse; se ahogaba; una ola de lágrimas intentaba salir del corazón á los ojos; pero él con su voluntad la comprimía y pensaba en otra cosa; rápidamente se ponía á charlar con sus nuevos camaradas. Hablaban de la manera de maniobrar con tan poca gente ó del juego de las grandes poleas que habían sido colocadas por todas partes para suplir los brazos de los hombres y que, en su opinión, hacían muy pesado el aparejo de *La Bella Rosa*.

Bien entrada la noche Ives fué á Recouvrance y subió sin hacer ruido hasta la puerta de su casa.

Escuchó un poco antes de abrir; nada se oía; Ives penetró tímidamente.

Encima de la mesa había una lámpara encendida. Periquillo estaba solo y dormido. Ives se inclinó hacia aquella cuna de mimbres que parecía el nido de un pajarillo y puso sus labios muy suavemente sobre los de su hijo para sentir una vez más aquella respiración dulce; después se sentó próximo á la cuna y permaneció tranquilo, á fin de recobrar la serenidad para cuando regresara María.

LXXXI

María le había visto venir, y temblorosa había subido detrás de su marido.

En aquellos dos días había tenido tiempo suficiente para mirar de frente todos los aspectos de la desgracia.

No había querido ir á preguntar á otros marineros, como suelen hacer algunas pobres mujeres de desertores, si Ives había vuelto á bordo. Nada sabía de su marido, y esperaba apercibida para todo.

Acaso no volviese; aun para esto, como para lo demás, estaba preparada María; se asombraba ella misma de pensar en esto con tanta serenidad. En este caso, su determinación estaba

tomada; nunca volvería á Toulven, para no ver su pobre casita comenzada, para no oír todos los días á sus padres maldecir el nombre de Ives. No; allá abajo, en la comarca de Goëlo, vivía una anciana muy parecida á Ives, y cuya fisonomía tomaba en los recuerdos de María Kermadec infinita dulzura. Llamaría á la puerta de aquella anciana. Ésta sería indulgente para con Ives, porque era su madre. Ambas podrían hablar sin odio del ausente; allí vivirían las dos abandonadas, juntas, y cuidarían del pobre Periquillo, reuniendo los esfuerzos de las dos para conservarle, para evitar, al menos, que fuera marino.

Además, creía que si alguna vez, acaso transcurridos muchos años, Ives, desertor, quería acercarse á los suyos, sería allí, en aquel apartado rincón de la tierra, en Plouherzel, donde buscaría su reposo.

María, durante la noche anterior, había soñado la vuelta de Ives: ocurría esto muchos años después; María misma estaba ya vieja. Ives llegaba á su choza de Plouherzel de noche, viejo también, muy cambiado, miserable... y pedía perdón. Detrás de Ives habían entrado Goulven y Gildas, sus hermanos, y *otro Ives*, más alto que todos ellos, con la cabellera del todo blanca,

y que arrastraba con sus piernas franjas inmensas de ovas y de algas marinas. La anciana los recibía con su mirada dura, y preguntaba con voz sombría:

— ¿Cómo es que todos estáis aquí? Mi marido debió de morir en el mar hace ya más de sesenta años. Goulven está en América... Gildas en su nicho del cementerio... ¿Cómo es que estáis todos aquí?

María entonces habíase despertado sobrecogida por el terror, comprendiendo que estaba rodeada de muertos...

Pero aquella noche Ives tornaba vivo y joven; María reconoció en la calle su talle erguido y su paso firme. Al pensar que iba á verle y que su suerte iba á decidirse, todo su valor y todos sus proyectos habíamla abandonado. Temblaba cada vez más al subir la escalera. Acaso Ives habría pasado dos días á bordo y regresaba como de costumbre, y todo iba á tener sencillo arreglo, como otras veces. Deteniase la pobre en cada peldaño para pedir á Dios, en rapidísima oración, que fuese verdad esto.

Cuando María abrió la puerta, Ives estaba allí, en efecto, sentado cerca de la mesa y contemplando á su hijo dormido.

El pobre Periquillo dormía con un sueño apa-

eible y tranquilo; aún llevaba en la frente la venda que le cubría el sitio donde el morillo de la chimenea le había herido.

En el momento de entrar, pálida, latiéndole el corazón tan violentamente, que le hacía daño, conoció que Ives no había bebido alcohol; había dirigido hacia ella los ojos, y su mirada era clara; después los había bajado de prisa y continuaba inclinado hacia su hijo.

— ¿Se lastimó mucho? preguntó á media voz, lentamente, y con una tranquilidad que sorprendía y hacía daño.

— No; fui á buscar al médico para que lo curase. El médico dijo que no le quedaría señal alguna. Él ni siquiera ha llorado.

Después permanecieron allí, mudos, uno enfrente de otro; él, sentado cerca de la cuna; ella, de pie, pálida y temblorosa. No se aborrecían; acaso se amaban aún; pero ahora la irremediable estaba hecho, era ya demasiado tarde. María miraba el traje de Ives, que nunca le había visto: una blusa de lana negra y un gorro de lienzo. ¿Qué significaba aquel traje? ¿Y qué contenía aquel paquete, cerca de Ives, en el suelo, y de donde salía una punta del cuello azul? Aquel paquete parecía contener los vestidos de marinero, abandonados para

siempre, como si el verdadero Ives estuviese muerto.

María se atrevió á preguntar:

— ¿Volviste á bordo el otro día?

— No.

Nuevo silencio. María se sentía á cada momento más angustiada.

— En estos tres días, ¿no has vuelto á bordo, Ives?

— No.

María entonces no tuvo valor para seguir hablando, temerosa de comprender algo terrible; queriendo detener los minutos, esos minutos llenos de angustias y de incertidumbres, pero en los que él estaba allí todavía, acaso por última vez, á su lado.

Al fin, la pregunta terrible brotó de sus labios:

— Entonces, ¿qué piensas hacer?

— Desertar.

¡Desertar! Sí, sí, era lo mismo que María había adivinado al ver las nuevas vestiduras de Ives y su traje de marinero cuidadosamente doblado y envuelto en un pañuelo.

María retrocedió abrumada por el peso de aquella palabra hasta apoyarse, con las manos colocadas detrás, en la pared; parecía que se alejaba. ¡Desertor Ives! ¡Perdido!

En su cerebro pasaba el recuerdo de Goulven, su hermano, y la idea de los mares lejanos, de donde los marineros no vuelven nunca. Y como la pobre mujer reconocía su impotencia contra aquella voluntad que la aplastaba, quedó anonadada.

Ives le hablaba muy bajo, con calma sombría, señalando el paquete de sus efectos, que había dejado en el suelo :

— Toma, mi pobre y querida María; mañana, cuando mi barco haya partido, devuelves esto en seguida; ya comprendes... ¡ Quien sabe! si voy preso, siempre es más grave llevarse estos efectos que pertenecen á la nación. Ahora, aquí tienes el dinero que me han adelantado de mi sueldo... Regresaréis á Toulven... ¡ Oh! Yo te enviaré dinero desde allá abajo, todo lo que gane; ya comprendes, yo poco he de necesitar. No volveremos á vernos; pero tú no serás demasiado desdichada mientras yo viva.

Ella, la infeliz, quería rodearle con sus brazos, detenerle con toda su fuerza; luchar, agarrarse á él cuando quisiera marcharse, dejarse arrastrar antes por las escaleras, y hasta por las calles... Pero no; había algo que la impedía hacer esto: primeramente, el convencimiento de que sería inútil todo; después su dignidad, allí, delante de

su hijo dormido... María permaneció apoyada en la pared, inmóvil y muda.

Ives había dejado cerca de él, en la mesa, doscientos francos en monedas de plata. Eran sus sueldos adelantados; todo cuanto le quedaba después de pagado su pobre vestido de marino mercante. Miraba á María con una mirada profunda, muy dulce, y enjugaba en su manga de lana las lágrimas que corrían por sus mejillas. Pero aquello era cuanto tenía que decirle. Llegaba el instante supremo. Se inclinó una vez más, la última, sobre la cuna de su hijo; después enderezó su cuerpo y se levantó para partir.

LXXXII

¡ El mar del coral! — ¡ Es en los antipodas de nuestro antiguo Continente! Nada más que lo azul inmenso. Alrededor del buque que se desliza dulcemente, el mar infinito despliega un círculo perfecto. La extensión brilla y refleja bajo el eterno sol.

Allí está Ives, solo, mecido muy arriba, en el aire, por la ligera brisa que hace oscilar su gavia.

Mira sin ver el círculo ilimitado del horizonte : está como fatigado de espacio y de luz. Su ojos atónitos se detienen al acaso, porque todo es igual por todas partes.

Por todas partes es igual todo : es el gran esplendor inconsciente y ciego de las cosas que los hombres creen hechas para ellos. Por la superficie de las aguas corren soplos vivificantes que nadie respira; el calor y la luz están esparcidos sin medida; todas las fuentes de la vida están abiertas sobre las silenciosas soledades del mar y las hacen resplandecer de un modo peregrino.

La extensión brilla y reluce bajo un sol constante. Los grandes resplandores de mediodía caen en ese desierto con una magnificencia perdida é inútil.

En este momento Ives cree distinguir, allá, lejos, un objeto menos azul, y concentra en él su atención, extraviada poco antes en aquella brillante y serena monotonía; es, sin duda, el mar que se rompe en islas desconocidas y á flor de agua, que en ninguna carta han aparecido nunca indicadas.

¡Cuán lejos esta Bretaña!... ¡Y los senderos verdes de Toulven!... ¡Y su hijo! Ives ha salido de su meditación; mira, con la mano extendida

encima de los ojos, aquella línea que blanquea siempre.

No tiene trazas de desertor, porque aún lleva el gran cuello azul de los marineros. Ahora ya ha visto bien lo que llamaba su atención, é inclinandose en el vacío, grita para los que están abajo : ¡arrecifes á babor!

No; Ives no ha desertado, porque el barco en que navega es el *Primauguet*, de la marina de guerra.

No ha desertado, porque continúa cerca de mí; y cuando él ha anunciado desde arriba la proximidad de los arrecifes, soy yo quien sube á la gavia en que él está, para reconocerlos.

En Brest, aquel día de triste recuerdo en que quiso abandonarnos, le vi pasar, como desertor, llevando sus efectos de marinero doblados y empaquetados en un pañuelo; yo le seguí desde lejos hasta Recouvrance. Dejé subir á María; después subí yo. Ives, al salir, me encontró en la puerta para impedirle el paso, con los brazos extendidos, lo mismo que en otra ocasión en Toulven. Pero en esta ocasión no se trataba, como entonces, de oponerse á un capricho pueril, sino de entablar con mi hermano una lucha suprema.

Esta lucha fué larga y empeñada; momentos

hubo en que advertía que me abandonaban las fuerzas, y estuve á punto de dejarle en manos del destino cruel que le arrebatava.

De pronto, su resistencia cesó bruscamente; mi pobre hermano comenzó á derramar copiosas lágrimas; lágrimas que necesitaban salir desde hacía muchas horas, y que no podían salir porque los ojos de Ives eran refractarios á esta debilidad. Pusimosle entonces en las rodillas á Periquillo, que acababa de despertarse. Periquillo no le guardaba rencor. Rodeó con sus bracitos el cuello de su padre, y el pobre Ives concluyó por decirme:

— Corriente, hermano mio; haré lo que usted me diga que debo hacer. Pero no importa el cómo; usted ve que estoy perdido.

Graves eran, en efecto, las circunstancias, y yo mismo no sabía qué determinación tomar; ¡una especie de rebelión, haber huído de á bordo estando castigado, un quebrantamiento de condena y tres días de ausencia!... Pensé en decirles, después de haberles hecho abrazarse: « Huid ambos; huid los tres, queridos amigos, porque es ya tarde para hacer otra cosa. Que Ives parta, desde luego, en su *Bella Rosa*; después os reuniréis en América. »

Pero no; aquello era demasiado horrible;

¡abandonar para siempre el país de Bretaña, la casita de Toulven y á los pobres padres ancianos y achacosos!

Entonces, asustado de la responsabilidad que sobre mí echaba, resolví, sin embargo, lo contrario: devolver aquella tarde misma el anticipo cobrado al capitán Kerjeán, y al día siguiente por la mañana, apenas se abriese el puerto, poner á Ives á disposición de la autoridad marítima. Días muy penosos habian seguido á esta resolución, días de gestiones y de esperanzas; al cabo, con mucha benevolencia, las cosas se habian arreglado del modo siguiente: un mes de prisión y seis meses de suspensión de empleo y sueldo de contramaestre. Ives volvió á ser simple marinero y á tener la paga de antes.

He aquí cómo mi pobre Ives, embarcado de nuevo conmigo en el *Primauguet*, se hallaba en su gavia, gaviero como antes y trabajando lo mismo que antiguamente.

El y yo, de pie sobre la verga de mesana, con el cuerpo inclinado hacia fuera, en el vacío, con la una mano extendida delante de los ojos y la otra asida á las cuerdas, registrábamos ambos el fondo de las resplandecientes soleadas azules, examinando aquellas rompientes que blanqueaban; su continuo ruido semejava

sonido lejano de órgano de iglesia en medio del mar silencioso.

Era efectivamente una isla de coral, que ningún navegante había señalado; habíase elevado lentamente desde las profundidades; durante siglos y siglos había empujado con paciencia sus ramos de piedra; aún no era más que una corona inmensa de espumas blancas que producía, en medio de la solemne calma del mar, un ruido de cosa viviente, una especie de mugido constante y misterioso.

Por los demás lados la extensión azul era uniforme, profunda, infinita; se podía continuar el viaje. — Has ganado *la doble*, hermano, dije á Ives. — Quería yo decir doble ración de vino en la comida de la tripulación. Á bordo esta doble ración de vino es siempre la recompensa de los marineros que anuncian primero tierra ó peligro; también de los que, sin ayuda de lazos, cogen una rata, ó de los que se visten más primorosamente que los otros para la inspección del domingo.

Ives se sonrió; pero como quien de pronto recuerda algo triste, me dijo:

— Ya sabe usted que ahora el vino y yo... Pero eso no importa; me lo dan, y mis compañeros de mesa lo beben.

Efectivamente; desde que había derribado á su hijo contra el morillo de la chimenea, Ives sólo bebía agua. Había jurado sobre aquella cabeceita herida hacerlo así; aquel había sido el primer juramento solemne de su vida.

Hablando estábamos los dos allá arriba, respirando aquel aire virgen, puro, saludable, en medio de las velas ligeramente henchidas, muy blancas bajo los rayos del sol, cuando oímos de pronto un silbido que partía de abajo, silbido particular que significaba: « El jefe de la gavia de mesana que baje inmediatamente. » El jefe de la gavia de mesana era Ives; bajó de cuatro en cuatro los escalones para saber lo que le querían. El segundo comandante le esperaba en su cámara; yo sabía el motivo de esta llamada.

En aquellos mares lejanos y tranquilos por los que á la sazón navegábamos, todos los marineros andan un poco embrollados en lo relativo á estaciones, meses, días... La noción de las divisiones convencionales se pierde para ellos en aquella monotonía del tiempo. ®

En efecto; el verano, el invierno... no pueden ser distinguidos por ellos en aquellos climas tan completamente distintos del suyo. Ni los objetos de la Naturaleza vienen en su auxilio para indicarles nada; siempre el agua ilimi-

tada, siempre el barco; en la primavera nada reverdece.

Ives había vuelto á comenzar, sin pena, su existencia de otros tiempos, sus costumbres de gaviero, su vida en la gavia, casi desnudo, al sol y al viento, con su cuchillo y sus amarras. No había contado los días, porque todos eran iguales, confundándose por la regularidad de los cuartos, por la alternativa de un sol siempre ardiente y de unas noches siempre puras. Había aceptado este tiempo de castigo sin medirle.

Pero los seis meses de la pena impuesta terminaban en aquel día, y el comandante debía darle orden de volver á tomar sus galones, su pito de plata y su autoridad de contramaestre. El jefe le dió la noticia amistosamente y con un buen apretón de manos, porque Ives, mientras había durado su castigo, se había conducido como verdadero modelo de valor y de disciplina; ninguna gavia estuvo nunca tan admirablemente servida como la suya.

Ives volvió adonde yo estaba y, muy regocijado, me dijo: — ¿Por qué no me había usted dicho que era hoy?

Habíale prometido que si continuaba conduciéndose bien, su castigo se daría por completo al olvido. Decididamente el juramento solemne,

hecho sobre la cabeza vendada de su hijo, al terminar aquella noche terrible, le valía más de lo que él mismo había esperado.

LXXXIII

En la tarde del mismo día, hállase en mi cámara Ives, que trabaja, y trabaja de prisa, para poner, antes de que anochezca, los galones de sus mangas. Siempre parece extraño Ives, con su aire de truhán, cuando se dedica á la costura.

No son muy hermosos, que digamos, sus vestidos: los pobres han servido mucho. Al partir de Brest no era rico, y para no aumentar la merma de su paga, no había querido tomar muchas prendas en el almacén. Pero están muy limpias y tan bien cosidas y arregladas, que pueden pasar; los galones nuevos dan á la ropa cierto aire de frescura y de juventud.

Por otra parte, Ives tiene muy buen aspecto con cualquier cosa; y como á bordo no se engalana uno demasiado, sin ropa podrá tirar hasta la terminación de esta campaña. En cuanto á dinero, Ives no lo tiene; casi ha llegado á olvidar su uso y su valor, cosa que sucede con mucha frecuencia á los marinos. Porque él ha facultado

tada, siempre el barco; en la primavera nada reverdece.

Ives había vuelto á comenzar, sin pena, su existencia de otros tiempos, sus costumbres de gaviero, su vida en la gavia, casi desnudo, al sol y al viento, con su cuchillo y sus amarras. No había contado los días, porque todos eran iguales, confundándose por la regularidad de los cuartos, por la alternativa de un sol siempre ardiente y de unas noches siempre puras. Había aceptado este tiempo de castigo sin medirle.

Pero los seis meses de la pena impuesta terminaban en aquel día, y el comandante debía darle orden de volver á tomar sus galones, su pito de plata y su autoridad de contramaestre. El jefe le dió la noticia amistosamente y con un buen apretón de manos, porque Ives, mientras había durado su castigo, se había conducido como verdadero modelo de valor y de disciplina; ninguna gavia estuvo nunca tan admirablemente servida como la suya.

Ives volvió adonde yo estaba y, muy regocijado, me dijo: — ¿Por qué no me había usted dicho que era hoy?

Habíale prometido que si continuaba conduciéndose bien, su castigo se daría por completo al olvido. Decididamente el juramento solemne,

hecho sobre la cabeza vendada de su hijo, al terminar aquella noche terrible, le valía más de lo que él mismo había esperado.

LXXXIII

En la tarde del mismo día, hállase en mi cámara Ives, que trabaja, y trabaja de prisa, para poner, antes de que anochezca, los galones de sus mangas. Siempre parece extraño Ives, con su aire de truhán, cuando se dedica á la costura.

No son muy hermosos, que digamos, sus vestidos: los pobres han servido mucho. Al partir de Brest no era rico, y para no aumentar la merma de su paga, no había querido tomar muchas prendas en el almacén. Pero están muy limpias y tan bien cosidas y arregladas, que pueden pasar; los galones nuevos dan á la ropa cierto aire de frescura y de juventud.

Por otra parte, Ives tiene muy buen aspecto con cualquier cosa; y como á bordo no se engalana uno demasiado, sin ropa podrá tirar hasta la terminación de esta campaña. En cuanto á dinero, Ives no lo tiene; casi ha llegado á olvidar su uso y su valor, cosa que sucede con mucha frecuencia á los marinos. Porque él ha facultado

á su mujer en Brest para cobrar todo su *sueldo* y *haberes*, todo lo que gana.

Cuando llega la noche, la obra está concluida; dobla sus vestidos cuidadosamente, en seguida barre los hilachos que han caído en mi habitación. Infórmase después con toda exactitud del mes y del día en que se halla, enciende una bujía y se pone á escribir :

ALERE FLAMMAM

» En alta mar, á bordo del *Primauguet*, 23 Abril 1882.

» Querida esposa : Te escribo hoy algunas palabras de prisa en la cámara de D. Pedro. Echaré esta carta en el correo del mes que viene cuando lleguemos á las islas Hawai, un país... (estoy muy seguro de que no sabes dónde se encuentra).

» Es para decirte que he vuelto á coger mis galones, y que, puedes estar tranquila, ya no se me escaparán otra vez. Ahora los he cosido muy firmes.

» Querida esposa : esto me prueba, sin embargo, que sólo hace seis meses justos que me separé de ti la última vez; aún no estamos muy cerca de volver á vernos. Por mí, tengo ya prisa de ir á dar una vuelta á Toulven, para estrecharte la mano y además instalar nuestra casa, y no solamente para eso, como tú comprendes, sino

para vivir algún tiempo contigo y ver á Periquillo correr algunos ratos. Será necesario que cuando regresemos me den una licencia muy larga, lo menos de quince ó veinte días; y aun puede ser que no haya bastante con veinte y tengamos que pedir treinta.

» Te diré, sin embargo, mi querida Maria, que á bordo soy muy dichoso, sobre todo por haber podido embarcarme con D. Pedro; esto era lo que yo deseaba hace mucho tiempo. Es una magnífica compañía; sobre todo muy económica para mí, que, como sabes, necesito ahorrar mucho dinero. Puede ser que antes de desembarcar me propongan para *segundo*, porque estoy muy bien con todos los oficiales.

» También quiero decirte que los *peces voladores*...

¡Crae!... En el puente se oye sonar el pito, para decir :

« ¡Todo el mundo arriba para coger rizos! »

Ives desaparece, y nadie ha podido saber el fin de esa historia de los peces voladores. ®

Ives ha conservado con Maria su modo de ser y de escribir de niño. Conmigo ha cambiado; es otro Ives más pulimentado que el antiguo.

LXXXIV

La noche que sigue es clara y deliciosa. Continuamos caminando dulcemente por el mar del coral, con una brisa templada, adelantando con precaución por miedo de encontrar las islas blancas; escuchando el silencio, temerosos de oír el hervidero de los arrecifes.

Desde la media noche á las cuatro de la mañana, el tiempo del cuarto se emplea en velar en medio de aquella paz grande y extraña de las aguas australes.

Todo es azul verde, de un *azul noche* y un color de profundidad; la luna, que se halla muy alta, arroja sobre el mar reflejos que se mueven sin cesar como si en el espacio inmenso hubiese manos misteriosas que agitasen sin ruido millares y millares de espejitos. Las medias horas se deslizan, unas en pos de otras, tranquilas; la brisa igual, las velas ligeramente henchidas. Los marineros de cuarto, vestidos de dril, duermen en el puente, colocados en hileras, echados todos del mismo lado y encajonados unos en otros como series de momias blancas.

De media en media hora oyesse la vibración de

la campana; entonces parten dos voces de la proa del buque que cantan, una en pos de otra, con una especie de ritmo lento: ; *Alerta á la serviola*, babor! dice la una; ; *Alerta á la serviola*, estribor! dice la otra. Este ruido, que parece, en medio de aquel silencio, clamor espantoso, sorprende. Después, las vibraciones de las velas y de la campana cesan y no se oye ninguna otra cosa.

Sin embargo, la luna va bajando con lentitud, y su luz azulada se debilita; ahora se halla más cerca de las aguas, y dibuja en ellas un resplandor grande y prolongado que anda.

La luna llega á parecer amarilla, apenas alumbra, como la luz de una lámpara que se extingue.

Poco á poco principia á crecer, á crecer; adquiere dimensiones desmesuradas y color rojizo, se desfigura, se sumerge, extraña, espantosa, ya no se sabe qué es lo que se ve: en el horizonte es un fuego grande y sin brillo, fuego de color de sangre.

Es demasiado grande para ser la luna; ahora, objetos lejanos dibujan delante sus enormes siluetas negras, torres colosales, montañas que se desmoronan, palacios gigantescos...

Se experimenta algo así como si un velo de tinieblas se apoderase de los sentidos; la noción

de la realidad se pierde. Parece que se siente la presencia de ciudades apocalípticas, de pesadas nubes de sangre, de maldiciones suspendidas sobre nosotros... Es la concepción de los espantos infinitos, de los aniquilamientos caóticos, del fin del mundo...

Un minuto de sueño interior que surge, mal que pese á la voluntad más firme y más serena; un delirio del que duerme de pie... sueño y delirio que se desvanecen muy pronto.

¡Espejismo!... Ahora ha concluído, y la luna se ha puesto. Allí no había otra cosa que el mar inmenso y los vapores errantes que anuncian la llegada del día; ahora que la luna no está detrás de ellos, ni aun se los distingue. Todo se ha desvanecido, y reaparece la noche, la verdadera noche, siempre pura y tranquila.

Muy lejos están de nosotros aquellos países del Apocalipsis, porque estamos en los mares del coral, sobre la otra cara del mundo, en que no hay nada sino el círculo, el espejo ilimitado de las aguas.

Un timonel ha ido á mirar la hora en el reloj.

Por deferencia á la luna debe anotar en este gran registro, siempre abierto, que es el *cuaderno de bitácora*, el momento preciso en que se pone.

En seguida vuelve para decirme :

— Capitán, ya es hora de despertar *el cuarto*.
¡Ya! ¡Terminadas ya mis cuatro horas de noche! Y el oficial de relevo va á presentarse en seguida.

Entonces mando : *¡Jefes y cargadores, á despertar el cuarto! (1)*.

Algunos de aquellos que en el puente dormían, semejando momias blancas, se levantan, despiertan á algunos otros; se alijan una bandada de ellos y bajan del puente. Después óyense abajo, en el entrepuente, una veintena de voces que cantan, unas en pos de otras, un aire muy antiguo, alegre y burlón :

« ¿Has oído? Los de estribor, de pie, en cuarto, de pie, de pie, de pie... »

Van y vienen, se encorvan sobre las hamacas, y pasan sacudiendo con gran violencia á los que dormían.

Después mando de nuevo, en voz muy alta :
« ¡Arriba los de estribor ; á la llamada! »

Salen entonces con precipitación, á medio vestir todos, bostezando unos, desperezándose

(1) Voz de mando reglamentaria. Á bordo, la tripulación está dividida en cierto número de *series*, cada una de las cuales forma el servicio de una pieza de artillería. El jefe y los artilleros de esa pieza deben conducir á los individuos de su serie y despertar á los que han de reemplazarlos en el cuarto.

otros, tropezando muchos. Se alinean por grupos en sus puestos, mientras que un hombre con un farol los mira y los cuenta. Los que dormían en el puente van abajo á ocupar los sitios que han dejado vacantes éstos.

Ives ha subido entre los de estribor, á quienes se ha despertado. Reconozco las notas de su pito de plata, notas que no había oído ya hacia cerca de un año. Después oigo su voz que, por primera vez, suena y manda en el puente del *Primauguet*.

Entonces le llamo oficialmente por su título, que acaban de devolverle : *Contramaestre de cuarto*.

Era solamente para darle un apretón de manos y darle la bienvenida antes de ir á dormir.

LXXXV

— ¡Hala un cabo á bordo, Goulven!

Era una aproximación muy difícil. Me dirigía yo, con un bote del *Primauguet* á abordar un barco ballenero de aspecto sospechoso, que no llevaba bandera.

Siempre en el Océano Austral, cerca de la isla Tonga-Tabou. El *Primauguet* hallábase anclado

en la bahía de la isla, dentro de la línea de los arrecifes, al abrigo del coral. El otro, el barco ballenero, permanecía en alta mar, como dispuesto á la huida, y la marejada era violenta cerca de él.

Enviábaseme para reconocerle; para ponerle *al habla*, como se dice en la profesión.

— ¡Hala á bordo, Goulven, hala!

Levanté la cabeza hacia el hombre que se llamaba Goulven, y era el que desde el barco sospechoso sujetaba la amarra que acababan de echarme. Su aspecto y su mirada me sorprendieron, por lo mismo que me eran muy conocidos; era otro Ives, menos joven, aún más moreno y tal vez más atlético; pero se parecía tanto en sus ojos y en su mirada, que era como una *contrafigura* de Ives mismo, que me impresionaba.

Había yo pensado, efectivamente, que algún día podríamos encontrar á este Goulven en alguno de los barcos balleneros con los cuales tropezábamos de tarde en tarde en las aguas del Océano; y con los que me ponía al habla si me parecían sospechosos.

Desde luego me dirigí á él sin hacer caso del capitán, que era un americano enorme, con cabeza de pirata y una barba larga y espesa

como las ovas marinas. Yo entraba allí como en país conquistado, y las fórmulas de cortesía me importaban poco.

— ¿Usted es Goulven Kermadec?

Y me adelantaba hacia él, tendiéndole la mano; tan seguro estaba yo de no equivocarme.

Pero él palideció y comenzaba á retroceder : tenía miedo.

Y observé que en un movimiento salvaje, casi de fiera, cerraba los puños, estiraba los miembros, como disponiéndose á resistir en una lucha desigual y desesperada.

¡Pobre Goulven! La sorpresa de oírme pronunciar su nombre, y luego mi uniforme y los dieciséis marineros armados que me acompañaban. Goulven había creído que yo venía, en nombre de las leyes francesas, para apoderarme de él, y era como Ives : ante la violencia se exasperaba.

Fué necesario un momento para tranquilizarle; después, cuando supo que su *hermano menor* era mi hermano, y que estaba allí, en el buque de guerra, me pidió perdón de sus temores con la misma sonrisa bondadosa y franca que tantas veces había yo visto en Ives.

La tripulación tenía una fisonomía original. El barco mismo presentaba todas las trazas de

una cueva de bandidos. Desgastado, estropeado por el mar al cabo de tres años de andar errante por las olas del Gran Océano, sin haber tocado tierra alguna civilizada; pero sólido aún, útil para navegar. De sus obenques, desde arriba á abajo, de cada una de las escalas, colgaban barbas de ballena que parecían largas franjas oscuras; hubiérase dicho que el barco había navegado bajo el agua y se había cubierto por una cabellera de algas.

En el interior estaba cargado de grasas y aceites de los grandes mamíferos que habían pescado. Había allí una verdadera fortuna, y el capitán se proponía regresar muy pronto á California, donde se hallaba su puerto.

Era aquella una tripulación *mixta* : dos franceses, dos americanos, tres españoles, un alemán, un grumete indio y un cocinero chino. Además, una peruana, medio desnuda como los hombres; era la mujer del capitán. Esta mujer amamantaba á un niño de dos meses, engendrado y nacido en el mar.

La habitación de esta familia estaba á popa, y tenía gruesas paredes de encina sólida, que la convertían en una especie de fortaleza y el interior era un arsenal de revólveres, *rompecrismas*, sables, etc., etc. Estaban tomadas todas las pre-

cauciones precisas para sostener allí, en caso necesario, un sitio contra toda la tripulación.

Por lo demás, los papeles estaban en regla. No había izado bandera porque no la tenía; las ratas se habían comido la última, de la cual me mostraron algunos pedazos: tenía los colores de América del Norte, blanco y rojo, con el cuartel estrellado. Nada había que pedir. Todo esto era perfectamente correcto.

Goulven me preguntó si conocía yo Plouherzel; dijele entonces que había dormido allí una noche, bajo el techo de su madre anciana.

— ¿Y usted, le pregunté, no piensa volver por allí?

Comprendí que aquel recuerdo le hacía padecer cruelmente.

— Ahora es ya muy tarde. Allí mi castigo habría de ocupar al Estado; estoy casado en California y tengo dos hijos en Sacramento.

¿Quiere usted venir conmigo á ver á Ives?

— ¿Irme con usted? replicó Goulven en voz baja y sombría, como asombrándose de que yo le propusiera eso. ¿Yo con usted? Pero ¿no sabe usted que soy desertor?

También en aquel momento Goulven era Ives; dijo aquellas palabras con un tono que me hizo daño.

Al fin y á la postre, yo me explicaba perfectamente sus temores de hombre libre y amante de su independencia; yo respetaba su terror de pisar tierra francesa, porque el puente de un buque de guerra francés es tierra francesa; á bordo del *Primauguet* había derecho para capturarle: era la ley.

— ¿Tiene usted, á lo menos, deseos de verle? dije.

— ¡Que si tengo deseos de verle! ¡Á él, á mi pobre Ives!

— Bien está, pues yo se lo traeré á usted. Cuando venga, solamente suplico á usted que le aconseje ser juicioso. ¿Me comprende usted, Goulven?

Goulven fué entonces quien me cogió la mano y la estrechó entre las suyas.

LXXXVI

Había yo aceptado el ofrecimiento de comer con el capitán *ballenero* al día siguiente.

Nos habíamos comprendido perfectamente. No tenía ninguno de los rasgos de los hombres educados con esmero; pero no era tampoco un hombre ignorante ó superficial. Además, aquel

era el único medio que yo tenía de llevar á Ives á su barco.

Temía yo que á la mañana siguiente nos encontrásemos con que el barco ballenero había desaparecido, volando durante la noche como un pájaro salvaje. Pero no; allí estaba, en el mismo sitio; con las franjas negras en sus obenques, destacándose sobre el gran espejo circular de las aguas, que aquel día estaban inmóviles, pesadas y bruñidas como corriente de plata. El convite, pues, era serio, y se me esperaba. Por precaución quiso el capitán que los lancheros que me acompañaban fuesen armados y permaneciesen allí todo el tiempo conmigo. Aquello venía perfectamente para Ives, y le tomé como patrón.

LXXXVII

El capitán me recibió en traje bastante correcto de *yankee*; la muchacha peruana, completamente transformada, llevaba un vestido de seda color rosa y un magnífico collar de perlas de la isla Pomotva; me admiro al observar que es hermosa y arrogante.

Ya estamos en el alojamiento de las espesas

paredes forradas de hierro. Hay poca luz, y la atmósfera es pesada; pero por las ventanillas se ven resplandecer cosas que parecen de encantamiento: un mar de azul lechoso con el brillo de la turquesa; una isla lejana, de un violáceo rojo del iris, y nubecillas anaranjadas que flotan en cielo profundo de oro verdoso.

Después, separando la vista de esas ventanillas abiertas, de estas contemplaciones de luz, aún parece más extraña aquella habitación, irregular bajo sus vigas enormes, con su arsenal de revólveres, de correas y de látigos.

Comemos en el banquete conservas de San Francisco, exquisitas frutas de la isla Tonga-Tabou; *agujas*, que son unos pececillos finos de los mares cálidos, bebemos vinos de Francia, *pisco* peruano y licores ingleses.

El chino que nos sirve lleva una túnica de seda de un color violeta *obispo* y zapatos con suelas de papel muy altas. La peruana canta una dancita de Chile, punteando en su bandurria ó vihuela una especie de acompañamiento que parece el monótono cascabelear de una mula al trote. Las puertas de la fortaleza están abiertas de par en par. Gracias á la presencia de mis dieciséis hombres armados, reina allí una seguridad y una intimidad verdaderamente conmovedoras.

En la proa, los hombres del *Primauguet* beben y cantan con los balleneros. Por todas partes hay jolgorio. De lejos divisaba yo á Ives y á Goulven; no beben, pero hablan y pasean. Goulven, que es más alto, tiene el brazo sobre los hombros de su hermano; éste rodea con el suyo la cintura de Goulven; aislados ambos en medio de los otros, se pasean y charlan en voz baja.

Las copas se vacían en todas partes en medio de brindis caprichosos... El capitán, que al principio parecía la estatua de una divinidad marina, ó la personificación de un río, se anima y ríe á carcajadas que hacen temblar todo su cuerpo; su boca se abre como la de un cetáceo y dice en inglés cosas muy extrañas, y tiene conmigo confianzas suficientes para hacerle colgar: la conversación se convierte en dulce charla de pirata.

La peruana se retira á su habitación, y entonces se hace venir á un marinero *dibujado*, á quien desnudan, por completo, á los postres. Le desnudan precisamente para que yo vea los dibujos que representan la caza del zorro.

El dibujo comienza en el cuello: cazadores, perros, caballos que galopan... todo eso bajando en espiral alrededor del tronco.

— ¿No ve usted todavía el zorro? pregunta el capitán riéndose cada vez con más ruido.

Va á ser muy divertido, á lo que parece, descubrir el zorro, cuando de antemano hace reír tanto. El capitán hace girar al hombre, ya ebrio del todo, alrededor de sí mismo, para seguir la cacería, que continúa bajando. Cerca de los riñones se interrumpe el dibujo y se adivina que aquello va á terminar.

— ¡He aquí el zorro! grita el capitán, de cabeza de río, en el colmo de su alegría salvaje, dejándose caer de satisfacción y de risa.

La bestia perseguida se metía en su madriguera, y no se la veía más que medio cuerpo.

Esta era la gran sorpresa final. Se invitó al marinero á brindar con nosotros por el trabajo de haberse dejado ver.

Ya era tiempo de ir á tomar un poco de aire puro en el puente: el aire fresco y delicioso de la tarde. El mar continuaba inmóvil, pesado; lucía desde lejos reflejando los últimos resplandores del lado de Occidente. Ahora bailaban los hombres al son de una flauta en la que un aficionado tocaba aires muy alegres.

Al bailar, los balleneros lanzaban sobre nosotros miradas de gatos, en que iban mezcladas, por partes iguales, la timidez curiosa y el menosprecio feroz.

Ives y Goulven se paseaban siempre abraza-

dos. Apresurábanse para lo que tenían que decirse en esta última conversación, conociendo que yo necesitaba partir pronto. Los dos hermanos se habían visto una vez quince años antes, cuando Ives era pequeño todavía, el día que Goulven había permanecido en Plouherzel, ocultándose como proscrito. Seguramente no volverían á verse nunca.

Ya era tiempo de partir. Ives y Goulven se abrazaron, y observé que Goulven lloraba.

Cuando volvíamos sobre el mar tranquilo y las primeras estrellas australes se encendían en el alto firmamento, Ives me hablaba de su hermano :

— No es muy feliz. No deja de ganar, sin embargo, y tiene en California una casita á la cual espera volver. Pero ¿qué quiere usted? Le mata la nostalgia.

El capitán me había jurado venir al día siguiente con su *peruana* á comer conmigo á bordo. Pero durante la noche el ballenero partió; no volvimos á verle.

LXXXVIII

— ¿Viene usted á cobrar también su asignación, señora Quémeneur?

— ¿También usted, señora Kerdoncuff?

— ¿Dónde navega ahora su marido de usted, señora Quémeneur?

— En China, señora Kerdoncuff; en el buque *Kerquelen*.

— También el mío, señora Quémeneur, viaja por allá, en el buque *La Venus*.

Este dúo se canta, por dos voces de falsete de sorprendentes tonalidades, en la calle de *Las Bóvedas*, en Brest, bajo una lluvia menuda y fría.

La calle de Las Bóvedas está llena de mujeres que esperan allí desde por la mañana, á la puerta de un edificio granítico bastante feo: *Caja de los marineros*. Mujeres de Brest, á quienes la lluvia fría ya no impresiona, hablan alegremente, con los pies en el agua, oprimidas contra las tapias de la callejuela triste, bajo la niebla gris.

Es el primer día del trimestre. Forman cola para ser pagadas; ¡ya era tiempo! El dinero

faltaba en todos aquellos alojamientos oscuros de la gran ciudad.

Mujeres cuyos maridos navegan muy lejos, van á cobrar su asignación : el sueldo que sus maridos les dejan de lo que ellos ganan.

Después irán á bebérselo. Existe allí, enfrente, una taberna que han establecido ex profeso. Se titula *Á la madre de familia*, en casa de la señora de Pétavin. En Brest suelen llamar á este establecimiento *Taberna de la asignación*.

Conforme la hora se aproxima, la muchedumbre de las borrachas aumenta. La caja está sitiada; hay ya contestaciones agrias á la puerta, que se abre por último.

María, la mujer de Ives, está allí también, entre aquella confusión inmunda, teniendo á Periquillo cogido de la mano. Un poco triste, algo tímida, porque experimenta un vago terror de todas aquellas mujeres, deja pasar á las que parecen más impacientes y se recuesta sobre la pared, hacia el lado por donde llega menos la lluvia.

— Entre usted, señorita, en vez de dejar que se moje de esa manera ese precioso niño.

Habla la señora Pétavin, que acaba de presentarse en la puerta de su tienda, sonriendo amablemente.

— ¿Quiere usted que le sirvan algo? ¿Un poco del dulce?

— ¡Oh, muchas gracias! No bebo, dijo María, que, viendo la taberna casi vacía, ha entrado, por temor de que su hijo se resfríe. Pero si molesto...

Seguramente no; María no molestaba en manera alguna á la señora Pétavin, que era de suyo bondadosa y que la hizo sentar.

He aquí á la señora Quémeneur y á la señora Kendorcuff, las primeras que han cobrado, que entran, cierran sus paraguas y toman asiento.

La señora Quémeneur, de cara achatada, de grandes mandíbulas y vientre abultado, lleva un impermeable de hule y un gorro de tul con adornos azules.

La señora Kerdoncuff, enfermiza, verdusca, enseña un rostro delgaducho bajo un sombrero adornado de dos rosas con su follaje correspondiente.

— Señora, señora, ponga usted un *cuartillo* en dos copas.

— Es inútil decir de qué es el *cuartillo*: de aguardiente se trata, y de lo más fuerte.

Estas señoras continúan su conversación.

— Entonces, ¿qué hace su marido de usted en el *Kerquelen*, señora Quémeneur?

— Es jefe de gavia, señora Kerdoneuff.

— También el mío es jefe de gavia, señora Quémeneur. ¡Oh! Las mujeres de dos jefes bien pueden beber juntas. ¡A la salud de usted, pues, Victoria!

Estas señoras ya se llaman por los nombres de pila: las copas se desocupan.

María vuelve hacia ellas su mirada serena; examínalas con curiosidad, como se hace con los animales en las granjas. Después experimenta deseos de salir; pero sigue lloviendo á cántaros, y en la puerta de la caja hay mucha gente todavía.

— ¡A la salud de usted, Victoria!

— ¡A la de usted, Francisca!

Vamos, el litro pasará.

Estas señoras se confían sus apurillos. Es muy difícil llegar desde el uno al otro extremo del trimestre. Pero ¿qué se ha de hacer? ¡Bah! El panadero ya podrá esperar al trimestre próximo. El carnicero, vamos, al carnicero se le entregará una cantidad á buena cuenta. Hoy, en día de paga, ¿cómo no se ha de alegrar una un poco?

— Yo, sin embargo, dice la señora Kerdoneuff con una sonrisa de coquetería llena de reticencias maliciosas, no soy muy desgraciada, porque tengo un *veterano* á quien alquilo un cuarto

amueblado, y que es contra maestre en el puerto.

Está comprendido; sonrisa parecida ilumina el rostro chato de la señora Quémeneur.

— Vamos, como yo: yo tengo un furriel; ¡á tu salud, Francisca! (Estas señoras se tutean). Es muy amable mi furriel... ¡si tú supieras!...

Y con esto queda abierto el capítulo de las íntimas confianzas.

María Kermadec se levanta. ¿Ha comprendido bien? Muchas de aquellas palabras le son desconocidas, de seguro; pero el sentido es transparente, y los ademanes y gestos lo aclaran más. ¿Existen realmente en el mundo mujeres que puedan decir esas cosas? María sale de allí, sin volver la cabeza, sin dar las gracias, roja de vergüenza, y conociendo que toda su sangre se le ha subido á las mejillas.

— ¿Has visto á ésa? ¿Qué mosca le habrá picado?

— ¡Bah! Es una aldeana. Todavía lleva cofia de Bannalec, que ya no se estila por el mundo.

— ¡A tu salud, Victoria!

La taberna se llena; á la puerta se cierran los paraguas, se sacuden los impermeables, todas las señoras entran; circulan los litros.

En el hogar hay niños que lloran, chiquillos macilentos que tienen hambre y frío... ¿qué im-

porta? Es día de paga : ¡á tu salud, Francisca!

Cuando María estuvo en la calle, divisó un grupo de mujeres con gran cofia que habían permanecido apartadas para que pasase el alud de las desvergonzadas : fuese inmediatamente á tomar sitio á su lado, para encontrarse en honrada compañía. Había entre ellas ancianas de las aldeas que habían venido á cobrar la asignación dejada por sus hijos y que permanecían bajo sus paraguas de algodón, con el semblante digno y serio que las aldeanas adoptan generalmente en la ciudad.

Esperando su vez, trabó conversación con una anciana de Kermazeau, que le contó la historia de su hijo, artillero de *La Astrea*. Parece que en sus primeros años había sido algo loco, lo mismo que Ives; pero con los años había ido arreglándose; nunca debía desesperarse de los marinos.

De todas suertes, en su indignación contra las mujeres de Brest, María había adoptado una determinación : marcharse á Toulven á toda costa y, si era posible, al día siguiente.

Ya en su casa, púsose á escribir á Ives una carta extensa y razonada, explicándole las causas de su resolución. Es verdad que el alquiler de la *Recouvrance* corría aún durante tres meses, y la

casita de Toulven tardaría mucho en estar acabada; pero ella ahorraría todo eso á fuerza de economías y de trabajo. Ella repasaría ropas, encañonaría las grandes gorgueras de sus paisanas, trabajo muy difícil, pero que ella sabía hacer perfectamente, empleando un juego de cañas muy finas.

Contó en seguida, en aquella carta, las cosas nuevas que Periquillo sabía decir y hacer; puso además, en términos sencillos, su ternura por el ser ausente : agregó un mechón de cabellos de una cabeza negra é inquieta; después encerró todo en un sobre, y escribió :

« Al señor *Kernadec* (Ives), jefe de gavia á bordo del *Primauguet*, en los mares del Sur; al cónsul de Francia en Panamá, para que la envíe en busca del navío. »

¡Pobre carta! ¡Quién sabe! Quizá llegue. No es imposible; llegan algunas. Dentro de cinco meses... de diez meses... toda manehada y cubierta de sellos americanos... llegará tal vez para llevar á Ives el profundo amor de su mujer y los cabellos negros de su hijo.

LXXXIX

Mayo de 1882.

... Aquella tarde, en las soledades australes, había comenzado á gemir el viento. En las inmensidades movibles en que se hallaba el *Primauguet* veíanse correr unas en pos de otras, grandes olas de un azul oscuro. La brisa era húmeda y daba frío.

Abajo, en el entrepuente, La Hir, el idiota, se apresuraba para amortajar, antes de que la noche llegase, un cadáver en trozos de lona gris, que eran restos de velas.

Ives y Barrada, de pie, le miraban con horror. Estaban obligados á permanecer cerca de él en una reducida cámara mortuoria que se había improvisado con otras velas extendidas; cámara cuya entrada guardaba un artillero, empuñando el sable de abordaje.

Barazère era el que amortajaban en aquellos trozos de lona. Acababa de morir de una enfermedad contraída en Argel en una noche de crápula. Muchas veces se le había creído completamente curado; pero el veneno invencible per-

manecía en la sangre y reaparecía siempre; hasta que venció. Los últimos días, Barazère había estado cubierto de llagas repugnantes; sus amigos no se acercaban á él.

La Hir era quien le amortajaba; los otros habían rehusado, por miedo al contagio.

La Hir había aceptado, por *dos cuartillos* de vino que le habían prometido.

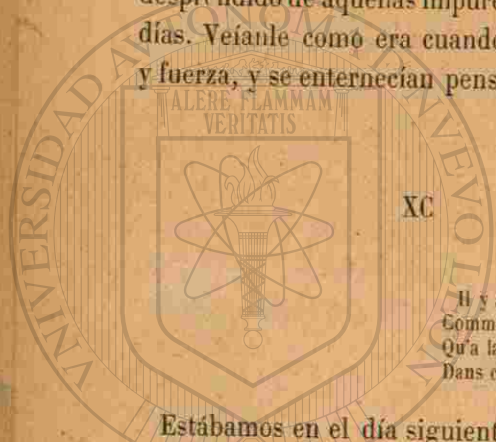
El balanceo le movía, y le molestaba en su tarea, y La Hir se impacientaba esperando el vino que iba á beber.

Primeramente los pies; habíasele recomendado que los cosiera bien, por la bala que se les ata para que el cadáver vaya á fondo. En seguida cosía subiendo á lo largo de las piernas; ya no se veía el cuerpo, rodeado por muchos dobleces de lona áspera; nada más que el rostro pálido, descansando en la muerte, y que había quedado hermoso, iluminado por una sonrisa tranquila. Después, rudamente y con gesto brutal, La Hir puso encima un pedazo de lona, y aquel semblante desapareció para siempre.

Barazère tenía padres ancianos que le esperaban en un pueblecillo de Francia. Cuando hubo terminado, Ives y Barrada salieron de la cámara mortuoria, empujando á La Hir por los hombros á fin de conducirlo á proa y obligarle á

lavarse las manos antes de permitirle beber.

Ambos tenían el corazón oprimido, porque los dos sentían la muerte de Barazère. El mal que les infundía terror estaba ya oculto, olvidado; en sus recuerdos, el amigo muerto se había desprendido de aquellas impurezas de sus últimos días. Veíanle como era cuando tenía hermosura y fuerza, y se enternecían pensando en él.



Estábamos en el día siguiente, al salir el sol. La brisa continuaba fresca y viva. El *Primauguet* se deslizaba velozmente y se sacudía en su carrera con ese movimiento fuerte y vigoroso de los grandes andarines. En la parte interior del buque, los hombres de la bordada de cuarto arreglaban su aseo y tocado de la mañana. Desnudos, parecidos á los antiguos atletas en sus brazos fuertes, lavábanse en agua fría. Sumergían su cabeza y sus hombros en los cubos, cubrían su pecho con espuma blanca de jabón, y después

se unían de dos en dos para mejor frotarse las espaldas.

De pronto se acordaron del muerto, y sus cantos alegres cesaron. Además, acababan de ver los hombres de la otra bordada, que subían al mando de un oficial de cuarto, y se alineaban ordenadamente como para las inspecciones. Adivinaron por qué, y todos se aproximaron.

Una gran plancha, completamente nueva, había sido colocada sobre *los filaretos* que le servían de punto de apoyo, de suerte que la mitad de la plancha quedaba dentro del buque y la otra mitad salía de él y estaba sobre el agua: acababan de llevar de abajo un objeto lúgubre que parecía muy pesado; un saco de lona que acusaba una forma humana.

Cuando el cadáver de Barazère fué colocado sobre aquella plancha nueva, todas las gorras de los marinos se bajaron como para enviar al compañero el último saludo; un timonel recitó una oración, varias manos hicieron la señal de la cruz, y después, á mi voz de mando, la plancha osciló, como la báscula que gira alrededor de su punto de apoyo, y se oyó el ruido sordo de un gran movimiento en las aguas.

El *Primauguet* continuaba corriendo, y el cuerpo de Barazère había caído en aquel abismo,

inmenso en profundidad y en superficie, que se llama el Gran Océano.

Miraban algunos con inquietud en la estela: porque sucede en estos casos que cuando el tiburón está allí, un rastro de sangre sube á la superficie de las aguas.

Pero no, no reapareció nada; Barazère había descendido en paz á las profundidades del abismo.

Descenso infinito; rápido al principio como una caída en el aire; después lento, lento, retardado poco á poco por las capas cada vez más densas. Viaje misterioso de muchas leguas, en abismos donde el sol, que se oscurece, semeja una luna descolorida, después adquiere color verdusco, oscila, y desaparece. Entonces principia la oscuridad eterna; las aguas suben, suben, se amontonan sobre la cabeza del viajero, como marea de diluvio que se elevase hasta los astros.

Pero abajo, el cadáver sumergido pierde lo que le hace horroroso; jamás la materia es en absoluto inmunda. En la oscuridad vendrán á rodear el cadáver los animales invisibles de las profundas aguas; las misteriosas madréporas arrojan sobre él sus ramas, y empiezan á devorarlo muy lentamente con los millares de bocas de sus flores vivientes.

Esta sepultura del marino es inviolable para

el hombre. El que baja á descansar allí, está más muerto que los otros muertos; nada de él subirá al mundo nunca; nunca volverá á mezclarse con este polvo viejo de los hombres que, en la superficie, se busca, se mezcla y se combina en los eternos esfuerzos para revivir. Barazère pertenecía ya á la vida de las profundidades; los elementos de que su organismo se componía van á pasar á las plantas de piedra que no tienen color, á los animales pesados que no tienen forma ni ojos.

XCI

Los mares en que el *Primauguet* permanecía presentaban casi siempre el mismo color de lapislázuli; era la región donde el buen tiempo no concluye nunca.

En ocasiones, para ir desde un grupo de islas á otro, éranos preciso franquear el Ecuador, atravesar por las grandes inmovilidades, por los resplandores melancólicos.

Después, cuando ya en un hemisferio, ya en otro, reaparecía un viento vivificador, cuando el *Primauguet*, despertando, comenzaba á correr, se comprendía mejor, por el contraste, el encanto

de ir de prisa, el goce de ir sobre aquel objeto inclinado, tembloroso, que parecía vivo y obediente, deslizándose siempre sobre las aguas.

Cuando nos dirigíamos al Este, el *Primauquet* se lanzaba contra las olas regulares y reunidas como rebaños, propias de los trópicos, durante días enteros, sin cansarse, con los mismos estremecimientos regocijados del pez que se divierte. Después, cuando volvíamos en sentido inverso, cubiertos de velas, desplegando todo el blanco velamen, nuestro andar, siempre rápido, parecía tan fácil, tan suave, que apenas lo advertíamos; parecía como si nos elevásemos por una especie de vuelo: nuestro movimiento se asemejaba al de las aves cuando se ciernen en las alturas.

Los días, para los marineros, seguían pareciéndose mucho unos á otros.

Todas las mañanas se apoderaba de ellos, al levantarse, el delirio de la limpieza.

Despiertos apenas, veíaseles saltar, correr, á fin de dar principio lo más pronto posible al lavatorio magno. Completamente desnudos, cubierta la cabeza con sus gorros de borla, ó bien vestidos con el *traje de combate* (que es una piececilla de punto colgada del cuello, poco más ó menos como los haberos de los niños) se apre-

suraban á inundarlo todo. Las bombas, los cubos de agua movidos á brazo, no cesaban de funcionar. Los marineros se apresuraban á echarse unos á otros chorros de agua en las piernas, en la espalda; calados del todo, chorreando agua, comenzaban á derribarlo todo para lavarse; la tomaban después con el puente, muy blanco ya, y con arena, frotando y restregando, lo blanqueaban más.

Se les interrumpía para hacer cualquier maniobra de la mañana, largar rizos ó rectificar la inclinación de las velas, y entonces se vestían apresuradamente, por el bien parecer, antes de subir, ejecutaban rápidamente la maniobra mandada, ansiosos de volver á divertirse con el agua.

En estas tareas los brazos se vigorizaban, se ensanchaban los pechos, y hasta los pies, á fuerza de acostumbrarse á encaramarse desnudos, llegaban á ser un poco prehensiles, como los de los monos.

Este lavatorio debía terminar á las ocho, al toque de tambor. Entonces, y mientras los ardientes rayos de sol secaban en un momento lo que habían mojado los marineros, comenzaban éstos la tarea del brunido; los objetos de cobre, los de hierro, las hebillas más pequeñas debían quedar brillantes como espejos. Apode-

rábase cada cual del objeto cuyo acicalamiento le estaba especialmente confiado, y se ponía á pulirlo con solicitud extrema, y de cuando en cuando se colocaba algo separado, á distancia conveniente, para ver si relucía, si hacía buen efecto. Y en rededor de estos niños grandes el mundo era siempre, siempre, el círculo azul, el inexorable círculo azul, la soledad resplandeciente, profunda, que no concluía jamás, donde nada cambiaba y nada sucedía.

Nada pasaba, más que bandadas de peces voladores, de movimiento de flechas, tan rápidos que solamente distinguíamos los reflejos de sus alas.

Habíalos de muchas especies : grandes los unos, que tenían el color de acero azulado; pequeños otros, mucho más raros, que parecían tener matices de la malva y de la peonía.

Muy de tarde en tarde una *fragata*, ave inmensa y misteriosa que siempre va sola, atravesaba á una altura excesiva los espacios del aire, deslizándose en línea recta con sus alas pequeñas y su cola en forma de tijera, y apresurándose como si tuviera determinado propósito. Los marineros entonces se mostraban unos á otros aquel viajero extraño y le seguían con los ojos mientras estaba al alcance de su vista. El paso

de esta ave se consignaba en el cuaderno de bitácora. Buques, nunca : aquellos mares australes son muy extensos y nadie se encuentra en ellos.

Una vez habíamos encontrado una isilla oceánica rodeada por un blanco cinturón de coral. Mujeres que habitaban allí se habían aproximado en piraguas, y el comandante, comprendiendo para qué venían, habíalas dejado subir á bordo. Todas tenían buena estatura y formas agradables; sus ojos, medio velados por espesas cejas, tenían algo de salvajes; sus dientes era muy blancos, y al reír los enseñaban todos. Sobre la piel, de un color de cobre rojizo, varios dibujos complicadísimos parecían redecillas de azulados encajes.

La visita de aquellas mujeres interrumpió por algunas horas la forzada continencia que los marineros guardaban. Después la isla, apenas vista, había desaparecido con su cinturón blanco y sus palmas verdes, pequeña, perdida en aquel inmenso desierto de agua, y no se había vuelto á pensar en ella.

Y sin embargo, no era la vida de á bordo completamente fastidiosa. Los días estaban suficientemente ocupados, ya con trabajos, ya con distracciones.

A ciertas horas, y en días determinados en el cuadro del servicio de mar, se permitía á los marineros abrir los sacos de lona donde estaban guardados sus equipos respectivos (eso se llamaba *ir á los sacos*). Los marineros entonces colocaban todas sus prendas necesitadas de arreglo, delante de ellos, con un cuidado verdaderamente cómico. El puente del *Primauguet* parecía haberse convertido de pronto en un bazar. Abrían entonces sus costureros, cortaban y disponían artísticamente las piezas con que reparaban los desperfectos causados en los vestidos por el uso y por la fuerza de los músculos. Marineros había que se quedaban desnudos para zurcirse la camisa con la mayor gravedad, y otros que aplanchaban sus cuellos por procedimientos extraordinarios (sentándose encima de ellos durante mucho tiempo); otros cogían de su cartera papales amarillentos, ajados, que llevaban sellos de diferentes rincones perdidos del país bretón ó de las tierras vascas, y se ponían á leer; eran cartas de madres, de hermanas, de novias que habitaban allá... en lejanas aldeas.

Oíase después el toque de pito que significaba: *Recojan sacos*, y todo aquello desaparecía como por arte de encantamiento: doblado, encerrado, bajado al fondo de la cala y metido

allí en cajas numeradas, que los encargados venían á cerrar con candados de hierro.

Contemplándoles, hubiera podido engañarse por sus actitudes prudentes y juiciosas, quien no los conociese mejor; viéndolos tan absortos en aquella ocupación de doncellas, en aquellos juegos de muñecas, era imposible imaginar lo que aquellos hombres jóvenes y fuertes eran capaces de hacer en tierra.

Había, sin embargo, una hora de inevitable melancolía: era la hora de la oración de la tarde. Cuando esa oración terminaba, cuando las señales de la cruz de los bretones habían concluido y se ponía el sol, muchos de entre los marineros pensaban, sin duda, en su país.

Aun en aquellas regiones de luz admirable existe siempre el crepúsculo, esa hora indecisa entre el día y la noche, que es triste. Veíanse entonces algunas cabezas de marineros volviéndose involuntariamente hacia aquellas últimas franjas de luz que persisten hacia Poniente, muy bajas, hasta confundirse con la línea de las aguas.

Una franja matizada siempre: era al principio de un rojo oscuro, un poco anaranjado por encima, un poco verde claro; después aquellos matices se fundían con los de sombra y oscu-

ridad. Los últimos reflejos de un amarillo triste permanecían sobre las aguas, que relucían aún aquí y allí, antes de tomar los tonos neutros de la noche; aquella última mirada oblicua del día, arrojada sobre las profundidades desiertas, tenía algo de siniestro, y uno se inquietaba á su pesar por la inmensidad de las aguas. Aquella era la hora de las rebeldías íntimas y de las amarguras de la memoria. Era la hora en que los marineros tenían la noción vaga de que su existencia era extraña y aninatural, en que pensaban en su juventud secuestrada y perdida. Alguna lejana figura de mujer cruzaba delante de sus ojos, rodeada de encantos y de dulzura deliciosa. Ó bien, con una perturbación súbita de los sentidos, imaginaban fiestas insensatas de lujuria y de embriaguez para aturdirse la primera vez que se les deseneadenase en tierra.

Poco después llegaba la verdadera noche, templada, llena de estrellas, y aquella impresión efímera quedaba olvidada; todos los marineros iban á sentarse á proa y comenzaban á cantar.

Había gavieros que sabían canciones muy largas y muy lindas, cuyos estribillos se repetían á coro. Las voces eran hermosas y vibrantes en los *silencios sonoros* de aquellas noches.

En ciertos momentos las estrellas australes

comenzaban á brillar con resplandores inusitados; las grandes nebulosas relucían como polvo de nácar; todas las tintas oscuras de la noche parecían alumbradas, por transparencia, por luces extrañas y misteriosas. Hubiérase creído cualquiera, en tales momentos, presenciando una de esas funciones fantásticas en que de pronto se ilumina todo en una vistosa apoteosis, y se preguntaba uno á sí mismo: ¿Por qué los objetos brillan de esta manera? ¿Qué hay aquí? ¿Qué va á suceder? No, nada; nada había, ni sucede nada nunca: es que de noche la región de los trópicos es así. Allí no había nada, sino los mares desiertos, y siempre la extensión circular, absolutamente vacía.

Estas noches eran hermosísimas noches de estío; dulces, dulces, más que nuestras más dulces noches de Junio. Y esas noches turbaban un poco á aquellos hombres, entre los cuales los mayores no habían cumplido treinta años.

Y sin embargo, se estaba muy bien en aquel castillo de proa, en aquellas veladas de navegar; recibíanse en medio del pecho y en pleno pulmón los frescos soplos de la noche, las brisas vírgenes que nunca habían pasado por la tierra, que no llevaban consigo ningún efluvio viviente, que no tenían olor alguno. Extendiéndose allí

se perdía poco á poco la noción de todo, menos de la velocidad, que es siempre cosa muy divertida, hasta cuando no se tiene fin alguno ni se sabe á donde se va.

Tampoco tenían objetivo ni sabían adónde iban los marineros. ¿Qué les importaba? En ninguna parte se les permitía saltar á tierra, ignoraban la dirección de aquella rápida carrera y desconocían la infinita profundidad de las soledades en que estaban; pero les divertía mucho caminar rápidamente, siempre hacia adelante, y sentirse arrastrar suavemente en la oscuridad azulada.

Entonando sus canciones miraban fijamente al bauprés, siempre lanzado hacia adelante, con sus dos cuerneillos y su aspecto de ballesta tendida, que brincaba sobre el mar desflorando el agua bulliciosa tan levemente como los peces voladores.

XII

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mi querido Ives, cumpliendo esta vez sus ofrecimientos, seguía en el *Primauguet* sin cometer una sola falta. Tratábanle los oficiales con mucho miramiento por su aspecto y por su manera de

ser, que no se parecía á las del resto de la tripulación. Ives continuaba, sin embargo, en el primer puesto de aquella bandada ruda, cuyo jefe decía con orgullo: «Éstos son medio tiburones; á nada temen.»

Mi buen hermano había vuelto á tomar su costumbre de otras épocas de dirigirse, casi sin ser visto, á mi cámara en las horas en que yo se la abandonaba. Instalábase allí para leer mis libros y mis papeles (sabía que estaba autorizado para mirarlo todo); aprendía á comprender las cartas marinas y se divertía marcando puntos y midiendo distancias en ellas. Muy frecuentemente escribía á su mujer, y ocurría á veces que sus cartas, interrumpidas por la maniobra, quedaban mezcladas entre las mías. Encontré una cierto día, que sin duda se proponía Ives enviar bajo doble sobre, y en la que había escrito la siguiente dirección: *Á la señora María Kermadec, en casa de sus padres, en Tremoule de Toulven, país de Bretaña, concejo de los lobos, parroquia de las ardillas, á la derecha, debajo de la encina más grande.* Trabajo costaba imaginarse á Ives escribiendo aquellas niñerías. Aquella era su primera ausencia larga después de casado. Desde lejos, pensaba muy á menudo en aquella mujer, joven aún y que tanto había

padecido por él, y que tanto le había amado; ahora su esposa se le presentaba en el fondo de aquella lontananza con un aspecto nuevo.

XCIII

En Julio — el mes peor del invierno austral — salimos de aquellas regiones para bajar hasta Valparaíso.

Allí tuve que dejar el *Primauguet* y embarcarme en un gran buque de vela que regresaba á Brest, después de dar la vuelta al mundo.

El buque de vela se nombraba *Navarino*; allí se embarcaron también todos los hombres que habían cumplido del *Primauguet*. Entre éstos se hallaba el buen Barrada, que se iba á Burdeos, llevando su cinto lleno de oro, con su novia española.

Bruscamente, según costumbre, me despedí de Ives, recomendándolo otra vez á todos, y partí para Francia por la vía del Cabo de Hornos.

XCIV

20 de Octubre de 1882.

Recuerdo este día pasado en Bretaña. María, Ana y yo corriendo bajo aquel cielo gris, en los bosques de Toulven.

Mi cabeza, llena todavía de sol y de mar azul... La Bretaña, vista de pronto y por tan pocas horas, lo mismo que en nuestros sueños de á bordo... parecíame comprender sus encantos por primera vez.

¡Y el pobre Ives permanecía allá, lejos, en el Gran Océano! ¡Saber que él estaba allí, y encontrarme yo solo en aquellos senderos de Toulven!

¡Ah! ¡Con qué ternura había abrazado yo á mi querido Periquillo al llegar al camino de Toulven! Desde muy lejos había yo visto venir un *hombrecillo*, á quien no reconocí, y que venía á mi encuentro saltando lo mismo que un cabrito. Habíame dicho: « Aquél es tu padrino que llega; » y había echado á correr. Periquillo había crecido mucho y estaba muy guapo; con su aire más atrevido y más revoltoso.

En este viaje ví, por primera y última vez, á Ivona, una hija de Ives que había nacido después de nuestra marcha, y que sólo hizo en la tierra una breve aparición de algunos meses. Era muy parecida á su padre: los mismos ojos, la misma mirada. ¡Extraña semejanza entre una niña tan pequeña y un hombre!

Un día tornó Ivona á la misteriosa región de que había venido, llamada de pronto por una enfermedad de la infancia, para la cual ni la matrona ni la gran curandera de Toulven habían hallado remedio. Habíanla conducido allí abajo, al pie de la iglesia, con sus ojos, parecidos á los de Ives, cerrados para siempre.

María y yo habíamos ido, después de cenar, á ver á la luz de la luna su casita en construcción.

En el campo de avena que habíamos medido en Junio del año anterior, se elevaban ahora las cuatro paredes de la casa de Ives: aún no tenía ni balcones, ni suelos, ni tejado... á la luz de la luna parecía unas ruinas.

Nos sentamos en medio, en sendas piedras, encontrándonos completamente solos por la primera vez.

Como se adivina, hablábamos de Ives. Preguntábame María, con ansiedad, mi opinión acerca del porvenir de su marido, á quien ella adoraba

con cierta especie de temor, sin comprenderlo, y á quien ella creía que yo conocía más completamente. La tranquilicé, porque yo esperaba mucho. Ives tenía en favor suyo un corazón bueno y generoso; por él era por donde llegaríamos á conseguirlo todo.

Ana apareció de pronto; venía silenciosa para escuchar, y nos dió un susto.

— ¡María! gritó; quitate en seguida de ahí: ¡si vieras qué sombra tan fea tienes detrás!

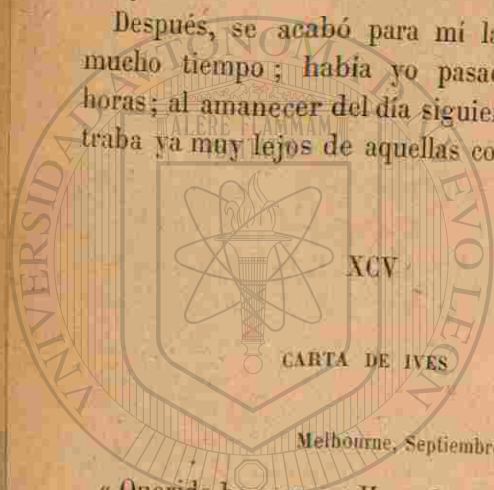
No habíamos reparado, efectivamente. Su cabeza, iluminada por la luna, con las alas de su cofia agitadas por el viento, proyectaban detrás de ella, sobre la pared nueva, una sombra que parecía la figura de un murciélago muy grande y muy feo. Aquello era de muy mal agüero.

A la mañana siguiente, el suegro de Ives, Ana y Periquillo, con sus trajes de días festivos, vienen para conducirme, en el cochecillo de Pedro Kerbrás, el novio de Ana, hasta la estación de Bannalec.

En el coche donde me coloco hay dos señoras inglesas, entradas en años. Me colocan, pasándole por la ventanilla, la cara de Periquillo para que le dé un beso, y él suelta la carcajada al ver un perrillo *bulldog* que las señoras llevan en un saco de viaje. Periquillo estaba triste, sin em-

bargo, por mi marcha; pero el perro metido en el saco le parecía cosa tan rara, que no acababa de reír. Las señoras inglesas sonreían también, y decían que Periquillo era *a very beautiful baby*.

Después, se acabó para mí la Bretaña por mucho tiempo; había yo pasado allí veinte horas; al amanecer del día siguiente me encontraba ya muy lejos de aquellas comarcas.



Melbourne, Septiembre de 1882.

« Querido hermano : Hago á usted sabedor de nuestra llegada á Australia; hemos tenido una travesía excelente, y mañana salimos para el Japón, porque ya sabe usted que hemos recibido la orden de dar una vueltecita por aquellos mares.

» Aquí he hallado dos cartas de usted, y también dos de mi mujer; pero ardo en deseos de leer lo que usted me escribe después de haber pasado por Toulven.

» Querido hermano : el oficial que ha reemplazado á usted es, como usted, muy bueno con los marineros; tanto como el que ha reemplazado á M. Plumkett, es duro, pero no conmigo, al contrario. M. Plumkett me había prometido recomendarme á él cuando se marchó, y comprendo que lo ha hecho. Los otros, y el Mayor, siguen lo mismo; todos me hablan muy á menudo y me piden noticias de usted.

» Querido hermano : dos veces se ha permitido á los marineros saltar á tierra en San Francisco, y como usted comprende, no estando aquí usted, no he querido dar mi nombre para bajar con ellos. Los gavieros armaron la segunda noche una gran *bronca* contra marineros alemanes, y hubo cuchilladas y heridos.

» El año que viene, cuando volvamos, espero conseguir una licencia larga para ver á mi María, á mi Periquillo y á mi hija : por larga que sea, me parecerá corta, y seguramente no podré verme tranquilo hasta que me retire. Por otra parte, cuando esté yo en edad de dejar el *cuello azul*, mi pobre Periquillo estará ya próximo á ir al servicio, si es que no tiene para mí un sitio, allá, cerca del estanque, hacia la iglesia : ya sabe usted qué sitio quiero decirle.

» Querido hermano : ¿ cree usted que tomo su

modo de pensar? No; lo aseguro: pienso ahora como he pensado siempre.

» Creo que he perdido mis *cabezas de coco* (1), porque ya no iremos á Caledonia; pero, en fin, andando el tiempo, acaso vuelva yo por aquí y pueda comprar una. Si pasa usted por el golfo Juan, hágame el señalado favor de ir á Valauris y comprar para mí dos lámparas de esas que allí hacen y que tienen cabeza de *cotorras de Francia* (2). Me divertirá mucho tener lámparas de esas en casa. Tengo muchísimas ganas de instalar mi casita.

» Entre las muchas cosas que me ponen triste cuando me despierto, la que me causa más pena, es que mi madre no consiente, de ningún modo, en vivir en Toulven. Me parece que si pudiera lograr una licencia para ir á buscarla, conmigo se vendría, de seguro. Pero, por otra parte, entonces no tendría yo á nadie en Plouherzel, y esto es cosa en que no quiero pensar; porque Plouherzel es siempre nuestro país, ya lo sabe usted.

» Si yo pudiese creer lo que usted me ha

(1) Cabezas humanas de aspecto desagradable: los deportados de Caledonia las fabrican de cocos, á los cuales ponen ojos, dientes y pelo. Ives tenía el capricho de colocar una en la escalera de su casa en Toulven.

(2) Lámparas en forma de buho.

dicho á menudo sobre lo de resucitar después de la muerte, es seguro que yo me consideraría muy dichoso. Pero ¡vaya! me parece que usted mismo no cree mucho en eso de resucitar. Parece, sin embargo, ridículo que los difuntos aparecidos me den miedo, y yo creo, querido hermano, que también á usted le dan un poco.

» Pido á usted que me disimule por enviarle este papel tan manchado, pero no es mía la culpa; ya comprende usted que no tengo ahora su escritorio para poner mis cartas en él como un oficial. Escribía yo bastante tranquilo, terminado ya mi servicio del cuarto de noche, en los cajones de proa, y de pronto el idiota de La Hir me ha derribado la bujía. No tengo tiempo de hacer las letras á mi modo, como otras veces lo hago, ya sabe usted, y que á usted le gustan tanto. Escribo de prisa y corriendo, y vuelvo á pedir á usted perdón.

» Mañana partimos, así que amanezca, para el Japón; pero yo haré llegar esta carta por el piloto que venga á sacarnos del puerto. Concluyo abrazando á usted muchas veces con toda mi alma. Su hermano,
IVES KERMADEC.

» Querido hermano: me es imposible decir á usted cuánto le quiero. — *Ives.* »

XCVI

Diciembre, 1882.

Pasaba yo por una calle de Burdeos. Un hombre muy bien puesto se dirigió á mí, quitándose el sombrero y tendiéndome la mano. ¡Barrada! Barrada transformado; se ha quitado su barba negra y no representa ya sus treinta y un años. La cara muy afeitada, naciente el bigote, tiene todas las apariencias de un enamorado de veinte años.

Era, como siempre, guapo y de aspecto distinguido; pero su semblante parecía mejor y más dulce, como si estuviera iluminado por una gran alegría.

Acababa de casarse con su novia española; el oro de su cinto habíale servido para poner casa. Habíase hecho *cargador* de barcos, ocupación muy lucrativa, á lo que parece, y en la cual utilizaba el bueno de Barrada su gran fuerza y sus felices disposiciones para desenredar y ordenar lo desordenado y confuso. Fué necesario jurarle que á la vuelta del *Primauguet* pasaríamos Ives y yo por Burdeos para visitarle.

Barrada era dichoso.

Aquella vida definitiva del antiguo marinero me dió en qué pensar. Preguntábame yo si mi pobre Ives que, con un corazón tan bueno, había quebrantado mucho menos las leyes sociales, no podría también terminar algún día gozando un poco de bienandanza.

XCVII

« *Telegrama.* — Tolón, 3 de Abril 1883. — Á Ives Kermadec, á bordo del *Primauguet*. — Brest. — Has sido nombrado *segundo*. — Te abrazo. — *Pedro.* »

Aquella noticia era su bienvenida, su festejo de llegada, porque sólo hace veintitantas horas que *el Primauguet*, de regreso de su largo paseo por el Océano, había entrado en aguas de Francia.

Los galones de oro que yo enviaba á Ives por telégrafo no fueron *mojados* como lo habían sido en otra época los de lana. — No; los tiempos habían cambiado; Ives se ocultó en el entrepuente en un rincón donde estaban su armario y su saco, rincón que consideraba como su casa; rápidamente bajó allá para estar solo y saborear aquella alegría que llegaba, para leer y releer

XCVI

Diciembre, 1882.

Pasaba yo por una calle de Burdeos. Un hombre muy bien puesto se dirigió á mí, quitándose el sombrero y tendiéndome la mano. ¡Barrada! Barrada transformado; se ha quitado su barba negra y no representa ya sus treinta y un años. La cara muy afeitada, naciente el bigote, tiene todas las apariencias de un enamorado de veinte años.

Era, como siempre, guapo y de aspecto distinguido; pero su semblante parecía mejor y más dulce, como si estuviera iluminado por una gran alegría.

Acababa de casarse con su novia española; el oro de su cinto habíale servido para poner casa. Habíase hecho *cargador* de barcos, ocupación muy lucrativa, á lo que parece, y en la cual utilizaba el bueno de Barrada su gran fuerza y sus felices disposiciones para desenredar y ordenar lo desordenado y confuso. Fué necesario jurarle que á la vuelta del *Primauguet* pasaríamos Ives y yo por Burdeos para visitarle.

Barrada era dichoso.

Aquella vida definitiva del antiguo marinero me dió en qué pensar. Preguntábame yo si mi pobre Ives que, con un corazón tan bueno, había quebrantado mucho menos las leyes sociales, no podría también terminar algún día gozando un poco de bienandanza.

XCVII

« *Telegrama.* — Tolón, 3 de Abril 1883. — Á Ives Kermadec, á bordo del *Primauguet*. — Brest. — Has sido nombrado *segundo*. — Te abrazo. — *Pedro.* »

Aquella noticia era su bienvenida, su festejo de llegada, porque sólo hace veintitantas horas que *el Primauguet*, de regreso de su largo paseo por el Océano, había entrado en aguas de Francia.

Los galones de oro que yo enviaba á Ives por telégrafo no fueron *mojados* como lo habían sido en otra época los de lana. — No; los tiempos habían cambiado; Ives se ocultó en el entrepuente en un rincón donde estaban su armario y su saco, rincón que consideraba como su casa; rápidamente bajó allá para estar solo y saborear aquella alegría que llegaba, para leer y releer

aquel papelito azul que abría ante sus ojos una nueva era.

¡Era aquello tan bello, tan inesperado después de su mala conducta pasada!

Había estado yo en París para solicitar esta merced, para intrigar mucho en favor de mi hermano adoptivo, saliendo fiador de su conducta para el porvenir. Una mujer de corazón había tenido la bondad de poner al servicio de mi causa toda su influencia, que era decisiva, y entonces el ascenso de Ives, aunque difícil, fué obtenido por asalto.

Ives no acababa de mirar su buena suerte desde todos sus aspectos. Por el pronto, en vez de verse precisado á solicitar una licencia corta que acaso se le hubiese escatimado, con sus galones de oro iba á partir por derecho propio para Toulven; se le iba á enviar en *expectación* de destino durante tres meses, por lo menos, quizá cuatro. Tendría, pues, todo el verano para pasarlo allí, con su mujer y su hijo en su casita, terminada ya, y donde se le esperaba justamente para instalarse todos... Además, iban á ser muy ricos, lo cual no estorbaría.

No; nunca en su vida de pobre errante, siempre dedicada al trabajo, nunca había pasado una hora tan hermosa, una alegría tan grande como

la que su hermano Pedro acababa de enviarle por el telégrafo.

XCVIII

Cuando los vientos me llevan de nuevo á Bretaña, corren los últimos días de Mayo; los más hermosos de la primavera bretona.

Seis semanas hace que Ives está en su casita de Toulven arreglando mi cuarto y disponiéndolo todo para cuando yo llegue.

18 de Mayo, en el mar.

Ya conocemos que nuestra Bretaña se aproxima.

El tiempo es hermoso, pero como son los tiempos hermosos en Bretaña: tranquilo y melancólico.

Á las ocho de la mañana, doblado el Cabo de Pen-Marc'h, los granitos célticos, los peñascos inmensos se dibujan y van acercándose á nosotros.

Ahora vemos verdaderos bancos de bruma — pero ligera, bruma de verano — que se posan por todas partes en las lejanías del horizonte.

Á la una, el paso de *Toulinguets*; después entramos en el puerto.

19 de Mayo. — Una licencia de ocho días. Á las doce estoy en el ferrocarril, dirigiéndome á Toulven.

Llueve durante todo el viaje sobre las campiñas bretonas, en los prados, en los valles umbríos; todo está lleno de agua.

Desde Bannalec á Toulven, una hora de coche á través de los bosques. La mirada fija hacia adelante, buscando la aguja de la iglesia en el verde horizonte.

Hela ahí: ya aparece reflejada profundamente en el triste estanque. El buen tiempo renace con un cielo pálido y azulado.

¡Toulven! El coche se detiene. Allí está Ives, con Periquillo de la mano.

Ives y yo nos miramos... después á los dos nos acomete al propio tiempo ganas de reír, viendo nuestros bigotes. El bigote cambia nuestras fisonomías, y esto resulta extraño. No nos habíamos visto desde que los marinos tienen derecho de usarlo.

Pasado el acceso de risa, nos abrazamos cariñosamente y con efusión.

¡Qué hermoso se ha puesto Periquillo! Ha crecido mucho y está fuerte. Marchamos juntos,

atravesando la aldea de Toulven, cuyas buenas gentes me conocen y salen á las puertas de sus casas para vernos llegar.

Periquillo, á quien llevamos de la mano, anda ya como un hombre. Aún no había dicho nada, algo cortado al verme; pero comienza á charlar, levanta hacia mí su cara redonda, y me mira ya como un amigo á quien comunica sus reflexiones. Vocecilla dulce que he oído muy pocas veces. ¡Cómo se le nota el acento de Bretaña!

— Padrino, ¿me has traído mi borrego?

Afortunadamente, yo me había acordado de aquella promesa hecha el año anterior: el borrego de ruedas estaba en mi maleta para Periquillo. También traía las lámparas con cabeza de *cotorra de Francia*, que había prometido á mi otro hijo grande: Ives.

He aquí la casa; blanca, alegre, con sus cercos de ventana de granito, sus cobertizos verdes, su granero con claraboya, y detrás horizonte de bosques.

Entramos. Abajo, en la cocina con gran chimenea, nos aguardan María y su sobrina Corentina.

Pero inmediatamente Ives me suplica que suba, porque ya tiene prisa de enseñarme en el piso alto su hermosa habitación blanca, con sus cortinas

de muselina y sus muebles de cerezo barnizado.

Después abre otra puerta :

— Ahora, dice, vea usted su cuarto.

Ives me mira con ansiedad para conocer el efecto producido, después de las molestias y los malos ratos que él y su mujer se han dado para que yo lo encuentre todo á mi gusto.

Entro conmovido, emocionado. Mi habitación es blanca toda; aspirase en ella un perfume delicioso; por todas partes se ven flores que han ido á buscar muy lejos para mí.

No han querido poner allí muebles viejos, ni antigüedades de Bretaña, y me piden perdón por no haber hallado, según dicen, nada bastante bonito para amueblar el cuarto.

Han ido á Quimper para comprarme una cama lo mismo que la suya, de cerezo, madera clara, de un color alegre, algo rosado. Las mesas y las sillas son parecidas. Los pormenores más insignificantes están arreglados con cariño; sobre las paredes hay, en marcos dorados, dibujos que yo hice en otros tiempos, y una gran fotografía del campanario calado de Saint-Pol-de-Leon, fotografía que yo había regalado á Ives cuando navegábamos juntos en la *Mar brumosa*.

El pavimento es limpio, como de madera muy nueva.

— Vea usted, hermano; todo está blanco, lo mismo que á bordo, dice Ives, que por sí mismo lo ha limpiado todo, y que se descalza al subir para no ensuciar las escaleras.

No hay sino verlo todo, visitarlo todo, hasta el granero con claraboya, donde están alineadas las patatas para el invierno; hasta el vestibulo de la escalera, donde se halla colgado, como un *ex voto* de marino en una capilla de la Virgen, el barco en miniatura que Ives ha construido en sus ratos de vagar en la gavia del *Primauguet*; por último, el jardín, donde las flores y los árboles frutales empiezan á embellecer las calles frescas.

Ya estamos sentados á la mesa Ives, Maria, Corentina, Periquillo y yo. Ives se encuentra ridículo y se turba de pronto, en su papel de amo de casa. Véome obligado á trinchar, y como es la primera vez que lo hago en mi vida, tampoco acierto.

En esta comida, tomo algo por no disgustarlos; pero aquella felicidad tan completa que siento y adivino cerca de mí, felicidad á la cual he contribuido algo; aquel agradecimiento cordial y sincero que me rodea; todo esto me preocupa de una manera extraña. Encontrarme en medio de aquellas cosas raras me sorprende como una novedad deliciosa.

— ¿Sabe usted, me dice Ives, en voz baja y como en son de confidencia, que ahora voy á misa todos los domingos con ella?

Y hace, señalando á su mujer, un gesto de sumisión infantil, muy cómico en medio de su seriedad. Su manera de conducirse con María ha variado por completo, y he advertido, al entrar, que el amor ha venido á instalarse del todo en la casa nueva.

Ambos permanecen silenciosos de su felicidad, como si tuvieran miedo de espantarla hablando alto y con alegría.

Además, temíamos hablar de los muertos, de aquella Ivona que murió en el otoño pasado sin esperar la vuelta del *Primauguet*, y que Ives no había conocido; después de aquel pobre anciano, el buen Coentín, su abuelo, que había sucumbido durante los fríos de Diciembre.

— En sus últimos tiempos, me dice María, se había puesto un genio muy malo; ¡á él, que era tan bondadoso! Decía que no sabíamos cuidarle, y todo se le volvía preguntar por su hijo Ives: « ¡Oh! Si Ives estuviese aquí, me ayudaría; podría tomarme en sus brazos robustos para volverme en la cama. » Toda la última noche estuvo llamándole.

La comida ha terminado: llega la tarde, la

tarde larga y templada de Mayo, Ives y yo nos dirigimos á la iglesia para visitar una cruz blanca que existe allí, en un altarcito con flores:

Ivona Kermadec, trece meses.

— Parece, dijo Ives, que se me asemejaba mucho.

Y aquella semejanza entre él y su hija muerta le dejó pensativo.

Mirando la cruz, la alturita, las flores, pensábamos ambos en ese misterio: aquella niña que era de la sangre de Ives, engendrada por él, que tenía sus ojos y además... probablemente un alma parecida, y que ya había vuelto al barro del suelo bretón. Es como si algo de él mismo hubiese vuelto ya á la tierra; como las arras que hubiese ya entregado al eterno polvo...

Las diez de la noche. — Voy á pasar la primera noche bajo el techo de mi hermano Ives.

Las diez dadas. — Ives y yo nos hemos dado ya las buenas noches; de pronto abre de nuevo la puerta.

— Vengo por las flores. Podrían hacerle á usted daño de noche; hemos pensado en eso...

Y se las llevó todas: las resedas, los guisantes de olor y hasta las garbas de brezos.

XCIX

El reloj del tiempo sigue marchando, marchando, muy de prisa. La semana que se me ha concedido va á concluir muy pronto.

Pasamos los días en el bosque. El tiempo es hermoso : todo florece.

El domingo hay una gran romería, una de las romerías más famosas de aquella región de Bretaña. Se verifica alrededor de la ermita consagrada á *Nuestra Señora de la Buena Nueva*, que está aislada en medio de los bosques, como si estuviese allí dormida y olvidada desde la Edad Media.

La víspera, el sábado, habíamos ido á sentarnos á la sombra, Periquillo, Ives y yo, cerca de aquella ermita, en la hora de la gran calma del medio día.

Dos mujeres habían llegado : joven la una, la otra vieja y caduca. Llevaban el traje de Rosperden y parecía que hubieran caminado mucho. En las manos llevaban enormes llaves.

Eran para abrir el antiquísimo santuario, que permanece cerrado todo el año, y á fin de disponer el altar para la función del día siguiente.

Á la media luz verde de los cristales y de los árboles las veíamos apresurarse alrededor de las imágenes, sacudirlas, limpiarlas y barrer después las losas llenas de polvo y de humedad.

Quien nos viese á Ives y á mí sentados en aquellos bosques, en medio de la calma de los hermosos días del estío, no podía imaginarse qué especie de jóvenes habíamos sido, qué vida habíamos llevado, ni qué terribles escenas había habido entre nosotros, en otro tiempo, en los primeros instantes en que nuestras dos naturalezas, tan diferentes y tan semejantes, habían chocado una con la otra.

Todas las noches, durante la velada, que es corta, se juega con Periquillo á un juego de Toulven, que es muy entretenido, y consiste en coger los jugadores por la barba y recitar sin reirse una larga historia que comienza así : « Por la barba de Mineta te tengo. El primero de los dos que se ría, etc., etc. » En este juego Periquillo perdía siempre.

Después venía la *gimnástica*. Ives lograba que su hijo la hiciese volviéndole, dándole mil vueltas, la cabeza abajo, las piernas arriba... Cuando Ives, cansado de hacer diabluras, decía, arreglándose el pelo y la ropa, y adoptando su tono más serio : « Vamos : Periquillo ha terminado

su *gimnástica* por ahora, » el niño viene á mí con esa sonrisa que hace que nada pueda negársele, y me dice : « Ahora te toca á ti, padrino ; » y vuelven á comenzar los ejercicios.

El reloj inexorable sigue marchando ; pasadas algunas horas voy á partir, y muy pronto también mi hermano Ives partirá : ambos muy lejos, á lo desconocido.

Es el último día ; la última tarde. Ives, Periquillo y yo vamos á la cabaña de los Keremenen para despedirme de la abuela Mariana.

Ahora Mariana vive sola, bajo su techo lleno de musgo, bajo las enormes encinas formando bóveda. Pedro Kerbrás y Ana, que se han casado en la primavera, hacen labrar en la aldea una verdadera casa de piedra, como la de Ives.

Todos los hijos han partido.

¡ Pobre cabaña donde el día del bautizo se agitaban con alegría las cofias bretonas y las golas blancas ! Todo aquello pasó ; ahora está vacía y silenciosa. Nos sentamos en los antiguos bancos de encina y apoyamos los codos en la misma mesa donde se me había servido aquella alegre comida. La abuela permanecía en un ta-

burete, hilando en su rueca, con la cabeza baja : su aire es ya de caduca y algo trastornada.

Aunque el sol no está muy bajo todavía, aquí hay casi oscuridad. La abuela Mariana sólo habla en bretón. De vez en cuando Ives la dirige la palabra en aquella lengua del pasado ; ella responde, sonrío como si la alegrase el verme ; pero en seguida cesa la conversación y vuelve á reinar el silencio.

Tristeza vaga de la tarde al caer ; meditación sobre tiempos lejanos en aquel hogar viejo, que pronto desaparecerá del borde del camino, que caerá en ruinas como los ancianos que lo habitaron, y que nadie levantará más.

Periquillo está con nosotros. Él también quiere mucho aquella choza, y á la pobre abuela, que le adora. Lo que le gusta más es la cuna de encina, obra de otro siglo, en la cual le pusieron cuando nació. Ahora se sirve de ella, sentándose dentro, como de un columpio, paseando en torno suyo sus ojos animados y despiertos. Entonces la abuelita, encorvada y sin fuerzas, se acerca al nieto y le mece para divertirle, entonando al mismo tiempo una antigua canción bretona, que hace á Periquillo reír á carcajadas.

De pronto Periquillo junta sus manos para rezar ; es la oración de la tarde.

Palabra por palabra, con una voz muy dulce, que tiene mucho del acento de Toulven, repite, mirándome, todo lo que su abuelita sabe de francés.

— ¡Dios mío, santa y buena Virgen mía, mi buena Santa Ana, os ruego por mi padre, por mi madre, por mi padrino, por mi abuela, por mi hermanita Ivona!...

— « Por mi tío Goulven, que está muy lejos, en el mar, » agregó Ives; y con voz grave y tono más recogido siguió: « por mi abuela de *Plouherzel*... »

— Por mi abuela de *Plouherzel*, respondió su hijo.

Después esperó otra cosa para repetirla, siempre con sus manitas cruzadas.

Pero Ives está casi llorando al triste recuerdo de su madre, de su cabaña, de su aldea de *Plouherzel*, que su hijo apenas conocerá, y que él acaso no vuelva á ver nunca. Tal es la vida para los hijos de la costa, para los marinos: se alejan; las leyes de su profesión del mar les separan de sus amados padres, que apenas saben escribirles y á los cuales no vuelven á ver más.

Adelanta la noche, y una tristeza inesperada, profunda, se apodera del corazón... Y sin embargo, somos dichosos.

CI

Y los celtas echaban de menos tres piedras sin labrar, bajo un cielo lluvioso, en el fondo de un golfo lleno de islotes.

GUSTAVO FLAUBERT, *Salambó*.

Ives y yo salimos, dejando á Periquillo con la abuela. Vamos por el sendero verde, bajo la bóveda de grandes encinas y de hayas seculares, y oyendo desde lejos, en la sonoridad de la tarde, el ruido de la cuna antigua que se balancea, la canción de la abuelita y las carcajadas del niño.

Fuera es aún muy de día; el sol, bastante bajo ya, dora la tranquila campiña.

— Vamos otra vez, dice Ives, hasta la capilla de San Eloy.

Esta capilla se halla en lo alto de una colina; es antiquísima, roída por el musgo, erizada de líquenes, siempre sola, cerrada, misteriosa en medio de los bosques.

Solamente se abre una vez cada año; para la romería *de los caballos*, que vienen todos alrededor del santuario á la hora de una misa rezada que se dice por ellos. Esta romería se había verificado hacia muy poco tiempo: la hierba estaba todavía aplastada por los cascos de las caballerías que habían venido.

Esta tarde se advierte una tranquilidad extraña en las inmediaciones de la capilla.

Los verdes horizontes se extienden á lo lejos apaciblemente, como vencidos por el sueño; parece como si también fuese la tarde de nuestra vida y nada tuviéramos que hacer sino reposar en medio de aquel reposo eterno, mirando la noche que viene á extenderse sobre los campos de Bretaña y extinguir dulcemente nuestra vida en esta naturaleza que se duerme.

— Es igual, dijo Ives muy pensativo; creo que será en alguna parte, *por allá abajo* (*por allá abajo* significa Plouherzel), donde iré á parar cuando sea viejo para que me entierren cerca de la capilla de Kergrist. ¿sabe usted? aquella que le enseñé á usted. Sí; estoy seguro de que iré *allá abajo* á morir.

— Ives, querido hermano mío, te aseguro que somos niños grandes. A menudo muy alegres, cuando no sería necesario, henos aquí tristes y melancólicos por un momento de paz que casualmente ha brillado para nosotros; no sé si la falta de costumbre será bastante para excusar esta niñería.

Viendonos, sin embargo, ¿quién dudaría de que somos capaces de soñar despiertos solamente porque cae la tarde y porque hay calma en estos bosques?

Piensa, pues; tenemos próximamente la misma edad, unos treinta y dos años; ante nosotros la vida puede ser muy larga todavía; habrá en ella viajes, peligros, angustias, y para cada uno de nosotros sol, entusiasmos, amor y... ¿quién sabe? Acaso entre nosotros choques, rebeliones y luchas.

Entonces Ives me respondió en un tono de reconvencción triste:

— Al menos, usted lo sabe perfectamente, hermano mío, estoy completamente cambiado, y que hay *una cosa* que ha concluido definitivamente. ¿No es de eso de lo que quiere usted hablar?

Yo estreché cordialmente la mano de mi hermano Ives, y traté de sonreír como quien tiene absoluta y completa confianza.

Las historias de la vida real deberían concluir á voluntad, como las historias de los libros.

FIN

®

